

POUEBLO Y SOLDADOS DE MI PATRIA



GUILLERMO NOBOR

TEJADA

Un libro de Guillermo Noboa

PUEBLO

9838 Y 1993

SOLDADOS

DE MI

PATRIA

Pueblo Y Soldados de mi Patria



DEDICATORIA

Al presentar estas pocas y modestas páginas, no tengo la pretensión de introducirme en el campo complicado de los escritores aristócratas; son ellas nada más que la expresión sincera de un humilde hijo del pueblo, que siente en sus venas latir vigorosamente el amor a la Patria. Tampoco es mi intención excitar el belicismo contra ninguno de nuestros países vecinos, porque América toda conoce que el Ecuador es pueblo noble, que anhela llamar a todos: Hermanos! Pero a "boca llena", como decimos los de abajo. El objeto de estas páginas, es principalmente conservar el valor de mis compatriotas, ese valor tradicional que no desaparecerá nunca, porque necesitamos ser valientes para apagar las pasiones políticas desorientadas y acostumbrarnos a respetar el orden constitucional, como base ineludible para el resurgimiento del país; necesitamos ser valientes para defender eficazmente los ideales democráticos continentales; necesitamos ser valientes para que nuestra Patria tenga siempre hijos dispuestos a servirla con lealtad y decisión, donde quiera que los deberes cívicos nos llamen; necesitamos ser valientes para velar por nuestra fe y para

que nuestros hogares crezcan eternamente al amparo de la libertad; necesitamos ser valientes para enorgullecernos de mirar el sol ecuatorial, con frente limpia y erguida siempre la cabeza. Y quiero con esta oportunidad, dedicar este pequeño libro, al Licenciado Vicente Lombardo Toledano, por la voz clara y valiente con que ese noble mexicano, supo defendernos cuando una invasión injusta hirió nuestro suelo y nuestras vidas.

GUILLEMO NOBOA.
(Cancheró)

San Francisco de Quito, abril de 1942.

1942

Editorial de "El Comercio". — Quito, Ecuador. — Sud América.

“Pueblo y soldados de mi Patria”

Valiosa opinión del periodista vasco
MIGUEL DE URANGA

La corta pero cruenta, para nosotros, guerra entre el Ecuador y Perú, no ha producido aún la literatura que acompaña a toda manifestación bélica. Relatos esporádicos han visto la luz en las páginas de nuestra prensa nacional, relatos esquemáticos, que poco o nada han dejado vislumbrar la verdad de la tragedia ocurrida en la zona sur.

Entre esos relatos se destacan por su emoción popular, por la ingenuidad, lo natural y la sencillez de la expresión, la serie de artículos que aparecieron a raíz de la lucha en las páginas de “El Comercio”, bajo la firma de Guillermo Noboa (Canchero). Se trata de una serie de reportajes vi-

vidos, más bien de conversaciones sostenidas con soldados, con esos hombres que sin tener en cuenta los fines publicitarios, expresaron al periodista lo que sentían, lo que sufrieron y lo que pensaron, cuando las balas del enemigo llovían en torno a ellos, en aquellas campiñas abandonadas, en momentos en que ante un enemigo superior en número, tenían que suplir la falta de armas y municiones. con el valor personal, la iniciativa propia y la habilidad del hombre del campo convertido en soldado de un ejército todavía sin completa organización moderna.

Canchero, es un escritor que ha popularizado su pseudónimo en relatos deportivos. El deporte en el Ecuador, es patrimonio casi exclusivo de la gente del pueblo, de ese mismo pueblo que tuvo que tomar las armas para contener una invasión. De su contacto con futbolistas, basquetbolistas, pelotaris, etc., vino el conocer, mejor que la mayoría de otros escritores, a los que fueron luego soldados; a los que conocidos en el campo del deporte, pasaron al campo de la lucha armada y de ahí, el valor de sus escritos últimos.

La serie de capítulos que integran el presente libro, no constituye ficción de escritor que elucubra relatos desde la soledad de su cuarto de trabajo, dando rienda suelta a su imaginación y poniendo en juego la destreza de su oficio de escritor; sino que tiene el valor de la realidad palpable, de la realidad humana en contacto mutuo; pueblo con pueblo y secundariamente, la pluma ejerciendo papel de copista.

La tragedia de El Oro, es la tragedia del pueblo del Ecuador. Unos miles de muchachos parten para el frente a defender un pedazo del territorio patrio. Saben que la lucha será desigual, porque el país no está preparado y todo está por hacer. No importa. Van a la lucha. Mueren unos, vuelven otros. Los que vuelven, hablan con la sinceridad de hombre del pueblo. No saben de estrategia ni de táctica, pero intuyen. Sabían que iban a la muerte, lo que no fue obstáculo para que aceptaran la invitación en lucha desigual. Pero lo que no comprenden es el juego de la

alta política. Y sobre los designios de unos y otros, hablan incansablemente. Y se duelen y expresan su amargura, con frases fuertes, con palabras duras.

Todo esto, tan difícil y tan sencillo, es lo que se ve a través de las páginas sinceras de Canchero. No es el gran libro de la guerra con el Perú, pero sí la expresión fragmentaria y precisa de lo que siente un pueblo que se lanzó a la lucha sin preguntar el por qué, ni hasta cuándo ni para qué.

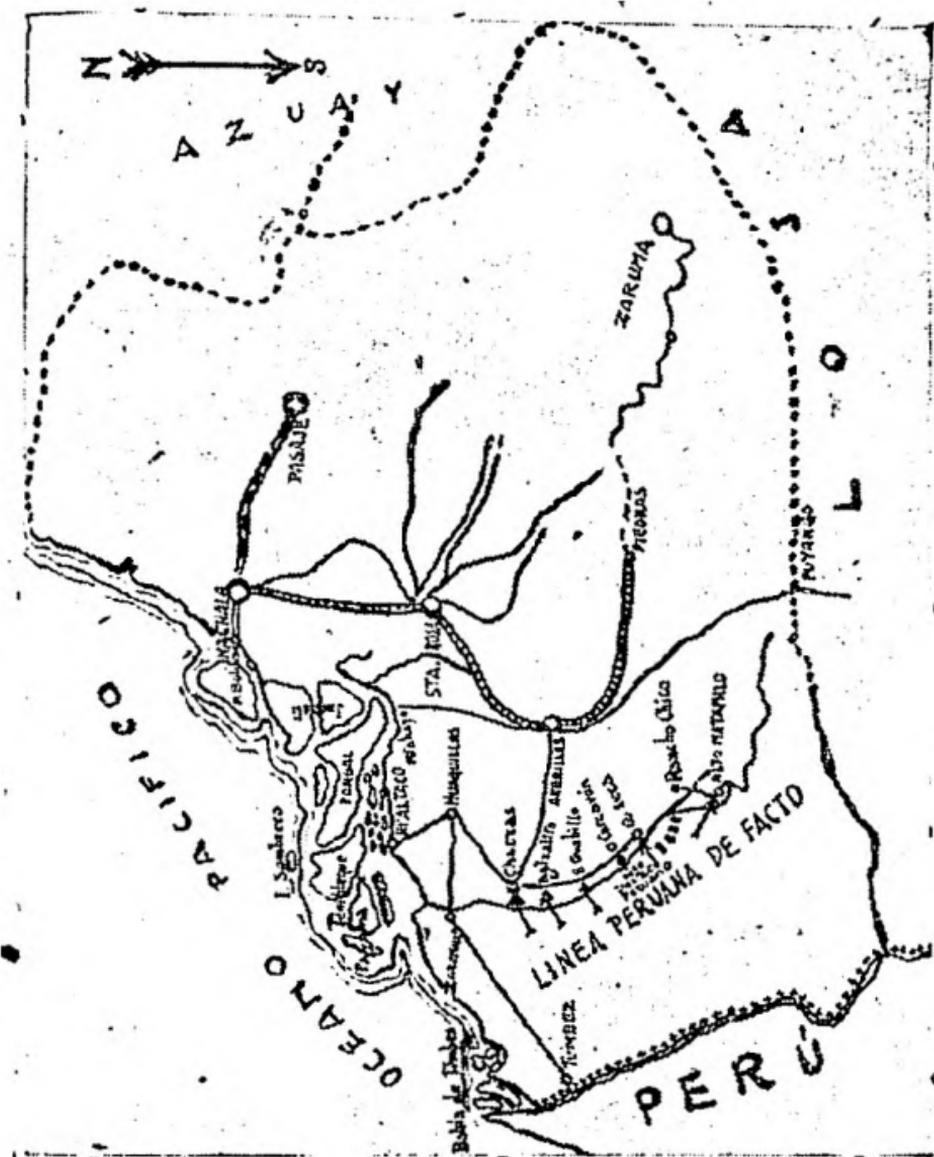
Hay que leer estas páginas si se quiere conocer el alma popular ecuatoriana, en uno de sus aspectos más interesantes: el del pueblo en armas. Y a través de las bromas, de los epítetos, de los sarcasmos y de las críticas de los hombres, pueden aprender muchos hombres lecciones que creían saber, pero que desconocen por hallarse encerrados constantemente en sus gabinetes repletos de libros sin encarar las realidades únicas, que solamente pueden hallarse rozándose con ese pueblo que a veces compadecemos, otras despreciamos y las más de las veces, carece de existencia real para la mayoría.

El libro lleva un título sugestivo: "Pueblo y Soldados de mi Patria". Será sin duda alguna una de las obras de mayor atracción para el pueblo, porque para el pueblo fué escrita y por el pueblo fué inspirada. No hay en él tanta literatura, como dije antes. Se trata de algo íntimo, de algo que no trasluce generalmente a la gran prensa ni al libro conceptuoso, pero es algo vivo, atrayente y que causa emoción, y el pueblo que lo lea encontrará entre sus líneas reflejada su propia alma.

Este es el valor principal de "PUEBLO Y SOLDADOS DE MI PATRIA".

Miguel de Uranga.

(De "EL COMERCIO" de 29 de marzo de 1942).



Mapa del sector de la frontera sur, donde se desarrollaron los principales acontecimientos motivo de los relatos de este libro.

Los Defensores de "Rancho Chico"

El sol tropical quemaba en toda la extensión de la frontera. Hacía un calor que atolondraba, y que hasta los algarrobos aclimatados en esa zona, se agachaban como desfallecientes. No había ni siquiera un poco de aire que traiga un leve momento de frescor. Y en esa hora nadie andaba por ese paraje que parecía abandonado. No lo era sin embargo, porque por la carretera que corre a un lado de Aguas Verdes, un pelotón de soldados ecuatorianos, subía lentamente hacia la cercana cima. Eran nueve mocetones con la tez muy emprieteada por los rigores del trópico, pero que marchaban conversando con alegría. Uno de ellos que iba a la cabeza, se paró para mirar un enorme ceibo; y mientras on la mano izquierda empuñaba un fusil, con la diestra empujaba para atrás su sombrero de paja de anchas alas, y se secaba el abundante sudor con un pañuelo amarillento.

Aquí está bueno. ¿Les parece?, consultó el soldado.

Sí, aquí está bueno, mi Sargento, contestaron los demás.

Armar púbellones, machete a la mano y a trabajar guambritos, antes de que calga la tarde, ordenó el Sargento.

Ese grupo de soldados, que al parecer nada les hacía al sol abrasador, ni la arena que se hundía a sus pies, ni la sed que seca sus labios, eran hombres del Batallón "Coyamba", encargados de establecer un destacamento ecuatoriano, frente a otro peruano que se alzaba al otro lado de la quebrada de Aguas Verdes.

Los muchachos dejaron sus morrales y sus armas al cuidado de uno de sus camaradas, y luego fueron recogiendo ramas, poles y todo lo que veían apropiado para armar su rancho. El trabajo

era duro y pasado para ese clima, pero había algo interior que le daba fuerza para cumplir una misión exigida por su Patria. Los materiales empezaron a formar un montón al pié del ceibo: la tarde declinaba amenguando el calor, y un airecito tibio daba un ambiente un tanto agradable. Los muchachos estaban concentrados alrededor del árbol benefactor, y en sus rostros sudorosos y empolvados se mostraba la satisfacción de haber cumplido su deber.

Bueno, ya hemos trabajado bastantico. Ahora a descansar, y a preparar los porotos, dispuso el Sargento. A ver vos, Maruri, te toca hoy cocinar; el "guambra" Coronel que pasa la leña; los demás vengan aquí para charlar un poquito.

Ni qué otra cosa está este puestito, mi Sargento!, exclamó el Maruri, mientras sacaba de unas bolsas de liencillo un poco de harina de cebada, y paraba sobre unas cañas una marmita llena de agua.

Pero claro guambrito!, continuó el Sargento.

Y aquí también podemos tocar la guitarra?, preguntó el "guambra" Coronel, al mismo tiempo que se pasaba la manga de la blusa por la frenta.

Ah! guambra guitarrero! refunfuñó sonriendo el veterano. Pues claro; pero después que acabemos el rancho. Ya verás cómo el Maruri y el "lluro" García se tiran un sanjuanito que dicen que están preparando. Alabanciosos! Ya les veremos!

Y cree usted, mi Sargento, que es broma? replicó el lluro García.

No digas nada "lluro", repuso el Maruri. Esperá no más; cuando toquemos verás cómo mi Sargento se queda sin pañuelo! Esperá no más!

Bueno muchachos, insistió el Sargento. Vengan por acá al disimulo, que les voy a explicar el puesto donde estamos. Siéntense aqulsito, desabróchense las blusas para que entre airecito, y pongan atención. Se fijan allá al frente esa casita media mala traza? Pues ese es el destacamento peruano. Por eso está en ese palo un "gallina" aguaitando lo que nosotros hacemos. Y más tarde, cuando hayan terminado la siesta, les verán a los demás. Detrás de esa casita, tienen una construcción de piedra, con camas buenas y todo; y esos cara... de ajo, nos tiran prosa con esas chucherías! A esos tenimos que vigilarles que no se metan para acá, y para eso vamos a construir este rancho. Poquito a poco les han de ir conociendo. Han de creer que nos van a coger dor-

midos! Pero aquí estamos para que nos maten antes que pasen! Hasta el "guambra" Coronel, con sus dieciséis años, es más macho que cualquiera de esos gallinas!

Yo, mi Sargento? replicó el "guambra". Si quiere aurita mismo les aviento una balal! Si tengo hambre de esas "pechugas"!

Bueno muchachos; ahora pensemos cómo tenemos que rematar mañóna nuestro rancho.

Le arrimamos al celbo? indicó el Cabo Cifuentes.

Sí, claro, para que esté más firme. Y aquí le ponimos estos troncos, para taparnos en caso de ataque sorpresivo; arriba le hacemos un mirador, por allá cavamos de noche unos huecos, y ya está. Le hacemos una fortaleza a nuestro rancho. Para no más de esos ca...!

Bueno, y qué nombre le pondremos? expuso el "trompudo" Vargas.

Yo tengo un bonito nombre, explicó el Maruri. Le pondremos "Rancho Chico"!

Eso es. Está bonito, asintió el Sargento. Bueno, entonces queda de "Rancho Chico". Pero tenemos que bautizarle y hacer la inauguración con todos los requisitos. Ele no ven guambritos? Si este Maruri mismo sabe!

No le dé tanta lata, mi Sargento, porque el tonto se va a creer, dijo el "lluro".

Eso decís porque tenís la mollara blandal repuso Maruri.

Pero pura broma no más es Maruricito! contestó el "lluro".

Y creís vos que yo me enojo? Vos "lluro" sois perro, pero



Augusto Maruri, el "hombre sin ley", fotografiado en Rancho Chico

también sals mi amigo. Decí no más lo que te dé la gana. Y para que veas, vení te doy un cigarrillo, y de los buenos!

Gracias hermano, contestó el otro sonriendo de su triunfo. Eso mismo quería, porque los míos ya se terminaron.

Y qué fué de la merienda? preguntó el Sargento.

Ya está mi Sargento, repuso el "guambra" Coronel. Sólo que el panadero no ha traído el pan...

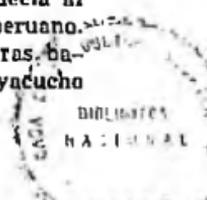
Guambra pillol! Queriendo pan en estos lares!

No, mi Sargento; sino que estaba acordándome de los ricos bollos, y del pan de leche que vendía una vecina allá en Quito, en mi barrio!

Ay mi Quito! susurró, el veterano, como atrayendo muchos recuerdos gratos. Bueno muchachos, a comer!

Y en tanto los abnegados camaradas satisfacían a sus estómagos con un poco de colada de harina de cebada y unos bocados de sardinón, la noche iba avanzando, cubriendo de obscuridad y de aparente calma por todas partes. El Sargento distribuyó su gente para pernoctar, y previendo una celada del enemigo, se quedó vigilando su sector. En el ceibo que cobijaba con sus amplias ramas al pequeño rancho, algunos grillos rompían el silencio con sus notas monótonas y chirriantes. Y en los algarrobos y matajes que estaban diseminados en ese pedazo de frontera, saltaban con insistencia los fosforescentes cucuyos. El Sargento sentado sobre un palo, inmóvil como una estatua, atisbaba sin cansarse el campamento peruano. Nada notó en las primeras horas de la noche; pero cuando su reloj señaló las doce, brillaron como ráfagas y en distintos lugares, algunas linternas eléctricas cuidadosamente dirigidas. El Sargento apretó con furia sus dientes, y luego se le escapó una exclamación de coraje. Esos maricas están preparándose para atacarnos, murmuró quedamente. Hum! Ya veremos!

Y amaneció. Y el "lluro" García, el "guambra" Coronel, y el Maruri y los demás, volvieron a su tarea de construir su rancho. Pasaron las horas de incesante sudor, pasaron dos días de constante trabajo, y la casita de Rancho Chlco quedó concluida al pié del enorme ceibo. Era apenas una empalizada protegida con ramas y algunas lonas; nada tenía de atractivo ni de cómoda, pero en la parte más visible, tremolaba un emblema que enardecía al pequeño pelotón cuando sus soldados miraban al lado peruano. Era el tricolor que brilló victorioso en el Tarqui y en otras batallas. Era la gloriosa bandera que enarboló Sucre en Ayacucho



y en Pichincha. Era la bandera a cuya sombra se dió libertad y patria al pueblo peruano!

El pelotón ecuatoriano había santado su pié definitivamente en Rancho Chico. El "guambra" Coronel y el "lluro" García sabían su obligación de llevar todos los días de la quebrada cercana, los tarros de gasolina llenos de agua amarillenta y turbia; el Maruri podía de vez en cuando rasgar la vigüela preparándose para la inauguración del rancho; y el Cabo Cifuentes, el Vinueza, el Herrera y los demás, cumplían disposiciones ordinarias sin que nada distrajera su natural contento y su decisión de no ceder un palmo de tierra ecuatoriana. Pero en el campamento peruano que al frente se disimulaba detrás de una enramada la gente se movía con frecuencia, se oían carcajadas desafiantes, y una noche hasta repercutió un disparo acompañado de un grito hiriente. No hay que asustarse monos desgraciados! se dijo.

El Sargento del "Cayambe", no se inmutó por tan poca cosa. Lo que le preocupaba era que las provisiones estaban para terminarse, y del Campamento de Huaquillas ninguna noticia se enviaba desde que establecieron Rancho Chico. Por otra parte, tenía dos de sus hombres con paludismo, y no disponía de ninguna medicina. Qué pasaría? se preguntaba en la impaciencia de socorrer a su gente. Pero un día, por la tarde, a lo lejos vió venir por la carretera un hombre arreando una mula. Tomó entonces el antejo y miró con empeño.

¡Sí! Es éll! exclamó. Muchachos! Ya tenemos para la inauguración! Viene el viejo Pérez! dijo lleno de contento.

Permítame el antejo mi Sargento? solicitó el Maruri.

Toma guambra! le contestó entregando lo que pedía el soldado.

¡Sí, mi Sargento. Es él mismo, y trae también a los perros!

¡Sí, los perros, al Conejo y al Chacras! repuso otro.

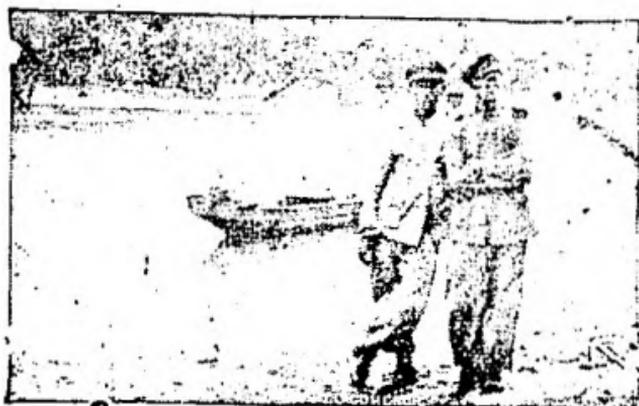
¡Vienen mis perritos mi Sargento! exclamó jubiloso el "guambra".

¡Vamos alguien a encontrarle? preguntó anhelante el "lluro" García.

Nadie se mueve! ordenó el Sargento. Que venga el viejo solo! Qué creará que la esperada es poco?

El viejito! murmuró nuevamente el "guambra", fija la mirada en la carretera.

Pasó un rato más, y el viejo Pérez, el veterano enfermero del Batallón, llegó a Rancho Chico, con la mula "mulata" cargada de dos grandes sacos.



En Huaquillas. A la izquierda, Miguel Rivadeneira, padre del héroe fallecido, Arturo Coronel Rivadeneira. A la derecha, Jorge Maruri. Detrás se puede ver el río Aguas Verdes. La flecha indica el lugar donde los peruanos trataron de atacar a las lavanderas ecuatorianas. En el fondo se distingue el campamento peruano.

Buenas tardes camaradas! gritó el viejo. Nadie le contestó y los muchachos del Destacamento, simularon mirar a otra parte.

Buenos tardes díjole repitió el enfermero, obteniendo la misma respuesta.

Bueno; qué es broma, o es de veras, porque yo me regreso con todo!

Los camaradas no pudieron sostener más la broma, y riendo de contento se votaron a abrazar al veterano.

Ah! Mi viejo! le dijo el Sargento. Y qué ha pasado que has demorado?

Hacé que descarguen la mula, hasta que te cuente lo que está pasando; pero cuidadito con que se pierda nada de los costales. Estos guambas son el mismo diablo!

El Sargento dió sus órdenes en forma que satisfizo al viejo, y ambos entraron al rancho. Allí el viejo Pérez le refirió que los peruanos solapadamente habían entrado en algunos puntos de la Meseta del Caucho, y que los soldados ecuatorianos se vieron obligados a desalojarles a machete limpio, indicando que por eso no había podido conducir pronto a Rancho Chico las provisiones y las medicinas de urgencia. Le entregó además unos papeles que el Sargento guardó cuidadosamente en el bolsillo de su guerrera, y salieron al descargue.

Qué, no acaban todavía de descargar? preguntó el viejo al ver que la carga seguía sobre la mula. Hablá "guambra"! Hablá! Bueno, y qué te ha pasado en la cara? Está hinchada la muela? Hablá guambra para curarte! Pero el Sargento que adivinó el asunto, mandó adentro al "guambra" Coronel, mientras él contenía apenas la risa.

Pero hombre! exclamó escandalizado el viejo Pérez. Es que aquí también hay pericotes?

Por qué decís? preguntó el Sargento.

No vis este hueco en el costal? Y en el puesto que viene la bolsa del pan! Maldita sea! Pero cómo fué esto? Sólo que el pericote haya venido montado! Quedó un momento pensando el viejo, y luego como que hubiera descubierto la trampa, exclamó: Ya sé! Ya sé! Oíte Sargento! Hacéle que venga ya mismito al "guambra" Coronel. Pero ligerito! Nadie me quita que es él! Y dolor de muela!

El Sargento, algo sonriente accedió al pedido.

Guambra! gritó.

Ordene mi Sargento! respondió el muchacho, saliendo apresurado del rancho y cuadrándose ante el soldado que mandaba.

El viejo entonces, miró detenidamente al muchacho, y haciendo las manos como ganchos amenazantes, dijo: Con que ya estás sanito de la muela?

Bandido! Cómo no te machucara! No sabís que cuando son golosos del pan, les comen la barriga los ratones? Bandido...! Pero... No. No! Vení guambra. Es una broma nada más. Sí no fueras valiente, palabra que no te aguanto! Vení ayudáme a meter las provisiones. Yo te voy a dar primero los perros, el Conejo y el Chacras; y después, una cosita que sólo se come en la Sierra. Caminá!

Esa noche, la llegada de las provisiones fué festejada con una comida con pan, pinol, y tres abundantes platos para cada uno. Se repartió cigarrillos y hasta hubo una copita de mayorca, de un frasquito que el viejo Pérez había llevado por su cuenta.

Bueno, ya hemos comido, dijo el viejo Pérez. Ahora como las "pollitas" día enfrente desque quieren hacernos no se qué, mi Comandante mandó otra cosita bien alhaja, y les voy a enseñar para que le hagan cariños. Y diciendo esto, cogió de un rincón del rancho un bulto largo envuelto cuidadosamente en una bolsa kaki, y disimulado con ramas. Se situó en el centro de las camaradas, y sonriente descubrió una flamante "Z. B." Aquí está

muchachos, y aquí están las colaciones! añadió, enseñando unas cuantas cintas de balas.

Bravo viejol! Bravo viejol! pronunciaron entusiasmados los soldados de Rancho Chico. Con esto ya tenemos para detenerles. Bravo! Bravo!

Vea mi Sargento, dijo Maruri. Cojámosle al viejo Pérez para padrino.

Para padrino? contestó asombrado el viejo. Tienen algún guagua?

Y varoncito, confirmó el Sargento.

No sean bárbaros! replicó el viejo. A ver, dígamen cómo fué esto. Ustedes soldados no van a hacerse niñeras!

Jal jal jal rieron estruendosamente los camaradas.

Que se lo bautice ahora mismol, insinuó el "lluro" García.

Que se lo bautice! Que se lo bautice! corearon los demás.

Espérate viejo, prosiguió el Sargento. Te voy a explicar, para que no hagas malos juicios. No hay tal guagua ni pan de Pinsho: El guagua es este ranchito que hemos construido, y queremos que vos seas el padrino para que quede con nombre. Ya vis?

Ah! Qué pillos los guambras! exclamó el enfermero. Bueno pues, quién dijo miedo!

Entonces que empiece la farra, indicó el Cabo Cifuentes.

Ahora es cuando el "lluro" y vos Maruri, que tanto han amenazado con su sanjuanito, lo echen de una vez para que el viejo oiga. Hasta mientras, me doy una vueltita por donde el centinela.

Cogió entonces la vigüela el Maruri, y haciendo dúo con el "lluro" García entonó estas sentidas estrofas:

Entre toda la frontera,
Rancho Chlco es lo mejor,
Donde se pasa la vida,
Mirando al contendor!

Y de Quito nos mandaron,
Con dirección a pelear,
Mas, llegando a la frontera,
Al Montecristi a relevar!

Y el paquete sanitario,
Que el Cayambe nos dió,
Mas, llegando a la frontera,
Ay, de nada nos sirvió!

Los soldados del Cayamba,
Ante el pueblo han de hacer ver,
Que han venido a la frontera,
A cumplir con su deber!

Bravo, Cameradas! Bravo! gritaron entusiasmados y con visible emoción los soldados. Y en tanto el Cabo Cifuentes se disponía a bailar, sonó un disparo y la bala pasó silvando por encima del rancho.

No es nada, dijo el Cabo. Afuera está el centinela y mi Sargento. No es nada. Si hay algo, responderemos! Sigamos la farrá, aunque sea a secas!

Pero siquiera con un sánduche de queso, indicó el viejo, mientras recurría a sus provisiones personales. Tomen guambas, les dijo dándoles el pan. Mañana me voy, y allá en Huaquillas tengo lo suficiente.

Otro tiro disparado del campamento peruano, se clavó secamente en el ceibo del rancho.

Entró el Sargento y apagando la lámpara, pronunció en tono áspero y rabioso: Esos m...iserables nos han dañado la fiesta! Y más estando aquí el viejo! Bueno, no importa! A ver muchachos! Esta noche van a probar una vez más que son ecuatorianos de sangre pura. Allá al frente, tenemos un enemigo superior en número; pero de aquí no damos un paso atrás! Coraje muchachos, y a cumplir su deber!

Encantados mi Sargento! Ojalá suene de una vez! respondieron.

A ver vos Maruril ordenó el Sargento. A la Z. B., conmigo y el "guambra". (Los demás a los puestos que ya saben. Y cuidado con desperdiciar un cartucho. Primero apunten bien al blanco, que no tenemos pólvora para desperdiciar en esos "galicias"!

Y flacas, bien flacas, mi Sargento! murmuró el guambra Coronel.

Los soldados de Rancho Chico, salieron cautelosamente y formaron una corta línea de defensa, bien pegados sobre la arena, y afinando serenamente la puntería.

Del campamento peruano, disparaban sin disimulo. Las balas y las ráfagas de metralla chocaban a cada momento en el pequeño rancho y en las ramas del ceibo.

Para que les sirva para la fiesta, monitos! gritó una voz peruana.

El Sargento: entonces enfiló su ametralladora al lugar donde a la luz de un fogonazo, vió un grupo compacto de soldados peruanos, y una ráfaga nutrida repercutió en el lado enemigo. Unos cuantos peruanos se oyó que rodaron muertos al "Aguas Verdes", y su sangre negra se mezcló con el fango de la corriente.

Así se contesta, hijos de patria gritó el Sargento sediento de combate.

El tiroteo y las ráfagas continuaron con insistencia. Los peruanos estaban numerosísimos, pero los tiros certeros de los ecuatorianos no les dejaban avanzar una pulgada.

Los gritos de dolor y las zambullidas que se oía en el río, demostraban que los muertos del enemigo no eran pocos. Las linternas peruanas empezaron a dirigirse inspeccionando a Rancho Chico, y las ráfagas contrarias bajaron la puntería.

Están queriendo hacernos blanco, murmuró el Sargento. Pegarse bien al suelo muchachos! ordenó con cautela. Y no desperdiciar un tiro!

El tiroteo se trocó en un verdadero combate que llevaba ya varias horas. Los peruanos aprovechando su número inmensamente superior, estaban cercando al pequeño pelotón ecuatoriano. Por lo visto la situación era insostenible. Unos momentos más, y Rancho Chico caía con seguridad en poder del invasor, aún a costa de las vidas de sus bravos defensores. Era urgente salvar la posición. Era apremiante no ceder un girón de suelo ecuatoriano!

El Sargento vió la cosa mal parada, y rápidamente tomó una decisión. Guambra! llamó.

Ordene mi Sargento, contestó el guambra Coronel, sin soltar su fusil. Arrástrate acá.

En seguida, mi Sargento.

Ve guambrito, ahora tenés que hacer ver que sois hombre!



Francisco Coronel, "el guambra".

Vos que decís que has sido buen deportista, tenís que cumplir una comisión rapidito.

No sigo peleando, mi Sargento? Preguntó el muchacho soldado, previendo que se le iba a mandar a otro lugar.

No guambra. De vos depende nuestras vidas y sobre todo la posesión de nuestro rancho.

Muy bien, mi Sargento, ordene.

Cogé el fusil y los dos perros. Dá la vuelta por atrás de esos árboles para que no te vean los "gallinas", y corré lo que puedas para que entregues a mi Comandante de Huaquillas este papel. Si te siguen, les disparas, pero cuando asegures el bulto. En caso te hieran, dejáte que te arrastren los perros, y ellos saben dónde deben parar. Ya andá ligerito guambrito! Y que Dios te proteja! Adiós guambral

El muchacho se escurrió entonces del rancho cogiendo el cor- del de los perros, y se dirigió a toda prisa por donde el Sargento le había indicado. Llegó a la carretera y echó a correr como ven- nado. Chacras y el Conejo, los dos fieles perros del campamento, parecía que comprendían la situación, y corrían también sin lad- drar. Era una hora que el "guambra" había trotado sin cesar. El corazón quería salirse por la boca. La fatiga y el sudor crec- ían; pero el guambra seguía firme. Corrió un kilómetro más y otro y otro. Nada interrumpía su camino. Su misión iba a ser cumplida sin contratiempo. Y el muchacho jadeante de cansan- clo, manifestábase contento todavía. Iba a contener un poco el trote para descansar, cuando una linterna del campo peruano le hizo blanco. Después sonó un disparo, y luego otro. Me han des- cubierto, dijo el guambra; pero no me cojerán. Y echó a correr nuevamente. Oyó entonces un trote que se le acercaba. Han pasado el río, volvió a susurrar el muchacho. A poco un disparo le atravesó el pié. Me han herido, dijo otra vez el muchachito, ni con eso me cojerán, afirmó con coraje. Madrecita del Quin- chel exclamó, mientras se apoyaba en el lomo del Conejo. Ayú- dame a llegar a Huaquillas! Y apretó en su mano derecha el pa- pel que le dió el Sargento. Cojeando seguía con todo; pero la sangre de la herida le iba debilitando. Los pasos del agresor pa- recía que estaban cerca, y un bulto se dibujó en la penumbra. Se acomodó entonces como pudo sobre su perro Chacras, apuntó bien y disparó. El bulto cayó pesadamente, y el guambra saltando so- bre un pié; continuó adelante con gran dificultad.

A poco rato, volvió a divisar otro bulto, y reptó en la mis-



El "guambra" Francisco Coronel (x) con su familia.

ma forma otro disparo. Lo mismo que antes, el bulto cayó de bruces. Por lo visto, el guambra no estaba malo para un pepo.

Ya no avanzo, perritos, se quejó. Me duele mucho! Y se aseguró con un pañuelo el mensaje contra la mano, amarrándose por el pecho con los cordeles del Chacras y del Conejo. Ayayay! Perritos! Pero reflexionó un instante y reaccionó. Me quejó? No hay tall! dijo resueltamente. Vamos perritos! El paso del adolescente soldado era cada vez más lento. Los peruanos le seguían a corta distancia, y los perros comprendiendo la gravedad de su pequeño amo, empezaron a ladrar fuertemente. Un disparo echado por la espalda, atravesó el pecho del guambra Coronel, que cayó sobre la cabeza de Conejo. Llévenn! perritos... Avanzó a murmurar el héroe y se desmayó...

Los perros le arrastraron hacia Huaquillas. Pasaron unos minutos. Los animales estaban cansados y no andaban más. Pusieronse entonces a aullar insistentemente, llenando la zona con su fúnebre llamada, en tanto la aurora venía a poner de relieve este cuadro de dolor, del soldado muchacho que derramó su sangre en la carretera de Rancho Chico a Huaquillas; este cuadro del nuevo héroe ecuatoriano que al cerrar sus labios casi exánimes, en un esfuerzo cívico supremo murmuró: Viva mi Patria!

* * *

Clareaba el día. En la zona de Huaquillas había movimiento. De diferentes destacamentos de la frontera Sur, venían noticias de que habían tenido encuentros con el agresor. El Comandante de Frontera estaba ordenando los refuerzos. Los soldados aseguraban las mochilas y se disponían a salir del Campamento. Y un campesino entraba en el caserío, llevando sobre sus espaldas el cuerpo inerte de un muchacho soldado. Aún se dibujaba en su cara pálida una leve sonrisa. Tenía el pié destrozado, y por encima de la blusa kaki, se le escapaba la sangre todavía caliente. Un soldado algo alarmado, le salió al encuentro. Qué pasa? le preguntó con interés. Lléveme donde el Comandante, pero ligero. El soldado se apresuró a guiar al campesino. Se acercaron al edificio de caña, y el soldado gritó: Mi Comandante! Un parte de urgencia! Salió el militar, y al ver un soldado muerto, indagó apresuradamente.

Si, Comandante, dijo el campesino: Al amanecer oí cerca de mi rancho los aullidos de perros desconocidos, y como las bullas están por aquí cerca, creí que se trataba de un herido. Corrí a

donde ladraban los perros, y encontré a este muchacho agonizando entre un charco de sangre. Ya no podía hablar, y, apenas, me enseñó lo que tenía en la mano. Mírelo, mi Comandante, cómo está el pobrecito... y tome este papel, prosiguió el campesino, mientras con la manga de la camisa se limpiaba una lágrima.

El Comandante entonces ordenó que se le hagan honras militares al héroe, soldado del Ejército ecuatoriano, y leyó el papel que decía: Mi Comandante: Fuerzas superiores del invasor, tratan de cercarnos. Mande pronto refuerzos. Nos mantendremos firmes hasta la muerte.—Sargento Mera.

En el Campamento de Rancho Chico las balas cruzaban sin descanso. Los peruanos habían pasado ya al lado ecuatoriano y un semicírculo se formaba alrededor del pelotón ecuatoriano, que no cejaba deteniendo a los invasores.

Animo muchachos! decía a cada momento el Sargento. Ya mismo vienen los nuestros! Apuntar bien para que caigan esos m...iserables!

De vez en cuando el Sargento se daba modos para escudriñar la carretera; pero nada veía. Apretaba más su ametralladora y la muerte cundía en las filas peruanas. Así guambritos! Así! continuaba, contento de mirar las bajas enemigas. Pero los invasores se acercaban más y más. Un tiro hizo blanco en la cabeza del "liuro" García. Otro mató al Cabo Cifuentes. El viejo Pérez cayó también herido el hombro derecho. Y los refuerzos no asomaban. Qué sería del guambra? se preguntaba el Sargento. Levantó por última vez la cabeza, y allá a lo lejos vió una nube de polvo.

Ya vienen! Muchachos! Un esfuerzo más, y no dejamos uno vivo! exclamó con ira.

Pasados unos minutos, treinta hombres ecuatorianos, comandados por un Teniente, entraban en contacto con los héroes de Rancho Chico. Arrastrándose por el suelo, con los fusiles bien puestos, iban repeliendo a los invasores, volviéndoles a sus primeras posiciones. El Teniente se escurrió por donde estaba el Sargento, y en tanto disparaba su pistola, le preguntó: Cuántas bajas tiene, Sargento?

Dos, mi Teniente, y un herido. Y bueno, mi Teniente, qué fué del guambra Coronel?

Murió. En el camino le abalearon, pero llegó.

Al guambra, mi Teniente? respondió incrédulo el veterano, y mordiéndose el labio de furia, instintivamente se acercó donde



Jorge Maruri, uno de los valientes y entusiastas fundadores de Ran-
chito Chico, con los perros "Chacras" y "Conejo". Maruri es el autor
de las estrofas que se publican en este relato.

CARLOS L. BENITEZ

quien luchó
valientemente
con sus compa-
ñeros del Batallón
«Cayambe» en Areni-
llas y Huaquillas contra
los agresores perua-
nos, hasta el mo-
mento en que se
declaró la
tregua.



funcionaba la ametralladora. Prestáme la tostadora, Maruri, ordenó el Sargento. Han asesinado al guambra! Hoy me la pagan, perros malditos! Y al mismo tiempo que echaba furiosas ráfagas, una imprecación de rabia se les escapaba a cada momento. Tómen m...serables! Asesinos! Gallinas! Así no se mata a un niño! Tómen hijos de p...arial

• • •

El combate había durado una hora más. La furia ecuatoriana de cuarenta hombres había puesto coto a ciento cincuenta cobardes que buscaron refugio en sus primitivas posiciones. La calma volvió de nuevo al Campamento de Rancho Chico, y una aureola de gloria resplandecía junto al cuerpo yerto del "guambra" Coronel. Los "cafnes americanos" habían derramado sangre hermana, y los bravos de mi Patria, el Ecuador, volvieron a enseñar su corazón de héroes!



El destacamento de Guabillo, que forma otro grupo de los valientes ecuatorianos. De izquierda a derecha: Vargas, Jiménez, Narváez, Maruri Augusto, Cortez, Estrella, Uvillius; sentados: Arco y Torres. En el centro el Sargento Guillermo Mera que comandaba el pelotón.

Ráfagas invasoras sobre el campamento Ecuatoriano de "Caravana"

Allá en el lugar de la selva que se dirige a la Meseta del Caucho, en nuestra frontera Sur, donde los gigantesos ceibos extienden desmesuradamente sus ramas cuajadas de copos de lana; donde los guarumos se alargan como indefinidamente en la espesura; donde los guayacanes destrozan con sus agudos espinos las hojas que caen; donde los multicolores bejuco y musgos grises forman impenetrables mrañas, hay una casita amarillenta construída de cañan y barengas y cobijada con anchas cortezas de árboles, en cuyas cercanías crecen con exuberancia multitud de palmeras de coco y abundantes plantas de sabrosos bananos. Es la residencia del Destacamento de "Caravana", donde quince soldados ecuatorianos luchan denodadamente contra toda adversidad resguardando el suelo de la Patria.

El sol bajaba y el calor tropical empezaba a declinar, cuando los soldados habían terminado su frugal almuerzo, y mientras el centinela atalayaba desde un alto ceibo, abajo, en la sombra, buscaban algún entrenamiento para variar la monotonía de la estancia. El "trompudo" Cadena, el "chocho" Estrella y el Cabo Iza, daban vueltas con insistencia un paquete procedente de la Sierra en tanto los demás leían revistas y perlódicos enviados por desconocidos amigos.

Apuesto que ahora sí tengo carta, dijo con entusiasmo el "trompudo".

Yo también! concluyó el "chocho" Estrella.

Lo que es yo estoy de a malas! replicó el Cabo Iza, Ya tres meses que ni mi mamá, ni mi hermano me escriben ni una letra. Como si les hubiera tragado la tierra!

Es que Ud. mi Cabo tampoco les escribe, repuso el "chocho" Estrella.

Yo? Cartas no más les he mandado como hojas sueltas. Sino que... yo no sé lo que les pasa... Capaz que ya mismito le abro el paquete, y...

Nadie abre ese paquete mientras no venga mi Teniente! ordenó el Sargento Ponce, ojeando una revista deportiva.

Qué hora vendrá mi Teniente? exclamó el "compadre" Enríquez. Más vengo sin descansar trayendo el correo, y sin saber si me han escrito o nó!

Esperá un ratito, que ya mismo viene mi Teniente! sugirió el "mono" Arcos.

Pero iría lejos? preguntó el "compadre" Enríquez.

No, sino que mi Teniente tuvo antojo de carne, y salió con el guambra de tu hijo a ver si atrapaba por ahí algún mono, le contestó otro.

Bueno pues; esperaremos. Qué vamos a hacer!

Mas apenas había terminado de decir esto, cuando por allí cerca se oyó la voz de un pequeño que cantaba algo como una canción, cuyo eco repetía la montaña simulando un coro de alegres niños.

La puntería de mi Teniente!

le tumbó al mono...!

La puntería de mi Teniente!

le tumbó al mono!... al mono!... al mono!

Era el guambrito Luis Enríquez, huérfano de diez años de edad, a quien los soldados del Destacamento le llamaban "estorbo" por su ticsadura incansable. Mimado de todos por su valentía, los camaradas suplían con sus halagos el cariño de su mamá que había fallecido algunos años atrás, en Quito. No tenía familiares ni amigos que podían custodiarle con sollecitud, y su padre el soldado Enríquez, motejado por la tropa de "compadre", le llevaba a donde iba de servicio. El guambrito hecho ya a la vida dura y rígida del soldado en campaña, se había familiarizado con el trajinar en las selvas y en los lugares donde el clima es recio y hasta insoportable, y por nada quería dejar a sus compañeros de armas. El Teniente del Destacamento le había tomado paternal aprecio, y era su pre-

dilecto acompañante cuando salían a cacería o en busca de alimento.

Trompudo! Trompudo...! Vení verás este rico mono...! gritó el guambrito mientras se acercaba a la casita seguido del Teniente Jaramillo.

Guambra del diablo! Vení pronto que aquí está tu taita! le contestó el "trompudo".

Papá? Ya vino papá? replicó el chiquillo que arrojando en la puerta del rancho la escoria, se echó en brazos de su padre el "compadre" Enríquez.

Vení Vení Hijoito mío! Travieso...! Estorbo...! exclamó el soldado apretujándole cariñosamente contra su pecho.

¿Me trajiste la escopeta que me ofreciste? preguntó con curiosidad el muchacho.

No hubo cómo en este viaje, porque en el extranjero no he tenido tiempo de hacer escopetas; pero te traigo una cosita que te manda mi Mayor Grani-zo, explicó el veterano.

El que me regaló la cristina?

Si, el mismo. Vení verás. Y abriendo su morral sacó una bolsa de pinol y otra de galletas de vainilla, que el muchacho arrebató contento de las manos de su papá.

Llegó el correo? preguntó el Teniente Jaramillo parándose en la puerta del rancho.

Si mi Teniente, contestó el "compadre" Enríquez, cuadrándose militarmente.

Y no dicen nada de nuevo por allí? insistió el Oficial.



El "estorbo" Enríquez con su padre el soldado Luis Enríquez, fotografiados en un destacamento de la frontera sur.

Lo de todos los días mi Teniente. Dicen que por Huaquillas, Chacras, Quebrada Seca y en Rancho Chico, los peruanos sin más motivo han atacado a los nuestros, y cuando les han contestado el fuego sin retroceder ni medio paso, los "gallinas" se han escondido ligero. Lo mismo de siempre mi Teniente. Tóme estas cartas mi Teniente. Mi Mayor Granizo me dijo que ahí le avisaba todo.

Y no hay correspondencia para la tropa?

Sí, mi Teniente. Aquí está en paquete. Le abro mi Teniente? insinuó el "compadre", ansioso de saber si tenía carta.

Sí, ábrelo.

En seguida, mi Teniente. Y reparto, mi Teniente?

Sí, entregue no más.

Abierto el paquete se encontró cartas que dirigían los familiares y amigos, unas cuantas revistas, periódicos y algunas cajetillas de cigarrillos, en las que los soldados pusieron sus ávidas miradas.

A ver, soldado Villarreal! Soldado Maruri! Maldonado! Sargento Ponce! y mientras iba cuidadosamente mirando la dirección puesta en los sobres, llamaba a cada uno para entregarles las gratas noticias que les enviaban los de la tierra. Quedaban sólo los cigarrillos y una carta estrujada y casi rota.

Y ahora también no hay para mí? se apresuró a preguntar con impaciencia el Cabo Iza,

No chollito. Para vos no hay...

Cómo que no hay!

¡Pero espérate! Quiero decir que no hay más... que una!

Déjate de bromas y desembuchá brevel

Tomá; pero avisarás qué te dicen!

A vos no te importa, respondió el cabo. A ver esta carta! De qué año también será! Si ya ha estado más vieja que vos! replicó el Cabo Iza, dirigiéndose al "compadre".

Eso no sé, le replicó. Y bueno, mi Teniente, y los cigarrillos?

Ah! Sí. A ver muchachos! Todos van a recibir igualito. Ud. Sargento Ponce, abra las cajetillas y haga el reparto. Y, agradezcan a un amigo que les manda esto para ustedes.

Gracias mi Teniente! exclamó el Sargento.

Gracias mi Teniente, replicaron los demás en tanto se colocaban en fila para el reparto, y buscaban los fósforos para saborear el apetecido regalo.

Si supieran en nuestra tierra, lo que aquí es esto para nosotros!

dijo el Sargento Ponce apresurándose a ponerse un tabaco en la boca.

Están buenos? indagó el Teniente.

Ni hay qué preguntar mi Teniente, contestó el "chocho" Estrella. Están más dulces que el manjar blanco.

Me alegro. Bueno, sigan no más leyendo sus cartas, insinuó el militar.

Muy bien, mi Teniente.

Y a Ud. qué le dicen mi Cabo Iza? le preguntó el "compadre" Enriquez.

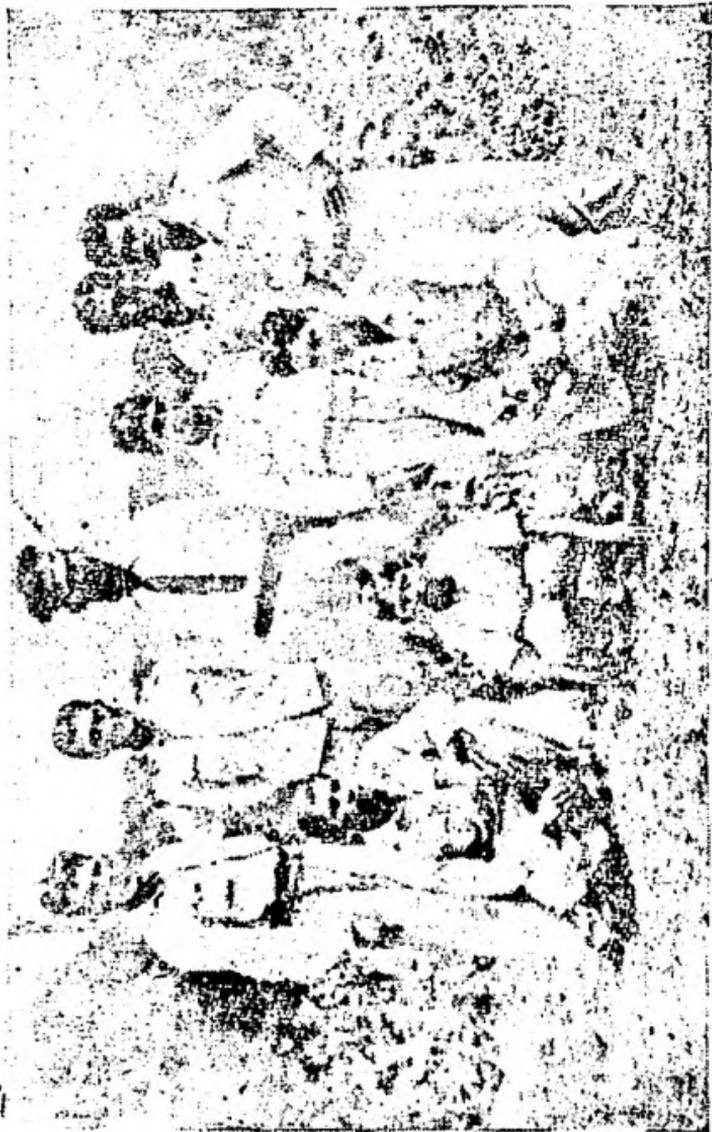
Vamos a ver pues, contestó el aludido, rasgando el sobre. Húml! Esta carta es del Salazar! A los tiempos me escribe el bandido! A ver qué me dice!

Podimos oírte? le preguntaron algunos soldados, colocándose alrededor.

Bien pueden; como no tengo secretos! Bueno, vengan, pero nadie me mete bulla.

Oirán guambras lo que me dice: Quito, a 12 de julio de 1941. Señor Cabo Primero Tomás Iza. Campamento de Caravana. Frontera Sur.— Mi querido y nunca olvidado indio: Desde el otro día estaba para escribirte, pero como quería comunicarte lo que aquí estaba pasando, me atrasé un poquito, pero en fin, te escribo ahora deseándote que te encuentres sin novedad y con bastantes balas para la cacería de "gallinos". Sabrás cholito que aquí en toda la República todo el mundo se ha levantado, desde que supimos que los "huayruros" les habían atacado por la espalda. Es cosa que ya no podemos estar quielos pensando a qué hora nos llama el Gobierno para ir a la frontera. Dejamos el trabajo contentos, para pedir a gritos por las calles que nos armen y nos manden a la guerra, para de una vez darles una buena a esos vecinitos que ya nos calientan demasiado. Si vos vieras los desfiles que estamos haciendo, hasta lloraras de emoción. En el último que hubo aquí, las calles no alcanzaban y más de ochenta mil hombres desfilaron frente al Presidente de la República al grito de Viva el Ecuador! Abajo el invasor! Abajo el Perú! No te imagináis cholito, el deseo que tenemos de estar allí.

Te contaré indiecito, que hasta las vendedoras del mercado desfilaron y ni las santas se escaparon de los gritos. Ya sabís lo que son de fregadas y de templadas estas mujeres, y vos les hubieras visto gritar, Viva Marianita de Jesús! Abajo Santa Rosa de Lima.



SOLDADOS DEL "CAYAMBE" EN LA FRONTERA SUR. — De plé: el "compadre" Luis Enriquez, el "chivo" Villamar, el Teniente Jaramillo, Jorge Uvillus, el "cantor" Sarmiento, el "mono" Arcos, el "condenado" Lobato, el "astorbo" Luis Enriquez, y Augusto Marquí.

¿Qué te parece? En las puertas de los cuarteles están todos los días llenos de voluntarios, pidiendo que les den el chopo. Ya algunos se fueron, pero los que quedamos aquí estamos sufriendo porque aún no nos toca el turno. Te aseguro cholito que si esta semana no me dan el alta, yo me iré de mi cuenta y pronto me tendrás por allá. Así que no te olvides de quitar un fusil a algún "guayruro", porque yo quiero llegar y en seguida ponerme a la obra.

De lo que decís en tu última carta que me escribiste de Huaquillas, la Laura está que se hace agua la boca por vos, pero yo le dije que ya no te acordabas, y que te ibas a casar con una lojanita de plata. La bandida, no sabís la cara que puso, y me dijo que no importaba lo del guagua, y que lo único que quería era que no le olvides y que le escribas. Yo le dije, que lo que podías hacer es mandarle un "guayruro"...! Sabrás que casi me come la carcasa, y me mandó a la misma m... esopotamia! Me dijo que mejor querría a un chino, que era gente más decente, antes que a uno de esos c...! Lo cierto es cholito que la peste está loca por vos. Bueno pues, mi querido indio no quiero cansarte más. Todos tus amigos te recordamos aquí y nos alegramos que tanto vos como los demás compatriotas, se hayan portado con el coraje que tenemos los ecuatorianos. Salúdalés a todos los camaradas y vos querido indio recibí un fuerte abrazo de tu invariable amigo, Polivio Salazar. Viva el Ecuador!

Macanudo cholo! Macanudo! corearon los soldados de Caravana.

Vení te abrazo, dijo el Sargento Ponce, extendiendo los brazos. Ven indio "boca de fierro"!

Entró entonces el Teniente con un papel en la mano, y ordenó que todos se sentaran para escucharle.

No ha venido todavía la "pupa" preguntó.

No mi Teniente, contestó el Sargento.

Bueno, ya vendrá. Hasta mientras les voy a dar algunas órdenes. Sabrán que tengo comunicaciones que me dicen que los "guayruros" nos pueden atacar en cualquier momento y que estamos preparados. Desde hoy vamos a doblar la vigilancia, y nadie duerme en el rancho, sino donde les voy a indicar. Me dan palabra que se han de portar como siempre valientes?

Este rato podemos empezar la chamusca, mi Teniente! repuso con energía el Sargento.

Sí mi Teniente. Este rato! contestaron los demás levantando los puños.

Viva el Ecuador! gritó con coraje el Cabo Iza. Y un eco poderoso repercutió en la tupida selva, haciendo vibrar de entusiasmo el corazón de ese puñado de heroicos soldados ecuatorianos.

Hacia una tarde limpia de nubes. El sol bajaba. Un poco de viento movía apenas la espesura de la montaña. De vez en cuando un "guayruro" luciendo su plumaje azulado, exhalaba tétricos graznidos, como anticipando una borrasca. Y en un remanso del río La Faical, una mujer morena, arremangándose los trajes hasta más arriba de los rodillas, se disponía a lavar sobre una ancha piedra. A su lado estaba un niño jugando con pilches de cocos.

Y te acordás de tu mamita? preguntó ella.

Mi mamita? Yo no me acuerdo; pero mi papá me dice que era buena y que me quería bastante.

Y quisieras que yo sea tu mamita?

Yo sí quisiera.

Y por qué quisieras?

Porque Ud. es buena y me da los asados.

Y te gusta los asados?

Pero claro mama Ligia; pero cuando el plátano está madurito. Y les querís a los "gallinas"?

Ni pintados mama Ligia! No ve que estos han matado a nuestros soldados?

Cierto mi hijito; tenís razón. Y quisieras pelear contra esos?

Pues claro; si el Cabo Iza ya me está enseñando a manejar el fusil, y dice que ya sé, pero que lo único que me falta es que sea un poquito grande.

Y la "pupa" Ligia, que vivía en esos lares desde que su marido que era "pupo" como ella, murió sirviendo a la Patria, siguió metiendo en el agua la ropa de los caromadas del Destacamento. Iba a proseguir la charla con el Guambrito, cuando dos hombres uniformados asomaron por la ribera que estaba en territorio ecuatoriano. Eran soldados peruanos que habían pasado al parecer por molestar a mama Ligia, que aún conservaba rezagos de su juventud.

Ala! Ala! les gritó la "pupa". Qué buscan por aquí!

Unos coquitos, nada más!, contestaron los "huayruros" acercándose lentamente.



HUAQUILLAS. — Soldados Galo Soría y José Jaramillo.
En el fondo se notan las casas de la población.

Qué cocos ni qué pan caliente. Ya mismito se van de aquí, si no quieren que les revientel

No hay que enojarse con nosotros señora, porque le puede ir mal! murmuró uno de los peruanos.

A mí? A mí? Ya salgo para vernosl respondió ella, mientras se soltaba los trajes con furia y se dirigía a donde los intrusos. Conmigo no hay cosquillitas! Qué creerán estos c...obardes, ladrones que soy de las que aguantol... Pues aquí me tienen "guayruros" per...dencierosl Péguemen o les pegol Así somos las "pupas" del Carchi la ver!

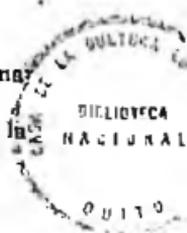
No se exponga usted señora! La cosa puede ser serial respondió el otro peruano algo intranquillo.

Pues fuera de aquí ordenó mama Ligla, en tanto se arreman-gaba las mangas de su camisa y apretaba los puños. Fuera de aquí que esto es nuestro, o les pegol

No se exagere señora, que ya nos volvemos!

Entonces andando so c...aracoles! Buscando cocos donde una está lavandol Vea Ud?

No hubo más remedio. Los peruanos no soportaron más la



agresividad de mama Ligia, y cabizbajos dieron vuelta y siguieron su camino hasta perderse en la montaña.

Qué bienhechito! Bienhechito! exclamó el "estorbo" Enríquez fregándose las manos de contento. Los "gallinas" casi se caen de miedo mama Ligia!

Jal, jal jal rieron ambos. Luego mama Ligia, reflexionó un momento, recogió con premura la ropa y calzándose las alpargatas, tomó de la mano al guambrito Enríquez encaminándose a todo paso al Destacamento ecuatoriano.

Aquí está mi Teniente? preguntó la "pupa" apenas divisó al centinela.

Mi Teniente está adentro, respondió el soldado.

Bueno, andá llámale "estorbo".

En seguida mama Ligia, contestó el muchacho echando a correr.

El Teniente Jaramillo salió inmediatamente y mama Ligia le conversó ligero lo que había observado en las líneas peruanas.

Mire mi Teniente, le dijo. Me fui al Campamento peruano con mis ventitas, y como allá se las da de enamorado el Sargento Caballero, le regalé unos tamalitos, y pude observar alguna cosa. Dicen que han recibido orden del Gobierno de ellos para que nos desalojen, y talvez vengan por aquí pronto.

Muy bien-mama Ligia. Ya veremos si nos mandan de aquí. Espere no más.

Una aparente tranquilidad había en el Campamento de Caravana. Algunos soldados se entretenían haciendo inscripciones en los gigantescos troncos de los ceibos. Otros leían a la sombra de la enramada, mientras los demás fumaban y cantaban con sentimiento un yaraví serrano. La tarde estaba despejada y nada anunciaba un temporal fuerte. En la cima de los árboles, infinidad de monos cruzaban de rama en rama. De vez en cuando algún pájaro extraño silbaba oculto en el follaje, y solo allí cerca, en la casita de mama Ligia, el "estorbo" Enríquez gritaba y reía jugando con todo lo que encontraba. De pronto en lo alto del ceibo que servía de atalaya, el centinela gritó: Quién vive?

Amigos de ustedes! Somos del campamento peruano! respondió una voz.

Qué desean?

Queremos una entrevista con el que comanda este destacamento!

En seguida doy aviso a mi Teniente contestó el Sargento Ponce que había estado atento a lo que decían los peruanos.

El que solicitaba la entrevista era un oficial que lucía brillante uniforme de finísima gabardina de lana con charreteras y cordones de oro. Sobre la guerrera en el lado izquierdo, tenía un sinnúmero de pedacitos de cintas de diversos colores, que seguramente significaban las condecoraciones que había obtenido quién sabe donde. Las botas estaban lustradas y flamantes como para asistir a un baile, y en una de sus delicadas manos portaba un par de guantes de inmaculada blancura. Acercándose más quizás se hubiera apercibido alguna agua de olor. Su ordenanza no quedaba muy atrás en estos atavíos. Su uniforme que se asemejaba al colorido del plumaje del "guayruro", parecía nuevo como si recién se hubiera puesto. Llevaba en el cuello un ancho y ajustado corbatín que le obligaba a tener la cabeza erguida. En el cinto, en una bolsa de cuero, guardaba una magnífica pistola de las mejores marcas...

Como haciendo contraste con esta lujosa presentación, asomó por otro lado un hombre con camisa kaki, pantalón de la misma tela y gruesas botas de vaqueta. Sujeto a la cintura llevaba un reluciente machete. Cubría su cabeza de los rigores del trópico con un jipijapa de anchas alas. El único distintivo de su grado eran dos estrellas colocadas sobre sus hombros.

Teniente Ruiz de Oliva del ejército peruano, dijo el lujoso militar llevándose la mano a la viciera de su llamativa gorra.

Teniente Jaramillo del destacamento ecuatoriano, contestó el militar del machete.

Pues verá Ud. Teniente, que tengo una misión de paz. Los soldados de mi destacamento, queremos ser buenos amigos de ustedes y llevarnos bien, como hermanos, dijo el peruano en tono un poco afectado.

También nosotros tenemos los mismos buenos deseos, respondió el Teniente Jaramillo.

Yo he sido uno de los más fervientes admiradores de la abnegación de ustedes. Me llama la atención que a ustedes no les arrede las incomodidades, y entre camaradas hay que subsanar estos inconvenientes en buena armonía. Por qué no nos acepta Ud. Teniente y los de su tropa, un vaso de cerveza o un buen pisco, o en fin lo que gusten, que en nuestro campamento tenemos en abundancia!

Le agradezco su gentil oferta Teniente Ruiz de Oliva; pero nosotros estamos bien por ahora con una taza de agua de raspadura, contestó el militar ecuatoriano.

Pero por lo menos ustedes necesitarán algunas medicinas, sobre todo para el paludismo. Nosotros tenemos quinina preparada y unas magníficas inyecciones para enfermedades tropicales. Nos agradaría ayudarles con estas cosas, y espero que Ud. acepte mi sincera colaboración

Muchas gracias Teniente, replicó el Teniente ecuatoriano. Pero mi gente está tan curtida con esta vida, que cuando sienten



HUAQUILLAS. — Parados en la línea divisoria del statu-quo: Cabo Saltos, Sorla, Echeverría y Portilla.

temperatura, les basta un poco de agua hervida con certeza de algarrobo y un poco de limón, y se acabó la historia!

Muy sensible, muy sensible Teniente. Pero parece más bien que Ud. está haciendo uso de la sal quiteña, de la que he oído ponderar tanto, explicó el peruano.

De ninguna manera, pues no encuentro en qué está el chiste, contestó un poco alterado el Teniente Jaramillo.

Bueno pues, prosiguió el Teniente Ruiz de Oliva. Ya que no ha sido posible que Ud. me acepte nada, entremos simplemente a tratar nuestro asunto, continuó el peruano, algo sonriente.

Puede Ud. hacerlo, replicó con frialdad, el Teniente Jaramillo.

El caso es este, Teniente, repuso el militar de las charreteras de oro, mientras se abaniqueaba con los guantes. Según tratados aprobados por nuestras respectivas Cancillerías en las esferas oficiales, la posición donde está su destacamento pertenece al Perú. Y sería conveniente que en una forma armoniosa se retiren, porque debemos evitar a todo trance que se derrame sangre hermana.

Los soldados ecuatorianos no queremos entender de diplomacia. Defendemos el suelo de la Patria, y se acabó el cuento replicó el Teniente Jaramillo, caliente ya de indignación.

Es que Ud. debe tener presente, que si nosotros no estamos aquí en esta posición, es sólo porque el agua para el abastecimiento estaba algo distante, y esto incomoda a mi gente, explicó el Teniente Ruiz de Oliva.

Lo que es yo, con agua o sin agua me quedo aquí explicó también el oficial ecuatoriano.

Ah! Ud. vuelve con la sal quiteña? dijo irónicamente el peruano.

La sal quiteña que Ud. quiere es ésta! repuso indignado el Teniente Jaramillo, al mismo tiempo que asestaba una tremenda bofetada al intruso.

Mono infeliz! Tengo suficientes soldados y pronto nos veremos! exclamó el peruano, llevándose la mano a la cara roja por el golpe, y dando media vuelta a su campamento.

Eso de darnos bala es lo de menos! Lo que siento es que Ud. no me haya parado como hombre! replicó el Teniente Jaramillo.

Hacia un día caluroso y en el Campamento de Caravana habla inusitado movimiento. El Sargento Ponce disponía en lugares convenientes a los soldados, mientras el Teniente Jaramillo observaba al invasor con un antejo de larga distancia. Los ecuatorianos tenían las armas listas y el Cabo Iza colocaba cerca de su Z. B. unas cuantas cajas de balas.

Por fin va a reventar la cosa! dijo contento el Sargento Ponce, ajustándose el cinturón.

Por fin mi Sargento, replicó el Cabo Iza. Ya nos cansábamos sin tener siquiera una refriga en tantos días!

Eso m... ariquitas están demorando el ataque! repuso el "chocho" Estrella.

Paciencia muchachos que ya mismo vienen! observó el Teniente. Oiga Sargento, continuó.

Ordene mi Teniente, contestó el veterano cuadrándose frente al Oficial.

Necesitamos saber más o menos la tropa de que disponen esos "gallinas"; pero no quiero que vaya ninguno de ustedes. Se le ocurre a Ud. algún medio?

El Sargento quedó pensando un momento y luego explicó; se me ocurre una cosa mi Teniente.

A ver diga.

El guambrito Enríquez va continuamente al campamento peruano a traer latitas de las botellas de cerveza, y como es chiquito le dejan pasar. Yo le conozco lo vivo que es el guambra, y creo que si le mandamos a él, no caerán en cuenta.

Ya está Sargento. Llámelo!

Muy bien mi Teniente, asintió el Sargento dirigiéndose a la casa de mama Ligia y volviendo a poco con el muchacho.

Me necesita mi Teniente? preguntó el "estorbo" Enríquez levantándose la diestra a su cristiana.

Si guambrito. Ahora vamos a ver si sals soldado. Si haces bien lo que te voy a decir, te hago soldado de veras y te entrego un fusil como el de tu papá.

Oh! Qué rico, mi Teniente!

Bueno; te vas al campamento peruano, y haciéndote el que vas a pedir latitas, te fijas si hay bastantes soldadas y nada más. Voy en seguida.

El muchacho tomó inmediatamente un palo y cabalgando en él, corrió por la pica, diciendo de trecho en trecho: Corre caballito! Corre caballito!

Llegó al campamento peruano. El centinela le vió y dió parte al Sargento Caballero. Este se acercó al muchacho con interés y algo meloso.

A buen tiempo, le dijo. Acércate monito. Te vamos a dar bastantes latitas, pero me vas a decir una cosa.

Bueno señor, contestó el guambrito, mientras dirigía por todas partes su mirada.

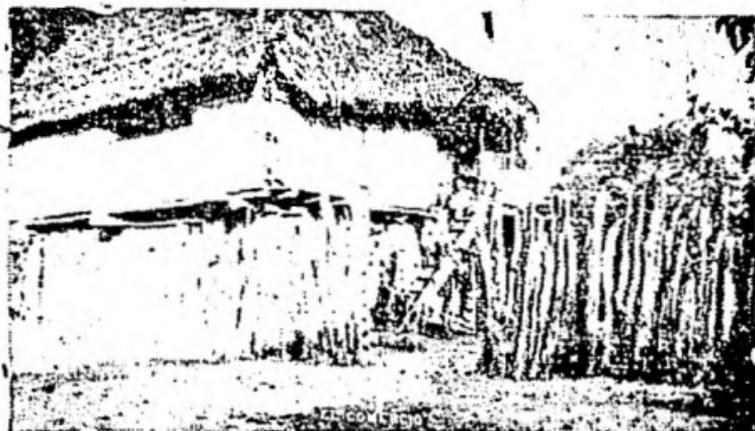
Qué están haciendo tus soldadas?

Los mías... están... unos tocando la guitarra. Otros... escribiendo y otros... cantando.

Y hacen la siesta?

Si, pero no este rato, sino después de almuerzo.

Entonces después de poco?



Una humilde casa que ha servido de cuartel de nuestras tropas en Chacras. El poblado se compone de diez y ocho construcciones de este modelo. Algunas otras tienen cubierta de teja. Para destruir fortalezas como ésta, el enemigo ha hecho uso de su aviación y su artillería. (Foto de nuestro Corresponsal en la frontera .

Si señor, después de poco?

Bueno monito, coje las latas y regrésate en seguida, accedió el Sargento Caballero.

El "Estorbo" regresó asimismo en su caballo de palo, al que a cada momento castigaba con un bejuco para disimular que corría. Corre caballito! Corre caballito! repetía. A toda prisa entró en el rancho de Caravana, y arrojando a un lado el palo se presentó al Teniente Jaramillo.

Cuándo tendré siquiera un burro como los que tienen los peruanos? dijo el muchacho.

Ya tendrás. Pero ahora dime qué fue?

Nada mi Teniente: sino que el Sargento Caballero de esos "guayruros" me preguntó qué hacían aquí los soldados, y le contesté que todos estaban entretenidos leyendo y cantando y que después de un rato harán la siesta.

Muy bien guambrito. Y vistas bastantes soldados?

Bastantes mi Teniente y están poniéndose los cinturones de balas.

Muy bien guambra, muy bien. Ahora corre donde mama Lilia y no salgas.

Apenas el Teniente Jaramillo despachó al muchacho, cuando frente al destacamento de Caravana dispararon una descarga cerrada de fusilería. Luego ráfagas de metralla, y gritaban y profirían insultos. Las hojas de los árboles caían como lluvia en el rancho de Caravana y las balas pasaban silbando pero alto.

Esperen no más muchachos, indicó el Teniente. No disparen y hagan lo que les dije! Que avancen y luego el Sargento Ponce y el Cabo Iza les atacarán por los flancos! Hasta tanto paciencia. No importa que sean bastantes, porque esas gallinas no tienen corazón! Alerta muchachos que somos ecuatorianos!

Los peruanos iban avanzando rápidamente, disparando sin cesar y creyendo talvez que los ecuatorianos estaban temerosos. Las ráfagas enemigas estaban más certeras, pero no tanto como para hacer blanco fácil. Cada árbol era un poderoso obstáculo y los ecuatorianos ocultos en la espesura de la montaña estaban ya apuntando bien para no desperdiciar un cartucho.

Ahora! gritó el Teniente. Y las balas de los pocos ecuatorianos voltearon numerosos "guayruros". De nuevo dispararon con coraje y las bajas enemigas se aumentaban rodando en la orilla del río La Faical. Los peruanos comenzaron a desorganizarse y algunos dieron media vuelta.

A la carga! A machete limpio! gritó el Teniente frunciendo el ceño ferozmente. Y de entre los troncos de los árboles, los furiosos ecuatorianos se lanzaron al combate. El Sargento Ponce adelantaba ametrallando a la vanguardia de los suyos y protegiendo el avance. Se oyeron gritos desesperantes. Los machetes sonaban terriblemente al chocar contra los cuerpos de los enemigos. Ya no se oían disparos, sino voces de confusión y de espanto. Los peruanos no resistieron más y se desbandaron en derrota abierta y media hora después los ecuatorianos ebrios de triunfo gritaban Viva el Ecuador!

Y mientras los soldados del Teniente Jaramillo recogían los trofeos de la feroz carga y ayudaban a caminar al Cabo Iza, al Maldonado y al "trompudo" Cadena que estaban heridos, el guambrito Enríquez bregaba arriando un magnífico burrito.

Pero por qué te metiste? le preguntó el Teniente.

Si este guambra de mi hijo tiene fibra de soldado! observó el "compadre" Enríquez muy ufano.

Es que el burrito le había traído bien cargado con municiones, y él se quedó aquí para no cargar más, y yo le cogí explicó el chiquillo.

Muy bien guambra. Llévate el burrito que bien lo mereces! le indicó el Teniente.

Y el "chuso" Enriquez trepándose en el asno peruano, se encaminó hecho una pascua al Campamento de Caravana, a dar la buena noticia a mama Ligia. Arre burrito! Arre burrito! le decía taloneándole con cariño. Anda burrito que ahora sois mío y no has de cargas más!

Y esta es la vida del bravo soldado ecuatoriano en la lucha contra el secular invasor. Soldado de un valor sin igual, nada le detiene cuando empuña el fusil para el combate. Sufrido como él solo, ni los fuertes vendavales de la montaña, ni el sofocante calor de los trópicos, ni el vestido desecho, ni la comida mala, ni las incomodidas ni nada le detiene cuando marcha a defender a la Patria ultrajada. Con igual sonrisa acampa y duerme sobre el suelo duro, como reside en los confortables cuarteles. Con el mismo gusto acepta una taza de agua de panela en campaña o una exquisita bebida en la paz de su hogar. Tierno y sencillo en la vida cotidiana, se vuelve feroz e incontenible en la guerra. Y es que arde en sus venas sangre de guerreros. Y es que una Patria de valientes como el Ecuador, nunca puede sucumbir ni rendirse ante las bastardas pretensiones de un invasor cobarde!



Una de las pocas secciones abiertas en la espesura de la vegetación deslumbrante de Chocras. Esta vista panorámica muestra un girón de la tierra ecuatoriana por la que se ha luchado y se luchará tenazmente. — (Foto de nuestro Corresponsal en la frontera).

En las venas de los ecuatorianos bulle la sangre de héroes

Hay en un barrio de mi ciudad un modesto hogar, formado al calor de un ambiente heroico y patriota, como la generalidad de los hogares del pueblo ecuatoriano. Y es el jefe de esa honrada familia un viejo Sargento que en el transcurso de etapas de coraje, ha dado vida a tres soldados valientes como su progenitor y también como él, con un ardiente amor a la Patria. Ese es el viejo artillero Juan de Dios Maruri que en 1910, cuando asimismo el Invasor holló alevosamente nuestro suelo, sentó plaza como voluntario en el Batallón, que al mando del Coronel Nicolás F. López, se organizó en el barrio de La Merced, Batallón que después se llamó Regimiento de Artillería "Calderón". Los combates de Esmeraldas, Huigra, Naranjito, Yaguachi, el del Golfo de Guayaquil y el de los cuatro días en Quito, fueron brillantes ocasiones para que el veterano ejercite su valor rayano en la temeridad. Luis Rafael, Jorge y Augusto ("Hombre sin Ley"), son los que crecieron oyendo las hazañas de su padre y de los de nuestro Ejército. Cuando los muchachos sintieron hervir en sus venas el impulso cívico y notaron fortaleza en sus músculos de adolescentes, pidieron la bendición a su madre y partieron a la frontera Sur con una sonrisa y una canción en sus labios juveniles, y llevando una escarapela del tricolor patrio sobre su corazón. Y así como el Ecuador heredó una historia de heroísmo y de noble altivez que no se humillarán jamás, estos hombres quiteños heredaron el valor y la furia salvaje para defender nuestro territorio.

Pasaron los tiempos y las balas de los invasores volvieron a repercutir solapadamente en suelo ecuatoriano. Y las proezas del "Hombre sin Ley" metieron el terror en los destacamentos peruanos. Un día era el que macheteaba a una avanzada de los "huayruros"; otro día los certeros tiros de su fusil, detenían a todo un pelotón de enemigos, y las más de las veces, arremetía contra los usurpadores a la cabeza de los soldados de su destacamento. Y hubo también un día en que Augusto Maruri, el "Hombre sin Ley" como lo denominaban los peruanos, perdióse en el fragor del combate de Rancho Chico, y las noticias fronterizas le dieron por muerto víctima de su arrojo incontenible.

Los árboles llenaban de sombra la selva. De trecho en trecho y como relámpagos penetraban en la espesura los rayos de sol. El calor era sofocante. Y en la cima de Noblecilla repercutían de vez en cuando los tiros de fusil. Parapetado detrás de un ceibo, un hombre de uniforme kaki, buscaba con empeño el blanco anhelado para disparar. No lejos de allí, cuatro soldados peruanos trataban de cercarle y anularle a tiros. Era el "Hombre sin Ley" que mientras combatía con los hombres de su destacamento y perseguía a los invasores que se habían desparramado en derrota, impensadamente se encontró sólo en el lado contrario.

Ríndete "churrículo" (1), le gritaban los peruanos en tanto le apuntaban con precisión. Ríndete mono infeliz!

Cogerán mi pellejo! les contestó Maruri sosteniendo el cañón de su fusil sobre un tronco. Acérquense si son hombre so m...aríquitas! seguía provocándoles.

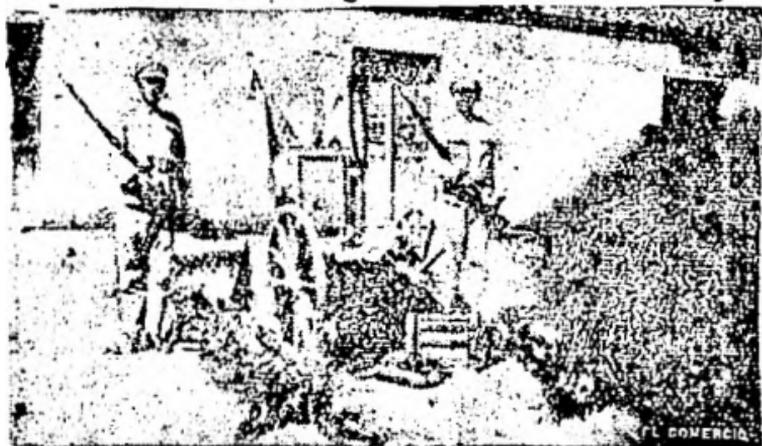
Los "huayruros" disparaban sin regateo y el "Hombre sin Ley" impertérrito aguantaba sin cesar desde su sitio para economizar municiones. De un bejuco corrió velozmente a otro lugar un soldado peruano y una bala que entonces silbó en el espacio, le hizo rodar rápidamente sobre la hojarasca. Hubo instantes de silencio. El soldado ecuatoriano perdió la pista de sus enemigos. Instintivamente se tiró al suelo, al mismo tiempo que inspeccionaba con ojo avizor por todas partes. De repente sonó un disparo detrás suyo, prendiéndose el proyectil cerca del ceibo donde él estaba. Están dándome la vuelta, murmuró dirigiendo el cañón de su fusil para otro lado. Un rato después los tres peruanos asomaron a pocos metros de Maruri, haciéndole una descarga que casi le liqui-

(1) "Churri" es lo mismo que guagua.

dan. Maruri con una mueca de furia contestó el fuego, derribando a otro de los adversarios. Abrló luego el cerrojo de su arma y colocó una nueva alimentadora para continuar disparando; pero por más que la aguja asestaba golpe tras golpe, los tiros no salían. Los cartuchos estaban mojados. En la persecución al enemigo, cruzó el río y el agua había alcanzado la canana. Maldición! re-
-unfuñó el "Hombre sin Ley" echando mano a su machete. Los peruanos se dieron cuenta de esta situación y cogiendo por el calibre sus fusiles, corrieron hacia donde Maruri resueltos a tomar vivo al hombre temido. Es inútil que sigas! le dijeron. Entrégate! Maruri no contestó y sólo se arrastró un paso más por el suelo. Los "huayruros" cayeron en la trampa y creyéndole herido, se avalanzaron sobre él, imaginándose tener ya en sus manos la paga ofrecida por su jefe por el casi prisionero. De pronto saltó como cimbra el ecuatoriano y veloz como un rayo descargó ferozmente su machete. La afilada hoja penetró horriblemente en el cuello de uno de los "gallinas" que cayó inerte, hundíéndose para siempre en los desechos de la montaña. De nuevo Maruri levantó el machete y con un ¡ay! lastimero y profundo terminó la vida el último que le atacaba. Después, todo quedó en silencio como si nada hubiera sucedido. Sólo se oyó un lamento de una "baldívia" (2) que oculta en alguna enramada, había presenciado la titánica lucha, en tanto que en la boca del "Hombre sin Ley" se dibujaba una salvaje sonrisa.

" Bueno, veré dónde estoy, exclamó Maruri, limpiando con unas yerbas la hoja ensangrentada de su machete y guardándola en la vaina de cuero que llevaba en la cintura. Caminó entonces largo rato por la montaña. De momento en momento se paraba aguzando el oído en previsión de una celada. Avanzó hasta una ligera cima, pero no pudo divisar nada a lo lejos. Subióse luego a un elevado guayacán, y pudo percatarse de que estaba tras del destacamento peruano en la Cima de Noblecilla. Maruri se enteró de la peligrosa situación en que se encontraba y optó por continuar oculto por la montaña. Tomó por una pica donde podía apresurarse un poco el paso. La tarde estaba al terminarse, cuando a poca distancia vio un lugar despejado de marañas. Distinguió unos cuantos árboles de naranja, algunas palmas de coco y unos pocos arbustos de papaya. Era algo así como un huerto, en el que se des-

(2) "Baldívia" es un ave de color blanco y negro.



Veteranos de la CALDERON: Izquierda, sargento primero Juan de Dios Maruri, padre del soldado Augusto Maruri, el "hombre sin ley". Derecha, sargento N. Gines. En el centro puede notarse que sobre el cañón descansa la imagen de Santa Bárbara, Patrona del Regimiento "Calderón".

taba una pequeña casa donde había tropa. Maruri retuvo en su mente el plano del terreno, y se tendió sobre las hojas caídas para descansar un poco. Y vino la noche. Maruri sentía cansancio. La sed secaba sus labios. Los zapatos húmedos ajustaban dolorosamente sus pies. Un sudor frío corría por su cuerpo, al que estaba pegado el uniforme. Los zancudos zumbaban a cada instante por sus oídos. Nubes de mosquitos buscaban insistentemente sus manos y su cara para dejar su ponzoña; pero en el espíritu del "Hombre sin Ley" se mantenía firme e inalterable el ánimo de seguir adelante y arrostrar todo peligro. Esperó todavía algunas horas hasta cuando le pareció que había calma en la zona. Después, se levantó agitando sus brazos como para recuperar sus energías y dijo: Sigamos adelante! El fusil le parecía una carga inútil ya por falta de cartuchos, pero no quiso dejarlo en suelo donde estaba el invasor. Lo echó a sus espaldas y cautelosamente avanzó hasta el límite del huerto. Pasó una ligera empalizada. A través de la penumbra distinguió un papayo. Se acercó lentamente y cogiendo sus sabrosos frutos, satisfizo la sed y el hambre que le mortificaban. Luego se tiró al suelo y se arrastró en dirección a la casa.

Le faltaba unos cien pasos para llegar, cuando oyó voces que se acercaban. Maruri se detuvo y escuchó con atención. Cabo Pajares! gritó un hombre. Aquí están! Camine por acá! Son peruanos, susurró el "Hombre sin Ley", y esperó un rato. Sigieron después pasos como de un pelotón, y ruido de fusiles y de bestias que llevaban cajones, y luego dentro de la casa notó que empezaba una jarama. Maruri midió el peligro que merodeaba sobre él; pero reflexionó también que se le presentaba una excelente ocasión para descubrir algo. Continuó arrastrándose vara por vara, hasta situarse a pocos pasos de la casa. Se ocultó entonces lo mejor que pudo y puso oído atento. Nuevamente oyó voces que tomaban la misma dirección. Maruri dejó de respirar, porque pasaron casi pisándole. Ya está aquí la plocha! exclamó un individuo. Que venga! contestaron de adentro. El ecuatoriano se arriesgó algo más y se situó más cerca para escuchar todo detalle. Y qué ordena mi Cabo Pajares? preguntó otro.

Fues que venga el pisco! contestó el aludido seguramente. Pero antes quiero advertirles una cosa.

Ordene mi Cabo, respondieron los demás.

Nosotros, como ustedes saben, somos del destacamento de "Las Palmas", y tal vez, dentro de poco nos toque pelear con los monos. Muy poca gana tengo de hacer zumar el fusil, pero ...

Es verdad mi Cabo; por mí quisiera regresar en seguida, a mi casa, replicó un tercero.

Yo también; que si no fuera porque me pagan bien y nos dan todo, dejo esto y me voy, continuó otra voz.

Buenos muchachos; como les decía, quiera que no vamos a tener que ponernos al frente. Aprovechemos siquiera ahora y que venga la plocha; pero antes que aclare el día, seguiremos con las municiones. Esos de la Guardia Civil son los que tienen la culpa para estas andadas. ¡Pero ...

Muy bien mi Cabo! Que venga la plocha! asintieron los demás.

Luego una voz femenina entró a la casucha. Chao, chao, dijo la mujer.

Ahora, revientate tú saltando! insinuó un peruano.

Y que venga el jugo de la verde cañal continuó otro "guayruro".

Maruri escuchó después el tan, tan, tan de un cajón. Y el baile empezó con tibieza.

Juy! Juy! Juy! coreaban los del jaleo.

Qué linda plocha! dijo uno por allí. Que baile mi Cabo Pajares, continuó. Allá voy muchachos, respondió una voz ronca.

Y mientras esa rara música ponía aliento a los del destacamento peruano y chocaban las copas, los "tutumos" (3) y las botellas, Maruri continuaba escuchando sin perder una palabra. Ni los mosquitos que a cada momento le picaban, ni el zancudo, ni la coral que por allí cerca parecía escurrirse, ni nada le quitaba de su puesto. Imperturbable en su escondite seguía captando hasta el mínimo detalle.

Con tal que no vengan esos Guardias Civiles, nos divertiremos un poco, murmuró alguien.

Pero mira; qué bien se amarra mi Cabo Pajares! Y la piocha! Con esos dengues! Qué bueno, qué bueno! exclamó otro de la pandilla.

El tan, tan, en el cajón continuaba, lo mismo que la expresión predilecta de entusiasmo: Juy, juy, juy!

Mira tú; canta algo para mi Cabo Pajares, insinuó uno.

Aunque no tengo mucha gana de hacerlo, porque estoy pensando en en lo bárbaros que son esos monos desrrabados, pero en fin, allá va:

A la vida de mi vida! (4)

Juy, juy, juy!

Muerta la quisiera ver!

Juy, juy, juy!

Cabo Pajares bonito nombre tienes!

Juy, juy, juy!

Bañarte en oro quisiera!

Juy, juy, juy!

Como tú lo mereces!

Juy, juy, juy!

Y el improvisado poeta exhalaba como quejidos sus estrofas, prolongándose la jarana unas horas más. Un gollo de por allí cerca anunció que era la madrugada. Maruri entonces retrocedió pulgada por pulgada; cogió las naranjas y papayas que pudo y se escurrió a la montaña. Hasta que vino el día, y trepándose a un árbol el "Hombre sin Ley" pudo observar que desde la casita donde pasaron la noche los soldados peruanos, salía una recua de mulas

(3) "Tutumo" es lo mismo que pilche.

(4) Estas estrofas son auténticas de un soldado peruano, que efectivamente las dedicó al Cabo Pajares de su destacamento.



Soldados del Destacamento de Carcabón: Manuel H. Ramos, Víctor León, Humberto Figueroa, sargento Carlos A. Mera, Carlos Cevallos, Miguel A. Cruz, Abel Vargas, Luis A. Proña, José López Ortiz, Mesías Álvarez, Gustavo Garzón, Rodrigo Poveda, José Montedoca y Carlos Reasco.

cargadas de municiones dirigiéndose al parecer a Zarumilla. Maruri se orientó un poco y apuró unas cuantas naranjas. Es preciso que avance para avisarles, dijo. Y observando a cada momento, continuó su camino rompiendo con su machete unas veces los tupidos bejucos, y otras, guiándose por las picas abiertas por los montuvios del lado enemigo. Los zapatos rotos, el calor fuerte, los troncos, los espinos de las ramas y tantos obstáculos que encontraban a su paso, le causaba cansancio y dolor; pero nada detenía su marcha y su decisión de llegar a su destacamento. Caminó durante largas horas, y ya cuando la tarde estaba al terminarse, notó que el monte era ralo y que la vegetación así como la topografía del terreno cambiaban. Llegó a un punto desde donde se divisaba largos trechos descubiertos. Nuevamente hizo su atalaya un guayacán, y a lo lejos vio que por una carretera iban hacia Huaquillas numerosas tropas y mulas llevando artillería pesada. Más allá distinguió una población. Ya estoy, murmuró el Hombre sin Ley, limpiándose el copioso y mugriento sudor. Esa es Zarumilla, y esta es la carretera panamericana, y una sonrisa de satisfacción enseñó los dientes del joven soldado. Esperó la noche y cuando parecía que había alguna seguridad para proseguir, salió del escondite y paso a paso y con la mirada lista a percibir cualquier peligro, avanzó con cautela por una vía paralela a la carretera. La noche protegía su ruta. Las horas de expectativa pasaban lentamente. Encontró unas palmeras de coco y a poca distancia las luces de bengala que por intervalos se elevaban en el espacio, le hicieron notar que estaba a pocos metros del destacamento peruano frente a Huaquillas. Maruri sintió entonces que le latía el corazón de contento. Tenía el uniforme raído y hecho pedazos; su cuerpo lastimado por la lucha con las marañas; casi descalzo y experimentaba una sofocación debilitante; pero en ese momento nada de esto sintió y rápidamente tomó otra dirección más segura y conocida por él. Por aquí deben estar los centinelas de estos m... aríquitas, murmuró entre dientes. Y arañándose sobre el suelo como culebra continuó midiendo todos sus movimientos. Su mirada escudriñadora le hizo ver que estaba a pocos pasos de la garita del invasor. Pensó entonces en un acto temerario y peligroso. Aquí me la pagan estos hijos de p... aría, susurró con rabia. Se escurrió un trecho más y escuchó: Cabo Guerrero, tiene usted una cerilla?

Las que gustes, respondió el otro.

Oye la que cantan los monos? preguntó el primero.

Claro que sí, respondió el clase. Francamente que esos can-

tan bonito, continuó.

Desde "churris" mi Cabo, explicó el de las cerillas.

En cambio, lo que hacen con la boca lo borran con el machete. Te digo que a mí me hace poca gracia cuando pienso que me obligan a pelear con esos rabones, siguió en tono de desobligo el Cabo.

Pero mi Cabo, ya vienen bastantes refuerzos y luego los jefecitos japoneses! continuó el otro.

Sí, es verdad que vienen cuatro mil seiscientos hombres con artillería pesada para atacar Huaquillas; pero con todo eso, en la primera que pueda, te digo que yo doy media vuelta.

Bueno, oigamos lo que cantan los "churris", repitió el clase.

Los centinelas quedaron en silencio y Maruri escuchó que efectivamente en su Campamento cantaban un bello pasillo. Sintió entonces que se le hinchaban las venas y maquinalmente sus puños apretaron el machete. Son nada más que dos, reflexionó. Me los tiro como papayas, exclamó ya sin recelo. Sacó de la vaina el machete y continuó arrastrándose hacia la garita. Faltaban para llegar ya veinte pasos, y luego diez y cinco. Los peruanos ponían atención a la música de los ecuatorianos, y nada sospechaban que habla a su retaguardia. De pronto del "Hombre sin Ley" se levantó y de un salto cayó sobre un "guayruro" partiéndole la cabeza de un machetazo. Era el Cabo Guerrero que se dobló muerto. Sin perder un instante Maruri cogió por el cuello al otro peruano y apretando sus manos como tenaza, le impuso:

No chistes nada porque te mató!

El peruano amedrentado, no dejó escapar una sílaba.

Sácate la canana, le ordenó.

El "guayruro" se sacó.

A ver el fusil, continuó el ecuatoriano.

También lo entregó.

Y cuidadito con gritar! le advirtió de nuevo Maruri, cargando el fusil del muerto y del vivo, juntamente con las cananas.

Ahora para que no des la alarma, vamos déjame en la orilla indicó el "Hombre sin Ley", haciendo adelantar al peruano, y dirigiéndose al río.

El agua brillaba apenas y no tenía mucha profundidad. Maruri entonces se dispuso a pasar al otro lado, y tendiendo la mano al "gallina" le dijo: Ahora sí adiós m...arquita. Te dejo con vida para que cuentes y porque los ecuatorianos no matamos a desarmados ni a cristuras como vos! Y haciendo un supremo esfuerzo cruzó el río apresuradamente. Un instante después se oyeron gri-

tos en el campamento peruano y un tiro y otro y otros sonaron por donde el ecuatoriano desapareció.

Los centinelas ecuatorianos pusieron alerta con los disparos. El Sargento "Pichingo", el "mono" Armijos y el "patojo" Ruiz que estaban vigilando cerca del río, tendieron sus fusiles listos a apatellar cualquier avance. A poco divisaron un bulto que subía con dificultad y que respiraba como un galgo cansado.

¿Quién vive? preguntó el "mono" Armijos echándose la culata a la cara.

Mi Patria el Ecuador! respondió una voz jadeante. Soy de los mismos no disparen, ni prendan linterna

Un momento después, el "Hombre sin Ley", caía en los brazos del Sargento "Pichingo" que le ajustaba con fraternal cariño.

Si ya te dábamos por muerto, le explicó el "patojo".

Aún no; pero casito que sí, respondió Maruri.

Y todavía te traes tres fusiles? Ja, ja, ja! replicó el "mono".

Allá al frente vengo quitándoles a los "guayruros", porque después de poco les daremos con lo mismo, indicó Maruri.

Hay algo? preguntó el Sargento.

Sí. Este momento deben estar repartiéndose cuatro mil seiscientos hombres mezclados con japoneses y acompañame en seguida donde mi Comandante para avisarle.

Días después, los peruanos haciendo alarde de todas sus armas atacaron Huaquillas, y el "Hombre sin Ley" estaba con los suyos repeliendo heroicamente al agresor. La prueba les pareció fácil, pero solamente los camiones cargados de cadáveres y tapados con hojas y racimos de plátano, que continuamente van por la carretera panamericana con dirección a Tumbes, pueden explicar el resultado que tuvo el eterno usurpador. Y es que en cada ecuatoriano hay un héroe que tiene metido el valor hasta la médula, y en cuyas venas bulle con calor tropical, la sangre que animó el espíritu guerrero de nuestros abuelos en el TARQUI.

NOTA: — Los relatos que publicamos en esta sección, están basados en hechos sucedidos en nuestra frontera Sur y los nombres y apodos pertenecen a soldados o personas tanto del lado ecuatoriano como del peruano que están en los lugares citados, o en otros donde les han designado los respectivos comandos militares. Con la cooperación entusiasta de nuestro compañero de labores, señor Alfonso Vela Dorques, obtuvimos los datos correspondientes de soldados de nuestro Ejército que han estado en servicio en la frontera indicada.

Soldados del Barrio Quiteño en la Frontera Sur

Era el mes de julio de 1941. Por las calles de Quito, continuamente desfilaban miles de ciudadanos portando el tricolor ecuatoriano; miles de hombres que al son del himno patrio pedían armas para defender su territorio hollado cínicamente por el invasor peruano. Miles de obreros, de estudiantes, de oficinistas y de todos los que sentían latir en su corazón, la indignación profunda por un avance imperialista hábilmente preparado. Por todas partes resonaban gritos patrióticos que delataban el ferviente anhelo de armarse y partir a la frontera sur. Sólo queremos armas! Que se nos arme! clamaban jóvenes que airados cerraban los puños y gritaban con toda la fuerza de sus pulmones: Viva el Ecuador!

En las puertas de los cuarteles se agolpaban los voluntarios pidiendo que como un premio a su sentimiento cívico, se les viera con el uniforme kaki del soldado ecuatoriano. Los sargentos y veteranos, pugnaban por detener esta avalancha de servidores de la Patria, dando entrada sólo a unos pocos. En las calles, en los salones, en las plazas y talleres y en todos los barrios de la ciudad, nadie omitía un "vamos a la frontera". En una esquina del cuartel de la calle Montúfar, un grupo de deportistas de los clubs barriales, escuchaban emocionados estas voces patrióticas. Acababan de regresar de su entrenamiento diario, y aún tenían empolvados los zapatos de fútbol y mojadadas de sudor las camisetas de uniforme. Uno de ellos que llevaba un balón, seguía con más interés ese afán de los hombres por encauartelarse, y al fin rompió el silencio.



Rafael Arcos, Augusto Maruri y el "trompudo" Vargas y otro soldado del Batallón "Cayambe" en Puerto Huaitaco. Nota la lancha "Machala".

Bueno nosotros también somos ecuatorianos, dijo a los demás como queriendo manifestar una idea.

Eso ya lo sabemos, contestó otro del grupo.

Es que tenemos que alistarnos; no vis como todos piden que se les encuartele, y nosotros todavía aquí parados? repuso el primero.

Soy de tu parecer, replicó un tercero.

Bueno, y por qué no nos presentamos? añadió el del balón.

Ya está, cholito! Ya está! contestaron los demás uno a uno.

Este rato? preguntó nuevamente el primero.

Pero dejá que siquiera nos despedámos de nuestras mamás, insinuó otro muchacho.

Entonces regresamos? continuó el más interesado.

Sí, asintieron los del grupo.

A qué hora?

Ve, fijáte cholito. A las tres de la mañana sale este contingente.

Regresemos ahora a las siete de la noche. Te parece? insinuó un cuarto muchacho.

Bueno, y la pelota a quien encargo, porque yo no quiero avisar en mi casa, indicó el primero.

Encargarasle al maestro Guerrero de la zapatería del barrio, respondió uno de ellos.

Ahí Bueno. Verán que a las siete nos encontramos!

Ya está. Ya está! A las siete!, contestaron los demás.

Y a la madrugada del otro día, José Guano, Hernán Rodríguez, Oscar Larenas, José Antonio Jaramillo, José Villafuerte del Deportivo del barrio de La Alameda y Alejandro Tapia y José María Valencia de La Merced, muchachos que apenas tenían veinte años de edad partían con los demás soldados rumbo a la frontera sur, contento los recuerdos de su barrio, mientras traqueteaba la locomotora pujante que corría sobre las paralelas de hierro.

L A P A R T I D A

Los escasos refuerzos de tropa, en viaje directo llegaron a Guayaquil. De allí se embarcaron hasta Puerto Bolívar, donde les cogió la mañana. Después las jornadas se hicieron más penosas. Las lluvias habían dejado fangosos los caminos, y la premura del objetivo exigía que la marcha se haga forzada. Unas veces sobre vagones incómodos y otras con el lodo hasta las rodillas, los soldados viajaban imperturbables y ansiosos de llegar al frente. Apenas paraban para tomar un ligero descanso o para poner alguna cosa en sus hambrientos estómagos. De Puerto Bolívar siguieron a Machala, y allí los voluntarios se dividieron para diferentes lugares. Entre los que partieron a la frontera de Loja estaban José Guano, Hernán Rodríguez, Oscar Larrea y Jorge Villafuerte, y José María Valencia y Alejandro Tapia se incluyeron con los que fueron a los destacamentos de Huaquillas, Chacras, y los demás de la Provincia de El Oro. Estos muchachos quiteños que habían compartido de las emociones de las canchas, entre los gritos entusiastas de sus hinchas y los aplausos de la barriada, allá en tierras orenses, entre el constante troteo del invasor y la metralla de los aviones enemigos que como aves de rapiña merodeaban en el espacio, se abrazaron con raro cariño despidiéndose con palabras de esperanza, y talvez con el último "quizás nos volveremos a ver".

Bueno adios Guano, murmuró José Valencia algo conmovido.

Adios José. No te olvides que si morimos, debemos morir como valientes, como ecuatorianos.

Eso es nuestra obligación. ESCRIBIRÁS al Regimiento Sucre, encargó Valencia.

Lo mismo que a nosotros, al Batallón Tulcán, respondió Guano. Y no te olvides lo que te encargué para mi mamacita.

Qué era?

Que le digas que hasta el último momento le pensé y que le quiero con todo mi cariño.

Lo mismo te digo yo; no vis que no sabemos si regresaremos o no?

Por eso, cualquiera de nosotros que regrese, ya sabe lo que tiene que decir a nuestras mamacitas.

Bueno adios parseros!

Adios hermanos!

Y unas pocas pero gruesas lágrimas, rodaron por las mejillas pálidas de esos muchachos que estaban recibiendo el bautismo de fuego. No eran sin embargo lágrimas de cobardía, sino de ese sentimiento de sinceridad y de generoso aprecio en la gente de nuestro pueblo, sentimiento del que hasta nuestros mismos enemigos se han valido en su labor de espionaje y para escudriñar la fe inquebrantable que el Ecuador siempre ha tenido en el triunfo del Derecho y la Justicia, mientras ellos hacían figa de este ideal del Continente Americano y se armaban con las más mortíferas armas.

Los aviones peruanos volaban sin cesar sobre los destacamentos de Machala, arrojando continuamente sus cargas de bombas. Ventajosamente los aviadores demostraban nerviosidad y mala puntería, y no fue un obstáculo serio para que llegada la noche, los voluntarios avanzaran hasta Santa Rosa. Y antes de aclarar el día siguiente, enfilaban en la plaza principal frente a una casa, recibiendo su jarro de agua de panela y su ración de galletas para continuar la marcha. La falta de sueño, el camino lodoso y otras tantas molestias en el trayecto, no habían alterado el rostro contento de los voluntarios, y su voluntad firme de combatir hasta el último instante. Muchos pobladores curiosos rodearon a la tropa; algunas buenas mujeres les obsequiaban paquetes de comestibles o cualquiera cosa significativa de su simpatía. Varios chinos que durante largos años habían residido en esa ciudad, no reparaban en gastos para distribuir a los soldados cigarrillos y fósforos. Tomen compallitos, tomen. Nosotros quelemos mucho a ustedes, repeticion esas buenos gentes, quizás previendo que era necesario una defensa fuerte contra el enemigo nipón que se hallaba entre el ejército del lado contrario. Derrepente se oyeron ruidos de motores. Aviones! gritó un soldado. Por encima de la ciudad de Santa Rosa, cuatro aviones de bombardeo y cuatro de caza volaron a cierta altura. En las alas enseñaban el tricolor ecuatoriano y al parecer sus movimientos eran de observación. Son ecuatorianos! exclamaron los soldados. Algunos oficiales sin embargo dudaron de la nacionalidad de los aviones. Pero nosotros no tenemos estos aviones, dijeron sorprendidos.



Los soldados del heroico Batallón "Cayambe" de vuelta de la frontera sur, alternando con una tonada con guitarra, cuentan a los muchachitos de su barrio de La Alameda las emocionantes aventuras que han pasado. Izquierda a derecha: Miguel Justicia, el "mono" Arces, Napoleón Vargas y Augusto Maruri (El Hombre sin Ley).

Quizás hayan adquirido últimamente; no ven la insignia nuestra? Insinuó un curioso.

Pero al cabo de un momento, los aviadores asegurándose que su engaño había surtido efecto, arrojaron bombas y metralla salvajemente. Los soldados entonces, dispararon sus fusiles en cargas cerradas. Un avión vaciló en su vuelo y parecía que había recibido algún impacto. Con todo fugó con los demás, después de haber arrojado su carga destructora. Cobardes! exclamó un oficial. No tienen siquiera el valor de presentarse con su propia bandera!

Unos edificios resultaron destruidos. Una camioneta estacionada cerca del cuartel, quedó volcada en peduzos y Alfonso Valarezo, también quiteño, del barrio de la Avenida 24 de Mayo, que

había estado limpiando el motor, salió debajo de un montón de palos rotos, con la cara y el cuerpo enterrados, pero con todos los huesos flecos. Los únicos que terminaron definitivamente, fueron un puerco de buena ceba y un borrico que pertenecían a un vecino de la ciudad.

EN HUAQUILLAS

Caminando constantemente por la noche, burlando a los aviones "huayruros" que a cada momento ostigaban a las tropas de refuerzo, los voluntarios llegaron a la línea de combate. Valencia, Tapia y Jaramillo fueron distribuidos en el sector de Huaquillas. El Sargento Dávila comandaba el pelotón. Cuidado guambritos con tener miedo! les ordenó. Hagan lo que les digo, y apunten bien antes de disparar! Nadie se levanta hasta que yo les ordene y ojo al frente!

Las balas de los peruanos caían como lluvia, su artillería no descansaba un momento y los aviones bombardeaban las líneas ecuatorianas a cada instante. Las granadas y las bombas explotaban levantando huracanes de tierra, pero los soldados ecuatorianos seguían firmes en sus posiciones, Valencia, Tapia, Jaramillo y los demás voluntarios combatían algo nerviosos y los primeros disparos los hacían cerrando los ojos. El Sargento Dávila que estaba junto a ellos lo notó y les infundió coraje.

Asimismo es al principio! les dijo; pero a los valientes respeta la bala! De cada cartucho tienen que tumbar uno de esos! Y apunten abriendo bien los ojos! Así como yo! continuó el Sargento, disparando su fusil con asombrosa sangre fría.

Los muchachos pusieron en seguida en práctica los consejos del Sargento, manejando las armas con más seguridad.

Esto sí que no lo oí, murmuró Tapia.

Yo sí, replicó Valencia. Y si no matamos prolijamente a los del otro lado, ellos nos matarán a nosotros, indicó Valencia en tanto cargaba una alimentadora y miraba fijamente las líneas enemigas.

Y de verdad! Qué brutos que somos! contestó Jaramillo. Después de todo, hemos de morir en donde quiera! Qué ca...rambas. Echémosle el resto!

Ya está! Qué ca...rambas! contestaron los demás apretando los fusiles.

Las fuerzas peruanas se multiplicaban a cada instante, pese a las numerosas bajas que sufrían. Una hora llevaban de combatir y ninguno de los dos bandos cedía sus posiciones. El tiroteo de artillería se hacía más intenso, los cañones enemigos retumbaban con más constancia y sus aviones no daban tregua bombardeando la retaguar-

dia ecuatoriana. De pronto, de las trincheras peruanas empezaron a saltar las alambradas, incitados por oficiales extraños que a cada rato recorrían las líneas. No había duda que se lanzaban al ataque. El choque cuerpo a cuerpo se acercaba. La lucha era visiblemente desigual. Mientras los ecuatorianos contestaban los fuegos sólo con fusiles y paraban el golpe en la proporción de uno a veinte, los peruanos aumentaban sus cañones de todo tipo, redoblaban sus tropas, apoyaban sus ataques con aviones y derrochaban ostensiblemente las municiones. Pero nada de eso perturbaba la serenidad del soldado ecuatoriano; su puntería no fallaba e iba sembrando de cadáveres las líneas enemigas. Muchos quedaban enredados en las alambradas, otros avanzaban pocos pasos para caer de narices besando el suelo ecuatoriano

que trataban de usurpar y hasta se notó que varios se escurrían por los chaparrales eludiendo el combate. Jaramillo, Valencia, Tania y los otros enrolados, peleaban ya como veteranos. Sus caras empolvadas en mezcla con el sudor sucio, no denotaban cansancio, menos miedo. Al contrario, apretaban los dientes con ansias de empujar al invasor. Serenamente disparaban de tiro en tiro procurando siempre hacer blanco. El Sargento Dávila, con el semblante endemoniado y negra la cara por los fogonazos de los disparos, seguía dándoles valor y arrojo. Cuidado con retroceder guambritos! les decía. Preparen las bayonetas, y si nos toca el turno de morir, primero hay que matar lo que se pueda de esos bichos! continuaba enseñando a los invasores.

En asombroso que un puñado de ecuatorianos mal armados, sostenían por más de dos horas a un enemigo inmensamente superior y con todas las armas. Pero las bajas empezaron también en el campo del Ecuador. Un pequeño sector de sus escasas tropas principió a re-



El soldado Gerardo Carrlón L., que se encontraba prisionero y herido en Talara, y a quien se le amputó el brazo derecho:

troceder, y los usurpadores se apresuraron a meterse como cuñas por ese lado. El momento era decisivo. Dependía sólo de un movimiento para que los invasores arremetan desequilibrando la defensa ecuatoriana. Y en ese instante de inminente peligro, el Subteniente Vaca se paró frente a su reducido destacamento. Despojóse con rapidez de su guerrera arrojándola lejos, y haciendo sus manos como garras rompió con furia su camisa, enseñando al enemigo su pecho desnudo. Peguen aquí mi...serables! gritó dirigiéndose a los peruanos. Disparen como les de la gana, que aquí estamos los ecuatorianos! y dando un violento giro llamó a su lado a sus soldados que ya retrocedían. Adelante muchachos! les dijo con energía. Mostremos lo que somos los ecuatorianos! Fue suficiente esta voz para que los soldados cogidos por desigualdad pundonor y amor a la Patria, volvieron sobre sus pasos y se batieron como fieras. Los peruanos caían "como tierra" (1) y los que quedaban regresaban con premura a sus trincheras. Las bayonetas estaban tintas de sangre y los ecuatorianos tenían que avanzar sobre un campo de restos humanos y heridos que daban quejidos de dolor. Adelante muchachos! gritaba a cada momento el Subteniente Vaca. Carguen duro guambras! apoyaba el Sgto. Dávila. De frente guambras! Y proseguía; y ya estaban sobre las trincheras enemigas; ya estaban cerca de una pieza de artillería que los peruanos habían abandonado; ya trataban de cantar el himno patrio ante el usurpador vencido; pero en ese instante, un toque de corneta les ordenó regresar a sus primitivas posiciones. Que había pasado? Quién era el que disponía que no culmine con el triunfo? Era la voz del respeto a los tratados acordados entre los Gobiernos; era el respeto a las leyes internacionales; era el Quijote que aún vive en este Ecuador tan noble! El Subteniente Vaca recibió un mandato superior para que vuelva a su puesto, porque había pasado con sus tropas la línea del Statu Quo...!

EL HEROISMO ECUATORIANO Y LA BARBARIE PERUANA

Una ligera calma había en el frente. De vez en cuando sonaban disparos aislados. El combate de la víspera había dejado dolorosas huellas. Cadáveres abandonados todavía aquí y allá entre los matorrales. Pedazos de uniforme desparramados por todas partes; fusiles rotos clavados en el suelo, jarros aplastados, zapatos inservibles y aún restos humanos que horrorizaban, eran los despojos palpitantes

(1) Palabras de los soldados que combatieron.

de unas horas de fratricida lucha provocada por el invasor. Hasta los ceibos, los algarrobos y otros árboles que antes se erguían con todas sus hojas, tenían las ramas desgajadas, los troncos hundidos en astillas por las granadas de la artillería enemiga, y de trecho en trecho se veían huecos como bocas de volcanes dejados por las bombas invasoras. Y hasta la naturaleza parecía que repudiaba este espectáculo de desolación, porque en el cielo sólo habían nubes negras de tempestad, y el sol permanecía oculto esquivando poner de relieve tanta miseria y tanto dolor traídos por la ambición imperialista de un país que aún proclama la democracia en la América. Pero echemos una mirada a nuestro frente. Los soldados estaban otra vez en sus puestos con el ojo avizor y con el fusil listo. De mano en mano se pasaban un poco de pan duro, unas rebanadas de queso guardado y pedazos de raspadura. Era poco el alimento para veinticuatro horas de constante atención guerrera, más esto no desalentaba en nada su moral. Luego vendría el relevo, y en la retaguardia había comida caliente y confortadora. .

No ha caído ninguno de ustedes? dijo paternalmente el Sargento Dávila dirigiéndose a los voluntarios.

Todos estamos completos mi Sargento, contestó Tapia saboreando un pedazo de pan.

Y no se asustaron de la chamusca?

Al principio un poco, contestó Valencia.

Asimismo se empieza, repuso el Sargento con una calma admirable. Después verán que eso de dar bala o que le den no es nada. Lástima que siempre tenemos que pelear por lo menos uno contra diez, porque esos "huayuros" no son capaces de enfrentarse de hombre a hombre y con armas iguales. Tienen miedo guambritos! Tienen miedo! añadió el veterano haciendo una mueca de desprecio.

Y vió mi Sargento los que se arrojaron adelante?

Ahí Sí. Son los japoneses. Esos están desde que les empujamos en las primeras chamuscas; pero ni a ellos les tememos de hombre a hombre. Por qué razón? Lo que hay es las armas que tienen, y de resto? Psh! Bueno guambras. Ahora hay que estar alerta, porque veo que están preparándose para volver al ataque. Portarânse bien, para cuando vuelvan digan a sus familias: Así combatimos!

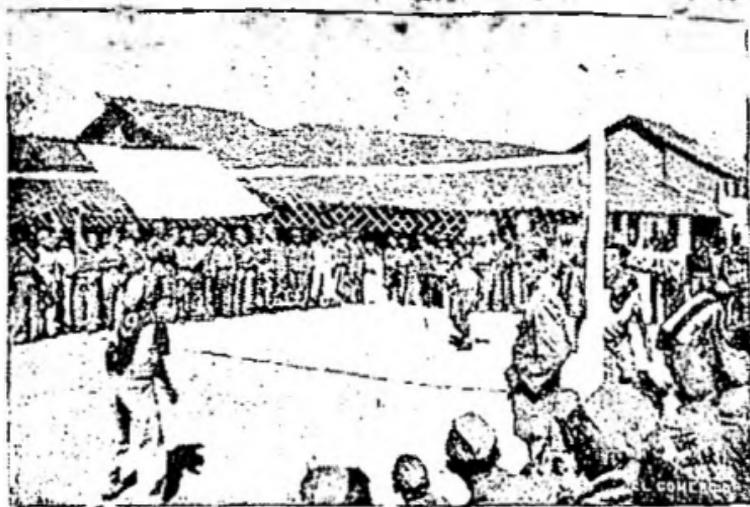
Pero volveremos mi Sargento? preguntaron los muchachos.

Pero claro! Ya verán! respondió el veterano.

Todo ese día no hubo ningún cambio en las líneas de los combatientes pero en el campo peruano, se divisaba que los refuerzos llegaban continuamente. Sus trincheras estaban tupidas de gente. Te-

llan incesantemente alambres de púa, situaban morteros por todas partes, y aún en algunos puestos se veía claramente que colocaban cañones pesados. Sus preparativos bélicos eran como para atacar a un enemigo diez veces superior. No así en el frente ecuatoriano. Sus soldados destacados allí únicamente como una muestra de soberanía, apenas contaban con fusiles y unos pocos tiros por cada hombre. Nunca creyeron que tan cobardemente fuesen atacados, y sólo se mantenían firmes en sus posiciones por ese valor inagotable del ecuatoriano y por su acendrado amor a la Patria.

La tarde parecía más larga, pero pasó sin novedad aparentemente. Al entrar la noche se oyó un cañonazo; después algunos disparos de fusil y nada más; pero cuando el nuevo día empezaba, las dos de la mañana más o menos, los reflectores peruanos enfocaron la línea del pequeño destacamento ecuatoriano. Luego, como a una señal convenida, sonaron intermitentes ráfagas de metralla y fusilería, tronaron los cañones y un infierno bélico se destapó en el lado enemigo. Los ecuatorianos contestaron los fuegos lentamente y cuando tenían seguridad de hacer blanco. La lucha siguió recia y sin descanso hasta cuando clareó el día. Los aviones invasores entonces aparecieron velozmente y se situaron en posición de arrojar su carga mortífera. Era un combate de una desigualdad absoluta. Miles de peruanos llenaban inmediatamente las bajas que sufrían, en tanto la escasa compañía de ecuatorianos que no llegaba ni a trescientos, no cedía un paso; pero qué podía hacer a la larga ante fuerzas tan inmensamente superiores? Con todo, nadie protestaba. Cada soldado ecuatoriano era un león, un héroe resuelto a dejar su cadáver en su querida frontera. Tropas formadas por hombres de rostro amarillo y con los ojos rasgados, fueron las primeras en saltar de las trincheras peruanas, para avanzar en masa. El fuego ecuatoriano les infligía numerosas bajas, pero no conseguía detenerles. Seguían siempre avanzando. El Subteniente Vaca tomó entonces una resolución suicida, pero demostrativa de un valor incomparable. Salió de su sitio con un puñado de hombres y se enfrentó furiosamente con los usurpadores. Lucharon con sin igual denuedo con bayonetas y machetes. Mataron infinidad de invasores, y al fin, uno a uno fueron cayendo, y hasta él mismo desapareció entre un grupo de "huayruros" que lo arrebataron a sus líneas a culata limpia. De ese puñado de héroes ecuatorianos quedaban sólo unos pocos heridos, que fueron rematados cobardemente, villanamente punzándoles las bayonetas en los ojos, o ensartando en sus armas los intestinos después de abrirles el vientre. Esta era la más salvaje muestra de su ilimitada cobardía; era la más patética prue-



Soldados del "Cayambe" y "Montecristi" en un partido de boleyball en Cuenca, después de los combates en la frontera del sur.

ba de que no eran soldados de verdad, sino hordas de bandidos que jamás se hubieran atrevido a atacar a un contendor igual.

Mientras tanto en su flanco, el Sargento Dávila con los suyos disparaba sin tregua. El enemigo se venía encima como una avalancha incontenible. Los aviones seguían bombardeando a los últimos ecuatorianos. Jaramillo, Valencia, Topia y otros se encontraban entre éstos, sin moverse de sus puestos.

Pero derrepente, dejaron de disparar.

Que pasó muchachos? preguntóles el Sargento enérgico.

Se acabaron los cartuchos mi Sargento! contestó algo apenado Valencia.

Se acabaron? Maldición! refunfuó el veterano. Entonces, rápido guambra! Agáchense y corran al monte! Es inútil que mueran aquí! Corran ya ca...maradas! continuó sin dejar de disparar.

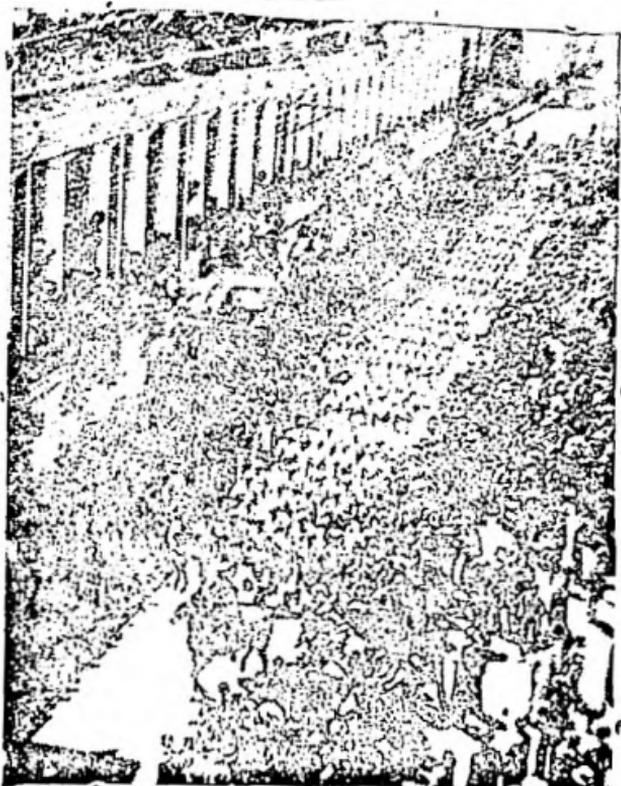
Pero Ud. mi Sargento? dijo uno de ellos en tono persuasivo.

Maldita sea! Váyanse les digo! ordenó el Sargento casi irritado. Ya es inútil! Yo me quedo aquí porque así debo terminar! Todavía tengo algunos cartuchos y lárguense o les mato yo mismo!

Los muchachos y algunos voluntarios que sobraban, comprendie-

ron el corazón noble del veterano. Agarraron duro sus fusiles, y casi arrastrándose corrieron al monte cercano. Alcanzaron los primeros árboles, y escondiéndose entre los troncos, regresaron por un instante sus miradas hacia el Sargento. Y vieron cómo ese león ecuatoriano, se batía por unos minutos, dando bayonetazos con ferocidad y matando hasta caer cernido a tiros por los salteadores peruanos. Prefirió dejar su cadáver en la frontera, antes que yer el suelo de su Patria hollado por las botas del totalitario americano.

Pero sigamos la ruta con los voluntarios. Cumplido su deber después de haber quemado el último cartucho, estos muchachos tomaron diferentes direcciones ocultándose por los árboles y por los chaparrales de la montaña. Jaramillo y otro compañero guiados por un bondadoso montuvío, caminaron por una trocha durante toda una tarde y la noche siguiente, cruzando pantanos y lugares infectados por mosquitos, zancudos y hormigas y sinnúmero de bichos dañinos. La mañana les cogió en las cercanías de Puerto Bolívar, donde notaron que tres aviones les perseguían tratando de impedir su retirada. Jaramillo y sus compañeros entonces se metieron rápidamente en un charco y se hundieron hasta quedar afuera solo la cabeza, ocultándola con ramas para evitar ser divisados por los aviones. Pasado el peligro continuaron su camino. Encontraron una casa de un labriego donde les dieron aibergue para secar sus ropas y comer cualquiera cosa. Descansaron hasta el medio día, dirigiéndose después a Puerto Bolívar. La población estaba abandonada. Las puertas de las casas cerradas. No había un habitante ni la menor señal de vida. No se notaba más que un ambiente de tragedia y de soledad, como si todos los pobladores hubieran dejado de existir. Jaramillo y su compañero se sentaron sobre un tronco dejado en una calle. Con las manos sosteniendo las mejillas, contemplaron con tristeza todo ese cuadro desolado y hasta lúgubre, y quedaron como aletargados por un sentimiento insatisfecho de venganza. De repente el ruido de motores anunció que otra vez estaban sobre sus cabezas los aviones peruanos. Inmediatamente se ocultaron en unos bejucales y se pusieron a observar lo que sucedía. Los aviones dieron repetidas vueltas sobre Puerto Bolívar y descendieron ametrallando las casas desiertas o talvez a un supuesto enemigo. Seguros entonces de que no había nadie, de un trimotor saltaron tres paracaidistas. Los dos cayeron lejos y el tercero en la plaza. Claramente se le vió cómo descendió cariasustado y cargado una ametralladora. Se deshizo de las cuerdas del paracaídas, se paró con presteza y



Por las calles de Quito, continuamente desfilaban miles de ciudadanos llevando en sus pechos latente el fervor cívico y patriótico.

miró por todas partes. Sorpresivamente oyó un ruido en alguna de las casas. Luego algo como un grito guerrero y no se aguantó más. Corrió desesperado, por una calle, hacia el mar, hasta perderse de vista. En tanto un perrito olvidado por su amo, raspaba insistentemente la puerta de su casa tratando de abrirla, y lanzaba de vez en cuando lastimeros aullidos. Era el único enemigo que ocasionó el susto del famoso paracaidista usurpador.

Jaramillo y su compañero, cuidadosamente siguieron hasta la Costa, venciendo no pocas dificultades. Escondiéndose a cada

momento, escudriñaron los alrededores, hasta que vieron un bote a motor que estaba amarrado allí cerca. Observaron unos minutos y cuando iban a embarcarse para huir, un hombre de aspecto nada vulgar les sorprendió.

Son soldados ecuatorianos? les preguntó con seriedad.

Sí señor; venimos desde Huaquillas, contestó Jaramillo.

Ahí Bueno, contestó el hombre cambiando su acritud por un tono afable.

Si podria llevarnos señor? insinuó tímidamente el otro.

Ya lo creo; pero rápido muchachos, porque las tropas peruanas están ya cerca, continuó el señor.

Jaramillo y su compañero no se hicieron repetir la insinuación y se embarcaron en seguida. El señor prendió el motor y el bote enrumbó al norte.

Entraron a Puerto Bolívar? preguntó el señor cuando estuvieron lejos.

Sí señor, contestó Jaramillo.

Había gente allí? replicó el caballero.

Ni una alma.

Ni tampoco de los peruanos?

Ni de ellos; pero vimos cómo saltaba un paracaidista, continuó Jaramillo. Y ambos muchachos relataron la manera cómica cómo el paracaidista peruano huyó con el ruido que metió el perrito que habla quedado encerrado en la casa de su amo. El señor rió a toda mandíbula, y añadió: Sí así son éstos. Ahí Qué hubiera estado armada nuestra gente.

Y así entre palabra y palabra, navegaron por varias horas, hasta que llegaron a Guayaquil. El señor les obsequió entonces algunos billetes y abrazándoles cariñosamente, despidió a los muchachos, que luego de entregar en el cuartel sus fusiles y de conseguir pasaportes militares se dirigieron a Quito.

DESDE PASAJE

Mientras tanto Valencia, Tapia y una docena de voluntarios, caminando unas veces por las trochas del monte y otras por senderos peligrosos, se habían unido a los evacuados de Machala y Santa Rosa, llegando a Pasaje después de sufrir incontables penalidades. En esa población estaban reunidos como quinientos evacuados, formando una masa humana abigarrada. Había mujeres con el semblante demacrado y con los ojos lánguidos; unas

con los pies descalzos, otros con los zapatos rotos y cubiertos de barro. algunas llevaban en sus brazos niños que aún lactaban y que desgarraban el corazón con sus lamentos de hombre. Hombres de todas las condiciones sociales con pequeñas maletas echadas sobre sus hombros conteniendo lo que apenas habían podido sacar de sus hogares. Niños que lloriqueaban sacudiendo la mano de sus padres, pidiéndoles alguna cosa que comer. Ancianos achacosos cansados ya por las fatigas de un viaje apresurado. Enfermos que lanzaban a cada momento quejidos de dolor. Jóvenes con el vestido raído, pálidos de coraje que ayudaban a los más débiles a soportar la desgracia. Era un enjambre de gentes con caras angustiosas que padecían incomparable sufrimiento. Los "huayruros" les habían despojado de sus casas, de sus animales, de sus cosechas, de sus ahorros y hasta de un vestido para mudarse.

Engañada el hambre con algún bocado y un poco de agua, los evacuados tomaron un angosto camino abierto en la montaña para salir a Cuenca. La caravana principiaba con una mujer joven, cubierta la cabeza con un pañuelo, calzada con alpargatas y con un vestido arrugado de tela amarillenta. A su lado iba un moce-tón fuerte con un machete en la mano, la cabeza descubierta, el pelo desgredado, la camisa lo mismo que el pantalón sucios del barro del camino y asimismo, como su mujer, con alpargatas. Eran dos nativos de Chacras. Recién tenían tres meses de casados y vivían felices trabajando su parcela del monte, cuando los usurpadores ametrallaron su rancho, mataron un par de borricos que tenían, se robaron una pequeña manada de cabras y aún ellos estuvieron en peligro de caer prisioneros, si no escapaban pronto por los matorrales. Seguía una señora enferma, montada sobre una mula que avanzaba penosamente por lo resbaloso del camino y por las maletas que llevaba amarradas a la albarda. Otra mujer caminaba arrimada en el hombro de su hijo. Varlos cargaban de trecho en trecho a sus pequeños vástagos. Un anciano daba pasos forzados con un pie lastimado y apoyándose en un rústico bastón. Y así continuaba la caravana de seres abrumados de pesares, llevando sólo los recuerdos de sus hogares que en otra hora fueron dulces y halagüeños.

La marcha se hacía lenta por el lodo, los resbalos, lo angosto del camino, los palos rotos cruzados en la vía, los lamentos de los niños, los quejidos de los enfermos y de los ancianos y lo incómodo del viaje para las mujeres. Los jóvenes y los que aún con

servaban fuerzas, ayudaban a los que carecían de aliento. Valencia, Tapia y los demás voluntarios cooperaban a esta benéfica tarea. Su juventud soportaba estos embates, aunque de vez en cuando se impresionaban de dolorosos accidentes que sucedían y que eran inevitables en esas circunstancias. Un día entero hicieron los evacuados hasta los Dos Cerros, comiendo pan duro, un pedazo de raspadura, algunas galletas o cualquiera cosa insignificante que alcanzaron a poner en sus bolsillos.

El camino era tortuoso y lleno de peligros. Por un lado habían precipicios que enseñaban la muerte, por otro árboles y árboles que regalaban sólo hojarasca y palos secos. Arriba habían nubes oscuras que tapaban el sol, y abajo rumores como quejidos, maldiciones y algún grito doloroso que dejaban escapar las madres que veían languidecer eternamente a sus seres más queridos.

La noche llegó despacio, hasta que la obscuridad extendió su manto de luto. Sin número de insectos encendían sus ojos fosforescentes, cruzando por el bosque como luces siniestras. Invisibles aves nocturnas y animales del monte, merodeaban por las cercanías exhalando aullidos y silbidos lúgubres. Los evacuados cansados después de una jornada accidentada acamparon entre los árboles tirándose sobre las hojas húmedas y frías. Algunas madres cobijaban a sus hijos con el único pañolón que habían llevado, otros formaban grupos de confianza resguardándose de la intemperie como podían. Varios fumaban y a través de la tenue claridad de los cigarrillos, se podía observar rostros pensativos y apesadumbrados. Valencia y Tapia se acurrucaron bajo un mataje de hojas anchas y peludas; hicieron cabecera sus morrales y se extendieron con satisfacción con los brazos en cruz, fatigados de tanto caminar. Uff susurró Valencia. Quisiera un poco de agua y alguna cosa de comer. Siento que las tripas se me doblan!

Espera un rato, indicó Tapia.

Tenís algo?

Sí, todavía me queda un poco de pinol de lo que nos regalaron en Pasaje.

Entonces al grano, hermano, replicó contento Valencia.

Tapia se sentó y buscó su morral y del fondo sacó una bolsita de papel. Era apenas una media libra del deseado pinol, que lo tragarón con voraz apetito.

Y ahora agua? preguntó Valencia.

Agua? respondió lentamente Tapia.



Una calle de Puerto Bolívar después de la invasión.

Sí, agua

Pues no hay, replicó Tapia.

No hay más remedio que aguantarse, añadió conforme Valencia. Y ambos quedaron un momento escuchando el murmullo de un torrentoso río que pasaba a lo lejos.

Te fijaste esa pobre señora de Pasaje? preguntó Tapia al cabo de algunos minutos.

De cuál? respondió Valencia.

De esa que le dicen Doña Manuelita, explicó Tapia.

Ah, de la mamá del guambrito ese bermejito?

Sí, de la misma.

Y qué hay con eso?

Qué no oíste lo que se quejaba en el camino?

Ah! Sí. Pobrecita! Está con un barrigón la pobre! contestó compadecido Valencia.

Y fuera de eso, dicen que es la mujer del monito Jurado que le mataron en Huaquillas, continuó Tapia.

Ella es la mujer del mono? Ah! Pobre! replicó en tono lastimero Valencia.

Y todavía ella no sabe. Ayer me preguntó si yo no sabía algo del marido, pero qué le iba a dar esa mala noticia. Y en el estado que está! explicó Tapia.

Bien hecho cholito, asintió Valencia. Quién sabe si la pobre aguante todo el camino. Son cinco días que todavía faltan para llegar a Girón. Y a este paso! dijo él mismo.

Bueno, cholito. Ahora veamos si podemos dormir un poco, repuso Tapia.

Y en este colchón! replicó el otro.

Peor es nada y peor era el de Huaquillas añadió Tapia.

Bueno, y vos no sabís rezar?

Yo sí, y vos?

Yo también. Aquí tengo una medallita de la Virgen del Quinche que me dió mi mamita cuando me enrolé. Quizás ella me salvó de tantos peligros, indicó Valencia.

A mí también; pero la mía es de San Vicente. Es un recuerdo de mi hermana mayor que es para mí como mamá, explicó Tapia.

Bueno, ahora sí, es en serio. Busquemos el sueño, insinuó Valencia, colocándose de lado y acomodándose entre los residuos del monte.

Y siguió la obscuridad envolviendo un cúmulo de sufrimientos. Y siguió la noche con sus sombras lóbregas y desesperantes. Y siguieron también alternando con los ruidos del monte, el llanto y los suspiros de los niños que en vano buscaban alimentos en los pechos secos de sus madres enfermas; y continuaron los oyes profundos de las viudas, de los ancianos y de los que habían perdido sus hijos, sus hermanos y sus hogares, en una agresión infame.

Brilló al fin el sol trayendo calor y abrigo. Vino la mañana luminosa empujando un mundo de esperanzas. Asomó de nuevo el día enseñando una ruta prometedora de ventura. Y aún al divisar a la distancia el verdor de los cañaverales, palpitó en el corazón de los tristes evacuados, el cariño de la Patria que más allá les esperaba para abrazarles con maternal arrullo.

Nuevamente se puso en marcha la caravana. El Sargento Ortiz, Tapia, Valencia y los demás voluntarios socorrían a los que necesitaban de su ayuda. Ya tomaban en sus brazos a los niños cansados; ya cargaban las maletitas de los que se agitaban desfallecientes; ya infundían aliento a los que se sentían decidos. Animo no más compatriotas! decían los soldados sacando una sonrisa forzada. Ya llegamos a Girón, a Cuenca. Allá tendremos

bastante comida, vestidos y trabajo y todo. Ya verán que nos va bien. Un esfuerceito más y todo se arreglará, continuaban los soldados. Los evacuados seguían por la angosta vía, agarrándose de las matas o hejucos del trayecto. El lodo, los guijarros y las astillas que se desprendían de los árboles, lastimaban e hinchaban los pies de los caminantes. El hambre y la sed agobiaban sus cuerpos y el recuerdo de sus hogares dejados en poder del invasor, aún ponía en el alma una pena que parecía infinita.

Había pasado ya el medio día, y por ninguna parte se encontraba nada para comer. No se veían más que montañas y precipicios. Los evacuados continuaban su camino a través de innumerables dificultades. Derepente se oyó un grito penetrante. Varios se pararon formando un grupo. Una mujer había caído de la mula en que iba montada. Un soldado enfermero se apresuró a atenderla. La cosa es grave, dijo reconociendo el estado de la accidentada.

¿Qué tiene? preguntó una señora.

Se le anticipó el parto, y parece que tiene una lesión, contestó el enfermero.

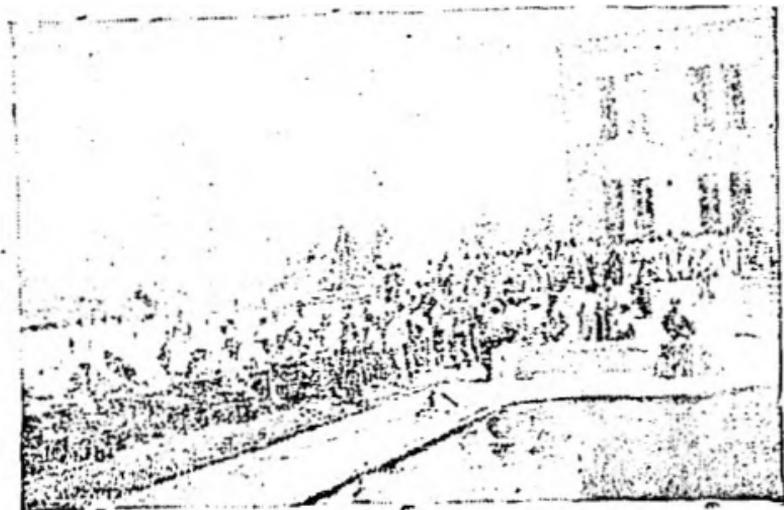
¿Y no hay cómo curarle? insinuó un hombre con aire de pena.

Desgraciadamente aquí no tenemos cómo porque se necesita operarlo.

¿Hay aquí un médico? Interrogó en alta voz el Sargento Ortiz.

Nadie contestó y el enfermero se angustiaba viendo que la pobre mujer se debatía entre horribles dolores. La caravana paró su marcha y todos se interesaron por hallar un remedio. Pero todo fué en vano. Después de más de una hora de padecimiento, la mujer dió a luz una criatura muerta y casi en seguida también ella falleció, a consecuencia de una fuerte hemorragia interna, según explicó el enfermero. El cadáver era imposible llevarlo. Unos soldados sacaron sus yataganes y en un lado del camino, cavaron un hueco de poca profundidad, depositando allí a la infeliz extinta y el fruto de su vientre. Después, votaron un poco de tierra sobre el cadáver, una señora rezó por el descanso eterno de "doña Manuelita", pues ella era la muerta, y los evacuados volvieron a la andada con un pesar más en el alma.

Las horas parecían más largas que de ordinario, y el camino eterno. En cada paso, en cada trecho era inevitable alguna queja, algo que demostraba que se hacía más duro el sufrimiento de varios de la doliente caravana. Había que tener un corazón demasiado fuerte para resistir: tanta impresión angustiosa. Y en eso



Soldados y voluntarios ecuatorianos son agasajados y atendidos en la ciudad de Cuenca, al regreso del frente.

trance desesperante, los soldados y con ellos, Tapín, Valenela y los demás voluntarios, cumplían su misión de guías solícitos y cariñosos. Los refugiados subían por el sendero como arañando, o bajaban para caer en el lodo, o curvaban enseñando una hilera interminable de seres humanos arrojados en el éxodo más cruel. Y luego otra noche de descanso en la montaña, con los mismos sinsabores, amaneciendo otro día que indicaba una jornada más hasta Limones. Pedazos de tierra con cañaverales asomaron entonces a la vista. Y como un consuelo inexplicable se destacó el establecimiento de un pequeño trapiche y un riachuelo cristalino que corría desde una pendiente. Agua! Agua! exclamaron los evacuados con lánguidas sonrisas. Agua! Agua! murmuraron los niños sedientos, Agua! Agua! repitieron los viejos agarrando con ambas manos sus bordones. Los evacuados corrieron hacia el riachuelo. Algunos se arrojaron al suelo para beber ansiosos del líquido elemento. Los niños y mujeres hacían como hueco las manos y apuraban unos sorbos. Los soldados y los que aún sentían energías, servían en sus jarros y trastos a las enfermas e imposibilitadas. Un compasivo montuvío trabajador del trapiche, obsequió varios moldes

de panela que desaparecieron inmediatamente. Con este refrigerio alentador, los evacuados continuaron su camino con más presteza. Pero no habían avanzado una legua, cuando el llanto de una mujer ocasionó una nueva parada. ¡Mi hijito se muere! Mi hijito! clamaba la pobre madre. Hijito mío! Soy tu madre! ¡Mírame hijito mío! continuaba sacudiendo cariñosamente a un niño de tres años que sostenía en su regazo. Pero el niño estaba muerto. Ocho días había pasado con fiebre y disentería, y el trajín del viaje forzado acabó con el débil organismo del pequeño. Y enjugadas las lágrimas, besándole por última vez, tuvo que enterrar al hijo de sus entrañas en la soledad del monte. Una rústica cruz de palos, amarrados con jirones de su vestido, fue el último exvoto de su maternal cariño.

Cuatro días más duró esta penosa fuga de los evacuados de las poblaciones de la Provincia de El Oro, ocupadas traidoramente por el invasor peruano. Días de constantes angustias, de dolores infinitos, de hambres que corroían los estómagos vacíos, de vientos terribles y soles agotadores. Sólo para terminar las últimas jornadas, encontraron plátano verde, cañas de azúcar, panela y agua como único alimento. Pero al fin, como un refugio que parecía poner término a tantas penalidades, a lo lejos se divisó la población de Girón, cuando el sol declinaba para ocultarse. En los rostros exhaustos de los evacuados, asomaron como un milagro las sonrisas, y un sólo punto atrajo sus lánguidas miradas: GIRON.

DESDE GIRON

Las calles de Girón estaban atestadas de gente. En la plaza principal, junto a un atractivo parque, las autoridades civiles y militares con centenares de pobladores, se disputaban por atender a los refugiados. Cada cual invitaba a su casa a los que podía, conduciéndoles con inigualada afabilidad y obsequiándoles apetitosa comida y bebidas refrescantes. Las niñas y jóvenes de Girón, hicieron gala de aprecio, lavándoles los pies, limpiándoles los sudorosos y empolvados rostros, y dándoles hospedaje familiar y halagüeño. Muchos se despojaban de sus vestidos para darlos a los niños y a los evacuados que estaban desarraigados. Había un ambiente de cariño, un aire que sólo existe en la Patria libre. Al otro día, sinnúmero de automóviles y buses enviados por los cludadanos de Cuenca, condujeron a los refugiados a la ciudad. Allí se reptieron abrumadoras atenciones, manifestándose el civismo de los azuayos en forma tal, que un día la historia lo inmortalizará



Soldados de un pequeño destacamento ecuatoriano en la provincia de Loja, festejando la cacería de un venadito del monte.

con letras de oro. Esta fue la primera etapa del éxodo de esos cientos de evacuados que padecieron dolores infinitos, que no serán olvidados sino cuando regresen a sus tierras y a sus casas de la Provincia de El Oro, y hagan flamear de nuevo la bandera de nuestro Ecuador con el triunfo del Derecho sobre la fuerza; de ese Derecho que jamás puede morir en América, porque es el Continente de todas las sagradas libertades. Pero nos olvidábamos de Valencia, Tapia y los demás voluntarios. Estos muchachos, satisfechos ya sus necesidades más apremiantes, asimismo por el civismo de los pobladores de Girón y Cuenca, y después del permiso de las autoridades militares, regresaron a sus hogares de Quito, donde les dejamos regocijados con sus familiares y amigos, para ocuparnos luego de los del grupo que se dirigieron a Loja.

LA SEÑORA ESTEFITA

Hay en la calle Elzalde de mi ciudad, una tienda típica del barrio quiteño. En ella los vecinos se proveen del pan para el

desayuno, de los cigarrillos para las "pitaditas" en los descansos de las faenas cotidianas; de una sodita cuando el día está caluroso, y algún domingo de una cerveza para celebrar el encuentro con los amigos o el triunfo de sus deportistas. La propietaria de ese establecimiento, donde las alegres vecinas se dan los "buenos días" cuando van a comprar el azúcar, el arroz de cebada, los cominos y los condimentos para el "puchero", es una señora de tez morena; amable con todos hasta con los que son algo regañones para pagar las "yescas". Se la ve desde demañanita con una gran canasta que huele a pan caliente, hasta avanzada la noche cuando sólo quedan los muchachos más grandecitos, para conversar de sus compañeros ausentes en la frontera sur.

¿Qué hay señora Estefita? Ha sabido algo del José? Eran las preguntas que a diario dirigían a la señora que había dejado de sonreír por algunos días.

No sé; no tengo ninguna noticia desde que se fue, contestaba la vecina Estefita, madre de José Guano. Dicen que le han mandado para Loja; otros dicen que le han visto en Santo Rosa. Al fin no sé nada fijo, proseguía la señora con visible intranquilidad.

Pero un día por la tarde, cuando recién se encendieron los focos de las esquinas, llegó el cartero a la puerta de la tienda de la señora Estefa.

Buenas noches vecina, dijo sacando de su bolsa de cuero una carta. Le traigo una carta que parece de Loja. Aquí tiene, continuó el hombre entregando un sobre con estampillas reselladas.

Muchas gracias vecinito, contestó la señora apresurándose a coger la misiva. Quizás sea de mi hijo.

Así creo que será de él. Yo digo por el sobre. Bueno, hasta luego vecina.

Se vá no más?

Sí, me voy no más, porque tengo bastante correo que repartir. Bueno, muchas gracias, replió la señora sonriéndose apenas.

Y la señora Estefita, metióse con premura a su tienda y rompió en un instante el sobre. Los hijitos menores le rodearon en seguida, como también algunos muchachos y vecinos que estaban presentes.

¡Sí, es del José, de mi hijo! dijo alegre la señora. Ahí está la letra! Yo conozco en seguida! Y aquí está la firma!

A ver, léanos vecinita para saber del guambra, insinuó una mujer de las curiosas.



Esther Guzmán, esposa del soldado Miguel A. Páez, con su hijo Washington. Se encuentra en Quito.



Aida Piedad Villarreal, hija del soldado Miguel A. Villarreal, con su ancho sombrero oreas y otros niñas, posan ante nuestro Corresponsal en la frontera.

Sí, que nos lea, asintió un muchacho.

La señora Estefa empezó la lectura lentamente, como deletreando: Querida mamacita: (1) Le saludo con todo el cariño y respeto que le guarda mi corazón, como...

Qué fué, vecinita? preguntó una mujer que estaba allí.

Nada; pero no puedo seguir leyendo, contestó la señora Estefa, anegados los ojos de lágrimas. Tomá vos Montiel, acabá de leer, continuó conmovida entregando la carta al muchacho.

Bueno, pero no llore vecina Estefita, dijo el aludido. Oír lo que dice: Loja 23 de julio de 1941. — Querida mamacita: le saludo con todo el cariño y respeto que le guarda mi corazón, como también a mi hermano grande y a mis otros hermanitos. A Rosa-

1) Carta auténtica.

rio un saludo, y al sueño de ustedes que es mi sobrinita Fabiola un beso. Les comuniqué por intermedio de una carta anterior que mi viaje hasta Machala era un poco fatigoso pero divertido; al siguiente día de haber escrito con fecha 17 del presente, partimos de allí a las 5 de la mañana en un tren de leña. Pasamos por las siguientes estaciones: Santa Rosa, El Pasaje, desembarcándonos en Arenillas sólo para tomar una taza de agua de canela con galletas, y seguimos adelante llegando al final de la vía férrea denominado Piedras, a las seis de la noche, oscura y lluviosa, viéndonos obligados a marchar sin almuerzo ni merienda, ni sitio donde comprar un pan. Creí que esa marcha iba a ser como me indicaron sólo de cuatro horas, mas caminamos hasta las doce de la noche, con lodo hasta las rodillas, lluvia encima, armados y equipados, cayéndonos a cada paso porque no nos veíamos el uno al otro a la distancia de ochenta centímetros, y no encontrábamos refugio para escampar la lluvia, no pudiendo seguir la marcha porque escapábamos de ir al precipicio porque nadie portaba linterna, y los fósforos se agotaron; nos vimos obligados a tendernos en el lodo y esperar que aclare para seguir la jornada. Todos teníamos la ropa que estallaba agua y lodo y los pantalones pesaban. Los zapatos ya nadie tenía porque se quedaban en el lodo al dar el paso, pasamos la noche así. Unos maldecían, otros decían malas palabras, y yo como sabe Ud., a nosotros los Guano no nos falta valor, más bien me reía y les animaba a los desalentados. Nosotros los camaradas de La Alameda no nos faltaba coraje y ánimo nos sobra. Pasó la noche, las cinco de la mañana. Muchachos marchemos, ordenó mi Sargento, y así lo hicimos todos aunque con las piernas encanijadas por el frío y la humedad, que se había concentrado en toda la noche; pero hombres somos, seguimos adelante, llegando a las diez de la mañana a Moromó con el estómago como para Comulgar, y a lavar en el río la ropa, todos fluchitos, esperando que se seque. Llegaron los carros y rumbo a Loja, llegamos a las cuatro de la tarde. Un recibimiento de primera, banda, flores, naranjas, plátanos y mujeres. Todos nos olvidamos las penas que atrás pasamos y nos acordamos cuando llegamos al cuartel, y el estómago reclamaba rancho, que no había probado desde Arenillas. Todos comíamos como si nos fueran a quitar, pero doy gracias a Dios porque ya tenemos techo para cubrirnos y pan para nuestra hambre. Querida mamita, aquí me despido porque ya no alcanza el papel para contarle mis aven-

turas y estoy pobrecito, pero ya he de tener unos medicitos y entonces le relataré todo en otra carta, pero contéstemme porque quiero alegrarme con sus letras y bendiciones y ponga esta dirección: Batallón Tulcán Nº 17 - Loja. Salude a todos de la familia, principalmente a papá y dígame al Angel que he escrito a Aidita y que le dé sacando la carta porque está en su nombre, y sin más por hoy me despido, José E. Guano.

Acabada de leer la carta, todos sonrieron contentos, y una de las vecinas pronunció: No le dije vecina Estefita? El guambra tenía que estar bien. Sus ruegos mismo tenían que salvarle vecinita.

Le felicitamos vecinita, dijo otra mujer abrazando a la madre del voluntario.

No, si yo no me preocupo porque mi hijo pelee, y si Dios dispone así, hasta que muera defendiendo a nuestra Patria. Lo único que quiero es que me avisen lo que pasa con él, porque eso de no saber nada es lo peor, explicó la señora.

Bien dice señora Estefita, dijo el muchacho que leyó la carta. Porque los hombres somos para eso: para pelear por nuestra tierra cuando nos llamen.

Así es hijito, repuso la vecina Estefa. Créete que yo estaría orgullosa de tener un hijo que haya dado su vida por nuestro Ecuador. Cierito que como madre lloraría, pero me consolaría eso de que haya caído como valiente.

Pero vea vecinita, indicó una mujer. El guambra le escribo con fecha anterior a los últimos combates, y de ahí acá, no ha recibido ninguna carta.

Bueno, pero como le digo, lo que quiero saber es que mi hijo ha sido valiente, y lo demás no me importa.

Ay, vecinita! Ud. tiene un corazonsote, exclamó otra vecina.

Es que es así vecina, contestó la señora Estefita. Yo no soy de las que dicen: Ay! Escondete hijito o marldito, para que no vayas a la frontera! Eso no es para una ecuatoriana. Y si les llaman a mis otros hijos, yo primero les mandaré afuera! Y si por desgracia no quisieran, más que sea con el aventador les diéral

Eso es bueno, señora Estefita! murmuró el guambra Montiel que le estaba escuchando con atención.

Y mientras en el hogar de José Guano le recordaban, lo mis-

mo que a los demás voluntarios, ellos estaban ya apretujando los fusiles en sus puestos de avanzada, reunidos con unos pocos veteranos para quienes la guerra era su elemento.

EN MACARÁ

En nuestras fronteras con el Perú, casi siempre la selva es la compañera inseparable del soldado ecuatoriano. Los ceibos, los guarumos y otros árboles que han crecido en cientos de años, son sus amigos más cercanos, y en sus gruesas cortezas, han quedado gravados los recuerdos de los tiempos de paz y los impactos de las balas usurpadoras. Esos gigantes árboles son los testigos del heroísmo tradicional de nuestros sufridos soldados, y también de la villanía de los "huayruros" agresores. Junto a sus troncos, cuántas veces han quedado ignorados los cadáveres de los nuestros, que han muerto confirmando su bravura y su acendrada lealtad a la Patria. Y allí aún está fresca la sangre ecuatoriana vertida sin regateo porque predomine en América el derecho a la libertad de los pueblos, el derecho a la inviolabilidad de las fronteras, el derecho a vivir con igualdad, fraternidad y legalidad. Esa sangre es la ofrenda constante del Ecuador contra el totalitarismo, que trata de amenazar la paz y la tranquilidad de este Continente. Sangre que no está derramada en vano, porque al fin América agotará su paciencia y exterminará en sus raíces las agresiones imperialistas, que buscan territorios indefensos para saciar el apetito de conquistas.

Pero volvamos a nuestro relato. Decíamos que los árboles y la montaña, han presenciado la mayor parte de los combates y escaramusas en la secular lucha por nuestras fronteras. Y allá en un pedazo de monte en las afueras de Macará, es donde encontramos a Jorge Villafuerte, Oscar Larenas, Hernán Rodríguez y José Guano, voluntarios del barrio quiteño de La Alameda, que se separaron de sus compañeros en Santa Rosa.

El tupido bosque y el follaje de las ramas, hacía sombra sobre el tortuoso camino que va del río Macará, a la ciudad ecuatoriana del mismo nombre. El sol empezaba a bajar lentamente. Nadie transitaba por allí, y parecía que no había ser humano en ese sector. Sólo las aves que sombreaban en la copa de los árboles, podían observar que a un lado y otro de ese camino, ocultos entre las espesas plantas del suelo, estaban tendidos dos gru-



Otra esposa y madre que lamenta la situación creada en la frontera con sus tiernos niños. Su esposo es otro valiente soldado.



Celia Maldonado, esposa del soldado Pedro Antonio Villareal, con su hijo Fausto. Es una de las mujeres que evacuaron la zona de peligro; se encuentra en esta ciudad.

pos de soldados con el fusil listo, y con dos ametralladoras atentas para accionar. Apenas se movían para cambiar de posición y escudriñar el terreno. El Teniente Espinosa que comandaba el pelotón, semejando una estatua detrás de un tronco, miraba atentamente un punto fijo. Pero hubo un instante en que se oyó que una rama se rompía. El Teniente empuñó su pistola y regresó a ver rápidamente. Era un soldado ecuatoriano que venía ligero por una trocha disimulada.

Mi Teniente, dijo demostrando cansancio.

Qué fué? preguntó el Oficial.

Nada, sino que ya vienen.

Qué tropa?

Es la caballería con parte de infantería.

Cuántos serán más o menos?
Son como quinientos entre todos.
Y de caballería?

Algo como trescientos.

Muy bien. Vaya a su puesto en seguida, ordenó el militar. Y ahora muchachos, listos para darles un recibimiento digno. Somos cuarenta y cinco, pero no importa, que estamos en buena posición. Que cada uno cumpla mis órdenes al pie de la letra! continuó en voz baja el Teniente.

Pasaron varios minutos. El camino seguía desierto y no daba apariencia de que iba a ser el campo de un reñido combate. Pero luego percibieron pasos de caballos, y un momento después, asomaron cabalgando cuatro soldados de caballería con las insignias peruanas. Demostraban estar algo temerosos y les faltaba ojos para mirar por todas partes. Sin embargo, nada notaron y pasaron de largo. Y era que el Teniente Espinosa, comprendiendo que se trataba de una avanzada de exploración, hizo convenientes señas a sus soldados para que les dejaran pasar.

Estos seguramente volverán a dar aviso, murmuró quedamente el Oficial. Están listos? replicó frunciendo el ceño.

Los soldados movieron la cabeza afirmativamente y siguieron alerta.

Efectivamente, al cabo de media hora, los "huayruros" regresaron al galope, hendiendo el aire con sus lanzas. Pasó un minuto y luego otro y otro, y la caballería peruana no asomaba. Será que desistirían del ataque? se preguntaba el Oficial. Pero no. Habla seguridad de que avanzarían.

Algo dudoso el Teniente, se arrastró hasta donde un soldado. Pero te fijaste que avanzaban? le preguntó.

Si mi Teniente. Estoy bien seguro. Y si no, ya mismo verá, contestó el soldado.

Bueno. Bueno. Esperemos, repuso el Oficial.

Y fuera de eso, mi Teniente, ya hubiera venido a dar aviso mi Cabo Montenegro que está en el ceibo hueco, replicó el soldado.

Pero el...

El teniente quiso concluir no sé qué frase, que se le quedó en la garganta, porque en ese mismo instante, resonaron nuevamente los cascos de la caballería enemiga. Sin número de banderines rojo y blanco, como si anticipadamente hubieran sido man-

chadas de sangre, se vieron por el camino. Y cuando ya estaban cerca, se pudo distinguir que los "huayruros" estaban perfectamente armados, y que cada uno traía al anca de su caballo a un soldado de infantería. Faltaba ya sólo un corto trecho para pasar frente a donde estaban en acecho los ecuatorianos. Por fin se les vió adelante de sus ametralladoras, y los fuegos no sonaban. Pero cuando los peruanos habían adelantado unos metros más, un grito repercutió en el monte: un grito que puso fuego en las venas de los ecuatorianos. Ahora muchachos! Viva el Ecuador! gritó el Teniente. Y las ráfagas de metralla, y los tiros de fusilería, echaron a tierra sinnúmero de usurpadores. Así muchachos! Carguen sin descanso! seguía gritando el Teniente. Esto sí que es pelea! exclamó un soldado ecuatoriano entusiasmado de ver que caían los invasores por cientos.

Los peruanos no salieron de inmediato de la sorpresa, y todo esfuerzo para rehacerse y contestar fue inútil. El pelotón del Teniente Espinosa no cesaba de disparar, y los enemigos se movían desesperados como cogidos en un remolino. Ya quedaban como doscientos, después como ciento, y luego, los pocos que sobraron, salieron en fuga, dejando sus muertos y heridos. Y en ese pedazo de camino quedaron numerosos cadáveres, caballos tendidos, monturas despedazadas, correas esparcidas y sinnúmero de vestigios de la mortífera sorpresa. La refriega había sido rápida y el valor de unos pocos ecuatorianos aniquiló a más de quinientos invasores.

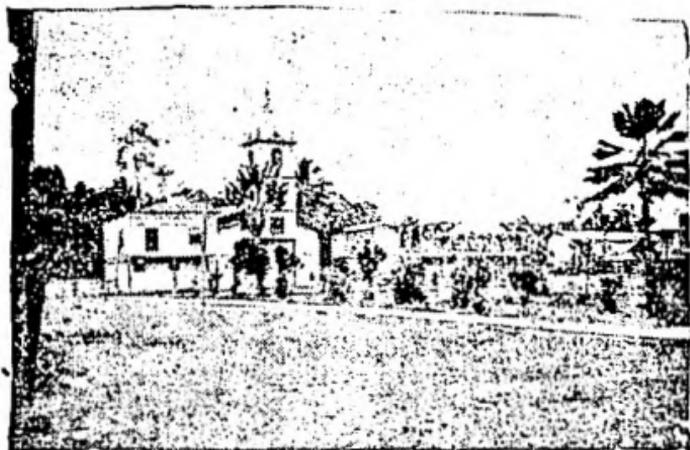
Estoy orgulloso de ustedes! exclamó el Teniente abrazando de uno en uno a sus soldados. Y ustedes guambas, pueden decir que ya son soldados hechos y derechos, prosiguió dirigiéndose a Villafuerte, Rodríguez, Larenas y Guano.

¡Hicimos lo que pūdimos mi Teniente, repuso cuadrándose Larenas.

No, no. ¡Hicieron lo que todo ecuatoriano debe hacer. Así, valientes, mirando a la vida como a una piltrafa, pronto marcaron nuestras propias fronteras, continuó el Oficial.

Ese es nuestro deber, repuso Villafuerte sonriéndose.

Bueno. Ahora hablemos de lo que viene, explicó el Teniente. Estos "huayruros" que fugaron, van a informar a su comando, y seguramente nos atacarán con fuerzas superiores. Cuántas cajas de municiones nos sobran? preguntó luego a un soldado.



Una calle de Pasaje antes de la invasión.

Ninguna mi Teniente. Se acabaron todas, contestó el soldado.

Ahí Maldición! Replicó el Teniente. Qué lástima! Entonces no nos queda más que replegarnos a Macará.

Qué lástima mi Teniente! murmuró otro soldado.

Bueno, ligero muchachos... pero hombre! Veo que estás cojeando! dijo el Oficial a un veterano.

Sí, mi Teniente, estoy herido; pero no es nada mi Teniente. Sólo que no puedo andar.

El Oficial rápidamente observó la herida del soldado, y constató que la pequeña herida que decía, era el destrozo completo de la rodilla derecha. Con palos y una manta, se armó en seguida una camilla para llevarlo, y el grupo de heroicos defensores de nuestro territorio se encaminó a Macará.

EL HEROISMO PERUANO

Los pobladores de Macará estaban alarmados. Todos hablaban de la amenaza que el Jefe de las fuerzas peruanas de ese sector había hecho, como venganza de la derrota que el grupo de ecuatorianos les había dado la víspera. Los hombres recurrían apre-

suradamente a sus escopetas, revólveres, machetes y hasta instrumentos de labranza. No nos rendiremos así no más. Pelearemos hasta el último, decían en cada casa. Los soldados organizaban la defensa de la población, a pesar de que estaban pocos y mal armados. Con todo, vislumbraban alguna esperanza.

El invasor no se hizo esperar mucho. Enormes fuerzas en relación con el pequeño destacamento ecuatoriano, había reunido en la hacienda La Tina, situada al otro lado del río Macará. Cuatro aviones "huayruros" empezaron la hazaña. Primero volaron alto, y luego descendieron ametrallando a los civiles, que en vano disparaban sus escopetas. Varias mujeres fueron las primeras víctimas. Después, retumbaron los cañones y morteros peruanos, y sus proyectiles caían destrozando las casas y corrales de la indefensa población. Poco a poco asomaron los peruanos por los alrededores del frente de Macará. Los pocos soldados ecuatorianos y los civiles contuvieron palmo a palmo el avance del invasor. Los "huayruros" caían, pero eran tan numerosos que no se podía calcular cuántos eran, y a cada momento se acercaban más. Civiles y soldados de Macará empezaron a luchar cuerpo a cuerpo. La defensa era heroica, y sólo se podía ver una bravura indescribible; pero era imposible sostener por más tiempo. Qué podían hacer unos doscientos civiles armados de machetes y escopetas y un puñado de soldados y voluntarios ya sin municiones, ante tres mil peruanos con todas las armas? Y vino el repliegue. La montaña como en todos los casos de lucha completamente desigual, fue el refugio obligado. Ya sin contadores, los peruanos dieron principio a sus hazañas. Unas cuantas muchachas corrían desahoradas y sin rumbo. Las puertas de las casas fueron derribadas. Se oyeron gritos de angustia y uno que otro disparo. Un soldado peruano tenía agarrado por el cuello a un lagrlejo macareño. Grita viva el Perú! le dijo amenazándole con el fusil. Viva el Ecuador! replicó el lagrlejo. Apenas pudo terminar, porque un feroz culatazo en la cien izquierda le dejó sin vida. Los "huayruros" rebuscaban por donde más podían y cargaban con mercaderías, aparatos de radio, y todo lo que encontraban de valor. En una casa empezó el incendio. Un peruano se entretenía rociando con gasolina las puertas y el maderamen de las casas. De una de ellas salió furioso un mozo rollizo, y arremangándose la camisa, se encaró con el incendiario. Vota el fusil mí...serable! le dijo, y vente acá para pelear como hombre, a puño limpio! El pe-



He aquí todo el destacamento ecuatoriano que repelió el ataque peruano en Macará. Entre los soldados hay algunos voluntarios civiles que por nada de la vida se conformarán con que bellos y ricos girones de la Patria sean ocupados por gentes extrañas.



ruano se sonrió sarcásticamente y cargó una bala en su fusil.

Ya sé que me vas a matar, pero no seas flojo, acércate! siguió el mozo.

El peruano pareció convencerse y se acercó.

Caminá paracasito, para que no te vean tus compañeros! volvió a decir el macareño, apretando los puños.

Mono infeliz! murmuró el "huayruro". Te voy a dar gusto sólo por hacerte ver que no me asusta el boxeo! exclamó después.

Sí, eso mismo te digo! replicó el macareño algo sonriente.

El "huayruro" estuvo ya frente a frente al ecuatoriano, y se disponía a la mejor trompiza.

Ahora sí, arrinconá por ahí tu fusil! le insinuó el ecuatoriano.

Es que puedes llevártelo, le indicó el peruano.

Pero para qué diablo! le contestó el mozo. No ves que estamos rodeados por los tuyos?

El peruano votó entonces el fusil y se arrojó a la pelea con las manos abiertas.

Así no se pelea avecita mía! exclamó el macareño, y rápidamente le asestó un tremendo golpe en la quijada. El "huayruro" tambaleó un momento, pero se repuso en seguida y quiso tomar el desquite. Mono desgraciado! tartamudeó apenas.

Esto no es incendiar nuestras casas! repitió el macareño. Y para que veas lo que somos los ecuatorianos cuando peleamos de igual a igual, tóma "huayrurito"! Y le cargó otro terrible golpe en la cabeza, echándole al suelo sin sentido. En seguida cogió el fusil. Unos peruanos que habían visto la lucha, corrieron para apresar vivo al valiente macareño; pero éste como un rayo se tendió en su propio terreno, disparó y templó a un invasor. Con una rapidez asombrosa, sacó luego una allmentadora al soldado que estaba sin sentido, y otra vez disparó. Cayó un peruano más y después otro y otro, hasta contar cinco. El macareño reflexionó que al fin le rematarían, y optó por escurrirse al monte. Los "huayruros" le persiguieron, pero sin resultado. El mozo iba agachado y culebreando a las balas de sus enemigos. Cuando ya estuvo un poco distante, se regresó y haciendo una picaresca seña con una mano y el antebrazo de la otra, les gritó: Tómen, hijos de p...iura! Y un momento después desapareció lauroso entre los árboles el terrible macareño.

Mientras tanto los pobladores de Macará, hombres, mujeres y niños, salían apresuradamente. Los soldados, los voluntarios y

algunos civiles ecuatorianos protegían su retirada con los pocos cartuchos que les quedaban. Allí estaban todavía Larenas, Guano, Rodríguez y Villafuerte. Las casas se incendiaban vorazmente y todo se derrumbaba destruído. Los palos de las construcciones chisporroteaban y una espantosa humareda invadía por todas partes. Y horas después, la floreciente población de Macará, era sólo un montón de ruinas, y sobre sus escombros humeantes, los "heroicos" peruanos libaban complacidos festejando su singular victoria.

EN LA ZAPATERIA DEL BARRIO

Era un sábado por la noche. Las gentes de buen humor aprovechaban el día de la vacante. Quito estaba iluminada, y de la casa de la Cruz Roja para arriba, en la zapatería del maestro Guerrero, los aprendices machacaban sin descanso la suela. Uno silbaba una tonada criolla. Otro apuraba un sánduche de donde la señora Estefa, y el más pequeño torcía hábilmente la pita. El maestro remataba un "par" de prebil azul alistado de charol negro. De una mesita cuadrada, donde habían cuchillos de medio uso, pedazos de cuero, clavos y otros materiales del oficio cogía puntas de mangle, y claveteaba afanoso su "chaucha". Uno de los aprendices encendió un "cochero", invitando a que le imitara el maestro.

Quiere fumar maestríto?

No me gustan vicios menores, contestó el zapatero.

Entonces ca bueno, replicó el muchacho.

Oíte Montiel, siguió el maestro Guerrero. Esa obra de la señorita María primero acabá, porque necesita los zapatos para ir a misa de cuatro.

Bueno maestríto; ya mismo acabo, porque ya no más vienen el Jaramillo con el Tapia, y quiero que nos converse de la guerra.

Te dirían que van a venir? continuó el maestro.

Si maestríto; si les oyera lo que cuentan maravillas! explicó el Montiel.

Ojalá vengan, repuso el maestro.

Bueno maestríto, qué tal era Ud. para un canto? preguntó otro de los aprendices.

Corriente era; al menos cuando llegaba el día de las "Marías" y después de la "noche buena"; pero en mi tiempo se cantaba cosas buenas, contestó el zapatero.

No crea maestríto; ahora también tenemos bonitas canciones. Nosotros mismo sabemos unos "cachullapis" que le dieran ganas de bailar.

Pobres guambras plantillas! exclamó el maestro. Entonces canten algo, para ver si es cierto!

Poco nos ha pedido maestríto. Oírál continuó el Montiel. A ver vos "tonel" Montenegro silbá, y yo con el "patas" Yánez vamos a cantar.

Qué cantamos? dijo el "patas" sonriente.

Cantemos "voy solito por el camino", respondió el Montiel.

Bueno, pero cantarán bien, porque si nó, no hay "semana", amenazó el maestro dejando un momento la "obra".

Convenido maestro, replicó el Montiel. A ver, a la una, a las dos y a las tres. Y los muchachos arrancaron en primera y segunda una de esas canciones, que hasta en las líneas de combate las murmuran nuestros soldados, evocando las noches en la barrida.

Voy solito por el camino (2)
Yo voy silbando hasta llegar,
Con barrilito cargar agüita,
Y dar a longa cocinar.

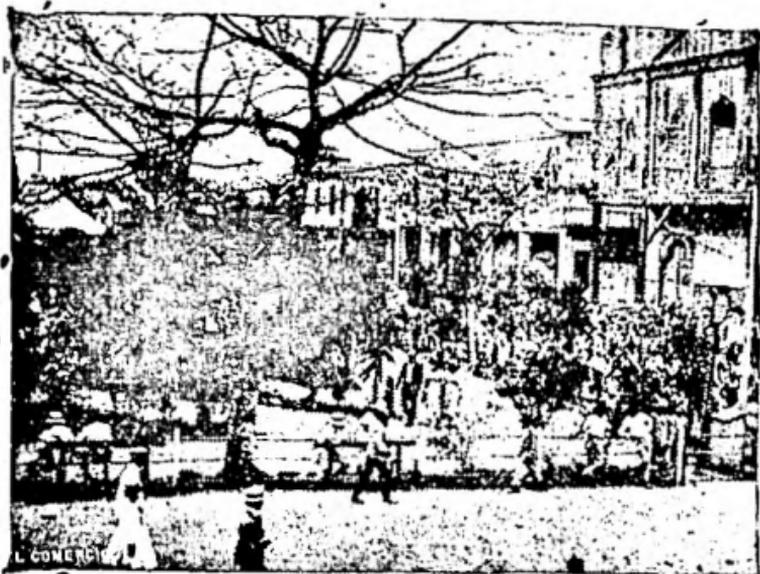
Veyo los sigses, veyo la totora,
Veyo el ganado en el papal,
Veyo a mí longa la cuidadora,
Le queda viendo ese mi trigal.

Mirando arriba, mirando abajo,
Mirando al río donde llegar,
Amishcadito con mi cucayo,
Me da tan ganas de llorar.

Qué ricos guambras! exclamó entusiasmado el maestro Guerrero. Con esto ya pueden ganar para los cigarrillos!

Le gustó maestríto? dijo el Montiel.

-
- 2) Letra de Humberto Reyés, muchacho del Deportivo La Merced.



Una vista de la floreciente ciudad de Santa Rosa antes de la invasión.

Pero claro pes guambras! replicó el maestro; pero ahora sí, apuren las obras, porque ya mismo vienen a sacar.

Buenas noches maestritoooo! llamaron entonces dando fuertes golpes en la puerta.

Qué pasa? contestó el zapatero disgustado.

Nada maestrito; somos yo y el Tapal

Ah! Sois vos Jaramillo; yo creí que eran los chumados de la esquina, explicó el maestro ya apaciguado. Entren guambras. Cojan ese banquito y sientensen un ratito.

Así haremos maestrito, contestaron Jaramillo y Tapia.

Con que se han ido a la frontera, no? siguió el maestro.

Si maestrito, dijo Tapia.

Y qué tal les fue?

Corriente. Unas veces alegres y otras apurados; pero con todo, aquí estamos con toda la huesada, continuó Jaramillo.

Bueno, y cuenten pes algo de las fronteras, pidió el maestro.

Y los muchachos visitantes, sacando una cajetilla de "cocheros" repartieron un tabaquito a cada uno de sus camaradas que

estaban en la zapatería, menos al maestro Guerrero, porque no tenía vicios menores. Después Jaramillo, adoptando una actitud de interesante, narró por algunos minutos el viaje de los voluntarios que fueron a Huaquillas. El maestro y los otros escuchaban sin perder palabra de la conversación, y cuando ya se terminó, preguntó:

Bueno, y qué será del Larenas y del Guano, del Villafuerte y... como era que se llamaba el otro... Ah! del Rodríguez?

En Santa Rosa nos separamos, explicó Tapia. Ellos se fueron a Loja. Supimos que habían peleado en Macará, y de ahí, no hemos sabido nada más.

No, como no. El Villafuerte ha escrito a la mamá, y dicen que han peleado duro, pero que estaban sin novedad en los destacamentos de Cariamanga y en otros puntos, continuó Jaramillo.

Entonces no les ha pasado nada? preguntó el maestro nuevamente.

Así dicen maestríto, asintió Tapia.

Yo estoy pensando una cosa maestro, murmuró el Montiel.

A ver decl, repuso el maestro.

Bueno, yo digo, y la provincia de El Oro, va a quedar con los peruanos? dijo Montiel cruzando los brazos con preocupación.

No hombre! respondieron en coro los demás.

Pero ni para creer guambra! repuso el zapatero. La Provincia de El Oro será siempre muy nuestra, y ha de llegar el día que tienen que devolvernos; como también lo demás que nos han usurpado, continuó el maestro Guerrero, poniéndose de ple y votando a un lado las hormas.

Pero maestro, es que no tenemos armas! siguió el Montiel.

Pero qué guambra tan pen...sador! Vos creís que los ecuatorianos vamos a vivir así tranquilamente sin esa Provincia y lo demás? Creís vos que todos los países de América no se han dado cuenta de que esos "huayruros", nos han hecho víctimas de la agresión más repudiada por las democracias? No has oído vos conversar de las conferencias de La Habana, y de los discursos del Presidente Roosevelt que condenan esta clase de invasiones y estas agresiones por la fuerza? Y no vís vos que los peruanos no están más que ensayando con nosotros lo que desean los totalitarios de Europa? Y... y... entonces? explicó largamente el maestro.



Una vista de Santa Rosa que después de la invasión quedó destruida por los vecinos del sur.

Pero maestro no se caliente! murmuró un poco serio el Montiel.

Es que es así pues! Sino que los peruanos nos han visto la cara porque sabían que no estábamos armados, y si nó, o donde les hubiera dado el agual Y hasta por eso quiero yo que triunfe Roosevelt y Churchill, y que caigan los que quieren poner cadenas a todo el mundo! continuó el maestro.

Pero maestro, sí... Quiso seguir Montiel.

Sí, sí. Eso digo yo! replicó el zapatero con la cara roja de coraje.

Pero óigame maestro! insinuó Montiel. Usted se calienta de gana. Si lo mismo que usted dice, decimos todos nosotros. Lo único que no le comprendo es eso de que triunfe Roosevelt y Churchill que nada tienen que ver con nosotros, arguyó Montiel.

Ele ahí está el queso! Y si no fueras todavía mocosito, te dije- ra una de grueso calibre! repuso el maestro ya un poco calmado. Pero no vis criatura qué el Perú es un totalitario en pequeño, y cuando caigan los grandes, él también quedará alicado, y... hasta luego Lola.

Bravo maestro! Qué viva el maestro, interrumpieron los demás a gritos. Usted maestríto ha ganado la partida!

Pero claro; por algo ha de ser maestro! contestó conforme Montiel.

Y eso no se asienta? Indicó el "patas" Yáñez.

Entonces a ver las cuotas! dijo Tapia enseñando su sombrero.

ALBA DEL MAESTRO ZAPATERO

Las campanas de una Iglesia tocaban las "avemarías". En la calle Elizalde, las tenderas madrugadoras iban apresuradas cobijadas con doble pañolón y tirando grandes canastos de carrizo. El "guangudo" barredor empujaba su carretilla, parándose de vez en cuando para raspar las piedras con su escoba de "iso". En la esquina de cerca, el Carabínero cabeceaba envuelto en su capote, sentado en la puerta de la Cruz Roja. Y en la tienda de la señora Estefa, bramaban las guitarras y una voz entusiasta, dijo en alta voz: Por usted maestro Guerrero, allá va esta otra:

- (3) Tórtola ya canta en la madrugada,
Seña que levanta para trabajar,
El sol que ya sale entre la enramada,
Alumbra el campo que hemos de harar.

Campo, verde campo,
Que cultivo tanto
Tú eres el refugio,
De mi pobre raza,
Pobre raza mía.
Que no tiene amparo,
Qué tanto sufre,
Se va ya a extinguir,
Como huiragchuro,
Que herido en el pecho,
Deja ya su nido,
Para ir a morir.

-
- 3) Letra de Alfredo Carpio.

Los bravos del Batallón Carchi

El viento tenue empujaba suavemente las matas del extenso tabacal, y las anchas y robustas hojas despedían un aroma provocador. El día caluroso avanzaba hacia el cenit, y del suelo salía un vaho tibio. A lo lejos sobre oscuros bosques, se formaban nubarrones grises, dispersos en el fondo azul de la atmósfera. Lo demás estaba quieto, como la calma que precede al ocultarse el sol. Detrás de una quincha que circundaba una parte del tabacal, se levantó cautelosamente un casco y luego asomó un soldado, que lanzó al frente una mirada de línea.

Están concentrándose? preguntó el Primero Vinueza.

Sí mi Primero, contestó el soldado. Y parece que van a repetir la de ayer.

Bueno, entonces venga acá Cabo Vilac, repitió el Primero dirigiéndose al que espiaba. Escurrite por allí y avanza hasta que unos trescientos metros al costado derecho, fíjate si hay avanzadas enemigas y regresá a darme el parte.

Muy bien, mi Primero, continuó el Cabo Vilac arrastrándose entre las matas de tabaco con el fusil en preventiva.

Después el Primero Vinueza, llamó al Sargento Almeida y le ordenó: Cojé cinco hombres y corréte a la izquierda unos cincuenta metros y esperá las señales convencionales.

Entendido mi Primero, dijo el Sargento obedeciendo la orden.

Esos hombres uniformados que estaban ocultos en el tabacal, eran veinticinco soldados del Batallón Carchi, que cuidaban la posición de la Isla La Delicia, situada entre los dos cauces del río Zarumilla. El calendario del año marcaba el 25 de julio de 1941,

y desde días antes los peruanos habían iniciado varios ataques sorpresivos a los reducidos destacamentos ecuatorianos, que defendieron sus puestos con un valor digno de las gloriosas tradiciones de nuestra Historia. El pelotón estaba alerta y en toda la noche no habían pegado los ojos. Un pedazo de raspadura y otro de queso, sirvieron de sustento en más de treinta horas de continua vigilancia.

Allá al frente hay gentes como hormigas, dijo el Sargento Vinuesa, acomodándose el casco y mirando al Cabo Moya.

Así veo mi Primero, contestó el Cabo.

Pero no importa. Fijáte cómo está de tranquilo mi corazón, prosiguió el Primero, llevando la mano del Cabo sobre su pecho. Y continuó: Ya nos atacaron ayer y antayer, y no pudieron desalojarnos así que eran mucho más que nosotros. Y si ahora nos atacan, les responderemos lo mismo, porque no podemos dejarnos matar así no más...

Así es mi Primero; pero lo que yo me admiro es que en seguida saben dónde estamos y cuántos somos, como si alguien les avisara, explicó el Cabo Moya.

Yo si comprendo cómo es esta jugada. Vos sabís que esta isla es de un alemán que muere por ellos y ya podís imaginarte quién les da los datos. Y con que el gringo ponga la bandera con esa cruz chueca, se acabó el cuento, dijo el Primero.

Eso es mi Primero. Y como los alemanes se llevan bien con los japoneses... Ya, yal Ya sé mi Primero! exclamó el Cabo Moya.

La conversación a media voz iba a seguir, pero el silbido de un disparo la interrumpió.

No te dije? pronunció el Primero Vinuesa. Ya emplezan los "huayruros", y parece que ni ahora vamos a comer los papas con cáscara que nos ofreció el cocinero.

Y lo peor es mi Primero, que si esto dura como ayer, las papas estarán ya frías y pueden darnos cólico, explicó el Cabo Moya.

Oíste el silbo? preguntó el Primero Vinuesa.

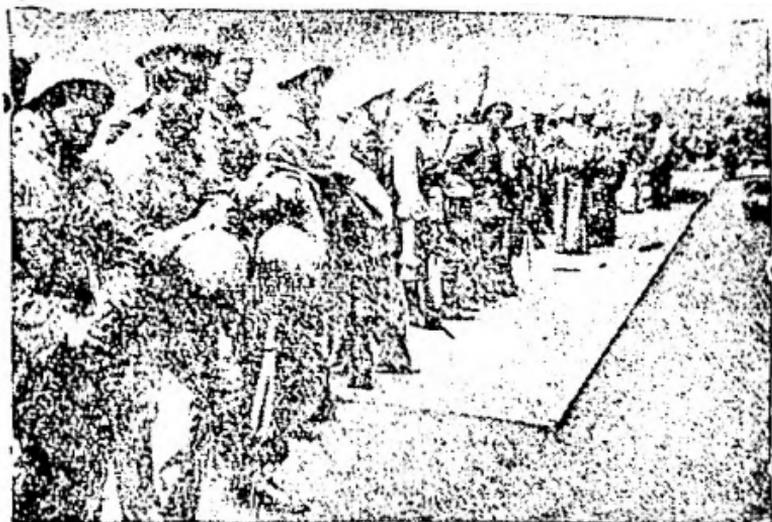
Si mi Primero. Es el Cabo Vilac que regresa, dijo un soldado.

Sí, él es. Pero el bandido cómo silba igualito al güiragchuro, no? continuó el Primero.

Y después de pocos minutos, el Cabo Guillermo Vilac asomó arrastrándose como gato por el tabacal. La frente tenía lastimada y unas pequeñas gotas de sangre le caían sobre un ojo.

Qué te pasó? le preguntó el Primero con alguna preocupación.

Nada mi Primero. Fue sólo un espino de una rama, respondió el Cabo Vilac.



Soldados del Batallón Carchi. En segundo lugar (x) el Cabo Guillermo Vilac.

Ah! Bueno. Yo creí que te hablan pegado. Y no hay nada? continuó el Primero.

Por este lado no hay enemigos mi Primero. Recorrí todo el sector y los centinelas nuestros, me dicen que el grueso de los peruanos está por aquí, indicó el Cabo Vilac.

Ah! entonces, arreglé rápido la pieza para detenerles, porque ya empiezan a dispararnos, ordenó el Primero.

En seguida mi Primero, respondió el Cabo Vilac sacando rápidamente unas cuantas cintas de balas.

De pronto el oído fino del Cabo Vilac percibió varias señales dadas por el enemigo con pitos. Y después las líneas peruanas arrojaron feroces ráfagas de metralla y cargas de artillería.

Esos se entienden con señales de pitos, dijo el Primero Vinuesa. Pero ya conocemos qué quieren decir. Nadie dispara todavía. Esperemos que se acerquen! añadió.

Qué hora es mi Primero? preguntó el Cabo Vilac.

La una de la tarde, respondió el Clase mirando su reloj de pulsera.

Los soldados del pelotón del Carchi estaban quietos tirados en

el suelo. Cada uno ansiaba el momento de contestar los fuegos y conservaban los fusiles listos a vomitar plomo. Al costado izquierdo donde estaba el Primero Vinuesa con su pelotón, se oyó una descarga y luego una ametralladora que accionaba con furia.

Esos son los nuestros mi Primero, indicó el Cabo Vilac.

Si, es la escuadra del Primero Andrade, asintió el Primero Vinuesa. Y luego apretándose la correa del casco, repuso: Muchachos! Allí vienen los "huayruros"! Fuego muchachos! Y los fusiles ecuatorianos tronaron en la hondonada, estrellándose sus proyectiles en los cuerpos de los peruanos que intentaban avanzar. El Sargento Tobar del Carchi, fue uno de los primeros que como un león salió al encuentro de los invasores. Las ráfagas pasaban volándole pedazos de la blusa y del pantalón. Una bala resbaló por el casco, pero el Sargento continuaba entrando hacia el campo enemigo. Cada disparo que hacía era un peruano menos, y en cada paso que avanzaba cargaba una alimentadora en la caja del fusil. En vano los peruanos le dirigían cargas cerradas; las balas parecían que no querían acabar con la vida de ese heroico ecuatoriano. Los "huayruros" optaron entonces por cercarle con un movimiento rápido, y lo consiguieron. Un oficial peruano trató de agarrarle por el cuello. El Sargento Tobar se puso a la defensiva y le cargó con un tornillazo echando al peruano al suelo. Otro quiso dispararle apuntándole a la cabeza, pero el ecuatoriano se adelantó descerrajándole una bala. La lucha de uno contra tantos, atrajo la atención de ambos lados y se suspendieron los fuegos en ese sector esperando el final. El Sargento Tobar en un instante caló su bayoneta y era emocionante ver cómo esgrimía su arma con una asombrosa seguridad. Los peruanos caían haciéndole un semicírculo de cuerpos ensangrentados y de heridos con los ojos desorbitados, y avergonzados por la tremenda resistencia del Sargento ecuatoriano, arremetieron en masa dejándole imposibilitado para la defensa, porque le cogieron por los brazos y le desarmaron. Enseguida le cargaron a puntapiés y culatazos, en forma que crispaba los nervios de indignación.

Suéltenle! gritó con rabia el Primero Vinuesa.

Suéltenle cobardes! clamó el Cabo Vilac. Así no se hace a un valiente!

Pero los "huayruros" como una contestación digna de ellos, le terminaron clavándole los yataganes por la espalda y abandonándole hecho pedazos en un charco de sangre! Y con la muerte del Sargento Tobar, se anotó un hecho más del legítimo heroísmo ecua-

toriano y de la barbarie de los usurpadores, barbarie que ellos también llaman "heroísmo".

No esperaron más los ecuatorianos. La sangre de un hermano asesinado, enardeció su coraje y ciegos de venganza se lanzaron al ataque. A la bayoneta muchachos! ordenó el Sargento Vinuesa.

Soldados del Carchil, calar bayoneta y al asalto! gritó el cabo Vilac.

Al asalto! Al asalto! contestaron furiosos los ecuatorianos. El Cabo Vilac con tres compañeros avanzaron con una ametralladora. Lo mismo hizo el Sargento Almeida. Las descargas peruanas semejaban cortinas de fuego y su artillería retumbaba a cada instante. Una ráfaga voló la mano derecha del Sargento Almeida, pero él siguió adelante, animando a los de su escuadra. Otra ráfaga le arrancó la otra mano y un minuto después, cayó desangrando. Los soldados ecuatorianos no reparaban en el número superior de los peruanos y sus fusiles estaban quemando de tanto disparar. Las bajas del enemigo crecían a cada momento y en media hora de combate, quedaron muertos más de ciento cincuenta agresores, correspondientes al Regimiento "Indiana". Al lado del Cabo Vilac cayó atravesado por una bala el Cabo Ruiz y luego el voluntario Guerrero; pero nada detenía la impetuosidad de los bravos del Carchi. Y llegó el choque. Las bayonetas de los ecuatorianos se multiplicaban ensartando los cuerpos de los "huayruros", que rodaban en sus propias trincheras. Se oían golpes secos, gritos desesperados y otros de coraje. Se veían caras endemoniadas y otras lánguidas y aterrorizadas. Por todas partes el suelo estaba manchado de sangre, y a veces los montones de cadáveres dificultaba accionar a los ecuatorianos. De un pequeño chaparro, de improviso saltó un peruano y se encaró al Cabo Vilac. Grita "Viva el Pelú" le dijo, apuntándole con su fusil. El Cabo Vilac, en un movimiento veloz, se agazapó como un tigre y de un salto se agarró al desafiante. Ambos rodaron sobre unas matas de tabaco, y empezaron a luchar a muerte. El peruano en un rato de descuido del Cabo, le cogió por la garganta clavándole los dedos para dominarle. Ya parecía perdido, cuando el Cabo se esforzó y mordió furiosamente la mano del opresor. El dolor le hizo aflojar, y el Cabo Vilac aprovechó de ese instante para darle un tremendo puntapié en el estómago, arrojando de espaldas al peruano. Luego se levantó, se apoderó del fusil con rapidez y amenazándole con bayoneta calada, exclamó: Con que sois japone-

sito, no? Y gritas: Viva el Pelú, no? Ríndete o te matol concluyó el Cabo Vilac. Pero el japonés se paró con rapidez e iba a dispararle con una pistola que sacó del bolsillo del pantalón. El Cabo Vilac no le dió tiempo y en menos de lo que se puede pensar, le descargó un terrible tornillazo partiéndole el cráneo y matándole de contado. Una masa gris manchó la blusa del Cabo, que desprecupado ya de ese incidente, siguió imperturbable buscando contendores. Comenzó el desbande del enemigo, y momentos después los ecuatorianos quedaban de dueños del campo. El Sargento Vinuesa entonces, colocando su casco en la punta del calibre de su fusil, lo levantó bien alto y gritó: Viva el Ecuador muchachos! Viva el Carchi! Y como la explosión de un volcán un "viva" de todo el pelotón resonó en el sector de la lucha.

El reloj apuntaba las cinco de la tarde. De nuevo vino una aparente calma. A lo lejos sonaba todavía uno que otro tiro, de los peruanos que huían por los matorrales. En el terreno quedaban cascos, unos cuantos canastos lanzabombas, fusiles y sin número de vestigios del combate, dejados por los invasores. Los soldados ecuatorianos no se fiaron sin embargo de ese descanso que no era definitivo. Hicieron un recuento de sus pertrechos y de sus hombres, y vieron que ambos estaban escasos. Calcularon después las tropas numerosas de los peruanos. Consideraron que era inútil la resistencia y se prepararon a la retirada. Efectivamente, media hora después, un bombardero enemigo voló sobre sus cabezas, arrojándoles bombas, dirigiéndose en seguida a bombardear Chacras. Casi al mismo tiempo, miles de peruanos asomaron nuevamente en el frente. Sus morteros, bombas de mano, artillería y fusiles reiniciaron el ataque. Cada ecuatoriano tenía que batirse por lo menos contra cien adversarios. Con todo resistieron, luego de causar más bajas a los usurpadores, retrocedieron lentamente, cuando el crepúsculo de la tarde enseñaba areboles rojos en el horizonte. Y cuando entrada la noche, los heroicos soldados del Carchi guiados por el Guarda de Aduanas de Balsalito, atravesaron los montes y se dirigieron a Arenillas, mientras una inmensa llamarada indicaba que Chacras había sido incendiada por los invasores.

Y así los soldados de mi Patria, defendieron de pedazo en pedazo el suelo ecuatoriano, presentando al enemigo nada más que sus pechos pletóricos de patriotismo.

Hojas del diario de un soldado ecuatoriano

"G U I L L E R M I N A"

El sol mañanero daba de lleno en un corredor pintado de blanco. Cerca del pasamano de vetustos palos, en unas macetas vidriadas hechas en Cotacollao, crecían con frescura multicolores geranios. En el fondo, habían tres cuartos habitaciones arregladas modestamente. En uno de ellos, una muchacha de mejillas rosadas y atraentes ojos negros, amarrada la cabeza con una toalla celeste, preparaba sobre una hornilla de ladrillo un apetitoso bocado. Cerca de la muchacha, otra más joven, pelaba en una batea llena de agua algunas docenas de papas gruesas.

Acabaste, María? preguntó la de los ojos negros.

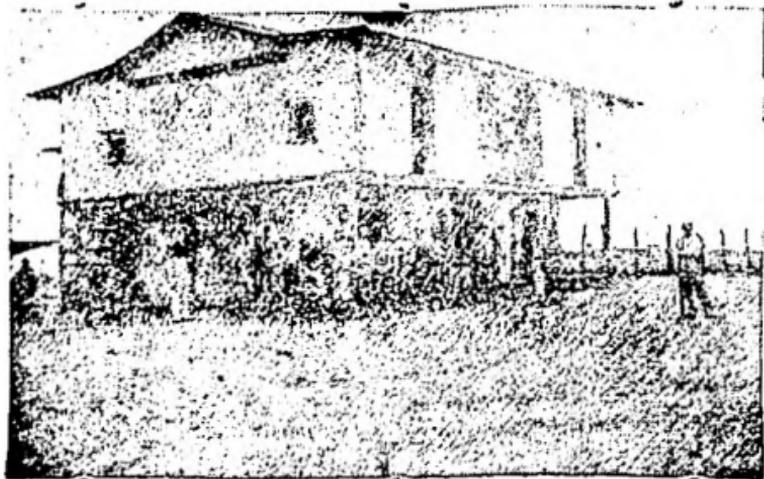
Me falta unas poquitas no más, contestó María.

Fijaraste que las papas no estén con pedazos de cáscara, advirtió la primera. Ya sabís lo fregado que es el Alfonso.

¿Que la Matilde? Como si fuera la primera vez que estoy pelando, replicó la María, restregándose los ojos por un poco de humo que le molestaba. Y separó las papas para los llapingachos? continuó la misma.

Si hija; ya sabís que el Alfonso, los domingos no perdona los llapingachos ni los aguacates, siguió la Matilde. Y apuráte, porque ya mismo viene del futbol con una hambre de diez.

Era en un hogar pobre de un barrio quiteño, situado donde



Cuartel de Chacras antes de la invasión.

las calles todavía son empedradas. Matilde, la de los ojos chispeantes, era la mujercita de Alfonso, hombre del pueblo que ocupaba su tiempo en una oficina del Estado. María, la morena apacible y buena, vivía con su tía Matilde como su sobrina predilecta, y le ayudaba en la cocina a su regreso del taller donde aprendía costura. Al calor de un cariño sincero y apasionado, generalmente natural en nuestra gente modesta, se había formado ese hogar sencillo, en cuyo seno empezaban a sentirse destellos de felicidad, a través de la ruda lucha por la vida.

Las muchachas siguieron afanosas en la cocina. Ya metían leña de eucalipto en la hornilla; ya agitaban el aventador de totora; ya probaban la sal y sazonaban el ají de queso o lavaban las lechugas frescas, o guisaban un pedazo sabroso de carne alta. Hasta que un humillo provocador que salía de una sartén colocada sobre el fogón, anunció que el almuerzo del domingo estaba listo para servirse.

Bueno, ya está el almuerzo, dijo la Matilde. Ahora cuándo vendrá el Alfonso?

Ya se sabe a la hora que viene los domingos, repuso la María. A la una o dos de la tarde. Mientras no dan la última patada los

futbolistas, ni para qué reclamarle! adujo la misma.

Me muero, si el indio tiene pasión por el futbol. Yo no sé qué tanto de bueno encontrará en lo que están pateando y pateando la pelota! replicó la Matilde, ajustándose la toalla en la cabeza.

Cosas de los hombres, tía Matilde, explicó la María.

Bueno, ahora andá tendé la mesa con el mantel nuevo. Cojé las flores que trajiste del parque, ponéles en un vaso y ya está, continuó la Matilde.

Bueno, contestó la sobrina dirigiéndose al cuarto siguiente al de la cocina.

Tía Matilde! lloró la María, extendiendo sobre una mesa un mantel blanco, planchado apenas la víspera.

Qué hay? contestó la Matilde, limpiando varios platos de hierro enlozado.

Sabe qué hora es?

Será la una!

Falta poquito para las dos!

Entonces ya mismo está aquí! Apuráte porque si no nos friega el molesto ese!

En la puerta de calle, unas vecinas no se movían viendo la gente que transitaba. Unos muchachos pasaban riéndose y comentando con entusiasmo las incidencias del partido de futbol. En la tienda de cerca, la vecina Lucila apuraba echando fuego y manteca al caucara y a las tortillas de papa, que se tostaban sobre una hoja de lata negrusca. Los curiosos de los deportes iban a sus casas apresurados, en busca de sosiego para sus estómagos; y un hombre de vestido claro, se paró en la puerta de calle limpiándose con un pañuelo a cuadros el sudor de la frente.

Ya viene compadre Alfonsito? le preguntó la vecina Lucila.

Ya, comadrita, contestó el aludido.

Y quién ganó en el futbol?

Los del Gimnástico comadrita. Les ganaron a los del "Titán". Qué juego más macanudo! exclamó el Alfonso.

Y recién va a almorzar?

Si, recién, comadrita. Bueno, me dispensa un ratiro, no?

Siga no más compadrito, contestó la vecina, y el hombre entró a la casa. Subió por unas gradas hasta el segundo piso, donde la Matilde y la María le esperaban alegremente.

Casi se enfria la comida tanto esperartel le dijo la Matilde en tono amable y cariñoso.

Es que no se acababa pronto el juego, le contestó el marido sacándose el sombrero. Si hubieras visto, qué rico encuentro!

Caminá, caminá que ya está puesta la mesa, indicó la Matilde.

¿Hicieron los llapingachos? preguntó el Alfonso tirando una silla para sentarse.

Sí, y unos sabrosos, contestó la mujer sonriéndose. Y también hicimos otra cosa rica. Esperá un ratito!

Y después de un momento, los tres de familia comían de sendos platos de llapingachos, con abundantes rajadas de aguacates de cáscara negra, lechugas frescas con rodellitas de cebolla palteña, mientras en el centro de la mesa, excitaba el apetito un panzudo frasco de aji molido mezclado con chochos. El potaje criollo estaba tan bien preparado, que hacía continuamente tragar la saliva e insinuaba coger pronto la cuchara y los cubiertos para servirse.

Te has lucido mi negra! exclamó el marido contento.

Decile a la María, porque ella hizo, indicó la Matilde con un gracioso dengue.

Entonces se han lucido! replicó Alfonso echando cuchilladas a las lechugas.

Estás con la cara colorada, murmuró la mujer.

Es por el sol que estaba fuerte, explicó el hombre.

Hubo bastante gente? preguntó la María.

Bastante, porque era el mejor partido del campeonato, contestó el Alfonso.

Y bueno, qué dicen de la guerra con los peruanos? siguió la Matilde.

Dicen que los nuestros están portándose como valientes, pero que son poquitos, apenas mil doscientos, y que los peruanos tienen más de quince mil hombres, explicó el Alfonso.

Uh! Entonces los nuestros no tienen casi nada! exclamó la Matilde asombrada, dejando un momento de comer.

Es que nosotros no nos hemos preparado para la guerra, continuó el marido.

Pero mal hecho, replicó la esposa.

Lo que pasa es que nosotros siempre hemos confiado en los títulos de propiedad que tenemos. Y los peruanos se vieron per-



El Guabo antes de la Invasión peruana.

didos y han acudido a la fuerza. Es el recurso de todos los que no tienen derecho, prosiguió el hombre con seriedad.

Y ahora, qué haremos nosotros? dijo la esposa.

Ahora? Tenemos que seguir manteniendo la fe viva de que al fin triunfaremos, y los hombres prepararnos para cualquier evento desfavorable. Seguiremos confiando en que América respaldará al débil y hará respetar el Derecho y la Justicia. Eso es todo, contestó el Alfonso, cogiendo una servilleta y limpiándose los labios.

Pero, yo no te entiendo bien, eso de que los otros países van a intervenir por nosotros. Lo que sé es que necesitamos armas. Y ahora eso quién nos dá?

El patriotismo, hija mía, susurró el hombre. Y lo demás Dios proveerá.

Qué cosas! siguió la Matilde sin alcanzar a comprender todas las palabras de su marido.

Lo que hay es que por el momento, los que hicimos el servicio militar, tenemos que prestar en seguida nuestro contingente. Y yo, ya ofrecí enrolarme...

Qué dices? preguntó la Matilde algo preocupada.

No te alteres, hijal, solicitó el marido. Lo que te pregunto es si quieres a tu Patria?

Claro que sí! repuso la mujer.

Y quisieras que nuestros hermanos de las provincias del sur y nosotros mismos vivamos de esclavos?

Eso jamás!

Y quisieras que nuestra Patria se vea humillada?

Peor todavía!

Entonces, los hombres tenemos que ir a defender nuestras fronteras, concluyó friamente el Alfonso.

Pero, nosotros cómo quedamos? Eso no puede ser, replicó la mujer disponiéndose a servir el segundo plato.

Y quisieras que me llamen cobarde, sin Patria?

Qué hacienda! Eso nunca!

Y te gustaría ser la madre de unos hijos de un padre valiente, que haya luchado como verdadero ecuatoriano?

Claro, que eso sí quisiera!

Entonces tengo que ir a la frontera, asintió el hombre sonriéndose apenas.

Pero esto sería triste para nosotros!

Si así, es negrita; pero cuando la Patria está en peligro, hay que defenderla. No hay más!

Ahí sí. Ya comprendo, repuso la Matilde cruzando los brazos y quedándose quieta, como concentrándose en sí misma. Tienes que ir a la frontera... añadió lanzando un suspiro.

Y ahora, quién nos va a dar para nada? preguntó la María poniendo una mano en la mejilla.

De eso no se preocupen, porque yo arreglaré para que entreguen mis quinenas a Matilde, explicó el Alfonso.

Bueno, de eso no me preocupo porque además yo trabajaré. Tengo mi máquina para coser, y ella me dará siquiera para lo indispensable, repuso la Matilde.

Lo que quiero es que mi mujercita sea toda una ecuatoriana. Que se porte valiente, y que diga: primero es la Patria! Y que lo mismo haga su sobrina, añadió el marido.

Procuraremos hacer así, respondió la mujer en tono triste.

No es que procuraremos, sino que debes decir, así haremos, continuó el marido.

Y cuándo dicen que van a salir? preguntó la Matilde.

Después de tres días, contestó el hombre.



El Guabo destruido por los peruanos.

Y si te hieren? siguió la mujer.

No pasará nada, respondió él con seguridad.

Andá María, ve si el chocolate está listo, dispuso la Matilde.

Y cuando la sobrina salió, la mujer bajando la voz, preguntó:
Y si estando vos allá nace nuestro hijito?

No tengas cuidado de esto, porque ya le tengo hablado al Dr. Rogelio. Y además vendrá tu mamá y todos los de tu casa te cuidarán.

Y después el bautismo? murmuró la mujer.

También le hablé ya a Don Julio, y él será el padrino.

Pero él querrá? Yo no sé si...

No te preocupes hijal Te digo que ya le hablé y me dijo que encantado aceptaba. El es muy bueno, y espera sólo que le avises el día del bautizo y nada más.

De veras?

Si, de veras.

Y después, qué nombre le pondremos?

Caramba! Pero vos ya estés en el bautizo, y el guagua todavía no nace, repuso el marido riendo.

Es que vos sabes que mi ilusión es mi hijito, y quiero saber todo lo que es de él, dijo la Matilde sonrojándose notoriamente.

Entonces, le pondrás un nombre que te diré cuando me avises que ya ha nacido.

Y cómo te aviso?

Con la dirección que te dejaré y por telégrafo.

Ah! Bueno. Pero... pero... no pudieras mejor irte después?

Pero mujercita! Ya vuelves con tus celos. No dijiste que que ya estabas conforme?

Si, pero... la guerra es peligrosa Alfonso. Y yo no sé si...

Qué mujer! Ya verás que no me pasa nada!

Y en tanto la conversación seguía íntima entre los dos, se oyó en la cocina el ruido del molinillo en la chocolatera. La mujer pareció convencerse de lo que le decía su marido, pero siempre demostraba una marcada preocupación.

• Ya está María? preguntó al fin la Matilde en alta voz.

Ya estoy poniendo en las tazas! contestó la María desde la cocina. Y dónde dejó el queso? continuó la muchacha.

Y mientras en el hogar de Alfonso, se discutía amorosamente de su partida a la frontera, afuera en el cuartel, se hacían los preparativos para la salida del próximo contingente, que ansiaba defender el suelo donde siempre se alzó airosa la bandera ecuatoriana.

EN EL FRENTE

Hablan árboles por todas partes. Las ramas cruzadas daban una semiobscuridad al suelo. Por un resquicio olvidado entre el follaje, se divisaba un cielo cuajado de nubes negras. De vez en cuando sonaba fracundo el trueno, dejando un eco seco que repercutía a distancia. La lluvia caía copiosamente, como tratando de inundar todo. No se sentía frío, sino un calor pesado. Junto a un grupo de viejos celcos, se levantaba un chozón con paredes de guadua y techo de caña y de hojas de palmera. Adentro, los soldados de un pelotón del Batallón "Cayambe", estaban sentados sobre improvisadas camas. Unos jugaban a la baraja; otros fumaban o conversaban de diversos asuntos, y un soldado, apoyado sobre un tronco, estaba abstraído escribiendo en un cuadernillo. Era el Alfonso, el marido de la Matilde. Urgido por su deber cívico que lo sentía muy adentro, había vencido to-

das las dificultades de familia, para alistarse como en otra vez que fue soldado.

Qué, no venis mismo? le preguntó un Cabo.

Esperá que ya acabo, respondió el Alfonso.

Que tal, vos sólo escribiendo querís estar! continuó el Cabo.

Es que si zafo de ésta, quiero llevar recuerdos de estas tierras, y voy apuntando todo lo que me pasa, explicó el Alfonso.

Esa es una buena idea parserol Yo también hubiera querido hacer lo mismo; pero ya vis vos que me falta la letra, y ni yo mismo entiendo después, repuso el Cabo encendiendo un cigarrillo.

Y cierto no! Y bueno mi Cabo Iza, desde cuándo es Ud. soldado?

Bueno, primero, no me digas usted. Tratáme como todos nos tratamos aquí. Qué vamos a estar entre viejos soldados con usted, usted! Decime de vos, y se acabó! replicó el Cabo con seriedad.

Muy bien mi Cabo. Te preguntaba desde cuándo sols soldado?

Eso es; así cholito! Esa es la formal! Pues yo ando de soldado desde que era mocoso. Mi taita también era soldado, y como casi lo más estaba yo en el cuartel, me aficioné a la carrera y me quedé hasta la presente. Por eso es que casi no conozco las letras; pero decime del fusil, te indico todas las partes, o sino, invitáme para ir al combate, y yo me voy como a una farral indicó el Cabo Iza.

Y has tenido algunos combates? prosiguió el Alfonso.

Algunos? Uhl! Si yo fui soldado desde 1910 con mi General Alfaro. He andado como la pelota diay acá. Pelea por acá, pelea por allá, aquí mismo he tumbado no sé cuántos peruanos. Me he metido en lo más fregado de los combates, y apenas he tenido algunos rasponcitos. Por lo demás, ya vis que todavía estoy aquí con los pantalones bien puestos!

Qué rico mi Cabo! exclamó el Alfonso. Y bueno, hasta cuándo vamos a estar aquí?

Aura mismo era de irnos a Huaquillas; pero este aguacero parece que impidió que saliéramos, dijo el Cabo.

Entonces vamos a la parte más fregada de la frontera? preguntó el Alfonso.

Si, por allí están los peruanos con ganas de chamusca, y no está muy lejos de aquí, indicó el Cabo.

Así me supuse, porque ayer oí unos cañonazos del lado enemigo.

Y bueno, pegáme una lecturita de lo que estás escribiendo.

No tiene importancia para vos mi querido Cabo. No son más que apuntitos para mandar a mi casa.

Entonces, caminá juguemos una mesita a la caída.

Bueno, bueno. Y qué apostamos?

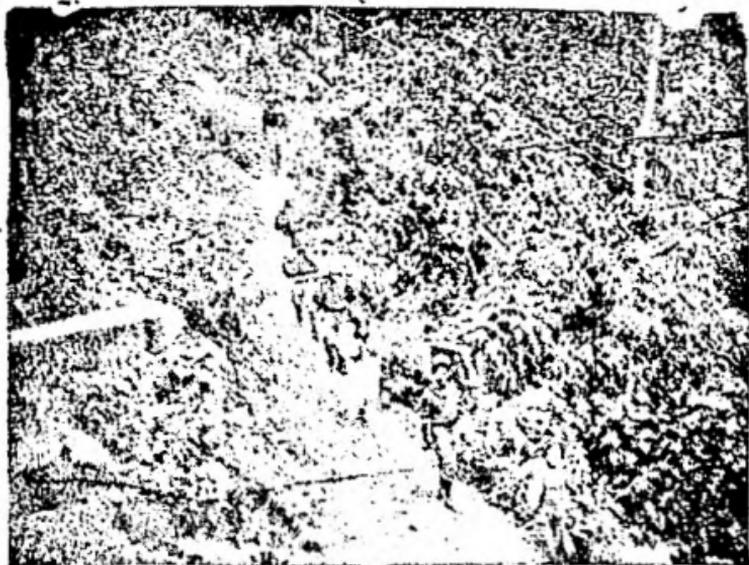
Lo que dá la tierra cholito. Apostemos un tabaquito en cada mesa.

Y en tanto la lluvia según afuera con tenacidad, adentro el Alfonso y el Cabo Iza, como los demás soldados del pelotón, continuaron en sus sencillos entretenimientos, esperando la orden para batirse con los usurpadores.

HOJAS DEL DIARIO

Las lluvias cesaron y la orden de partir a la línea de Huaquilas fue impartida. Alfonso con los otros soldados de su Compañía, abandonaron su ranchito montañoso para situarse frente al invasor. Hubieron noches de vigilia, movilizaciones rápidas, días borascosos, combates de horas enteras; pero Alfonso, pensando constantemente en su hogar de Quito, diariamente hacía sus anotaciones recordatorias. Unas veces sobre la culata de su fusil, otras apoyándose en un tronco, o en el suelo duro, o en el refugio entre los árboles del monte, la página de su diario era siempre llenada después de cada jornada. No eran páginas de un libretín confeccionado con lujo; eran sólo humildes hojas de papel ordinario, cosidas con unas cuantas puntadas de hilo blanco; hojas amarillentas que conservaban huellas digitales de manos sudorosas, gotas de agua y de sudor evaporadas en el transcurso de las fatigas; manchas de lodo y de pólvora y hasta de sangre. Eran páginas con señales y coloridos diferentes, como los recuerdos que se anotaron en ellas. Esto es lo que decían algunos de esos apuntes:

Día 22 de junio (1941). Las siete de la noche. Escribo en la cocina que queda a tres kilómetros del frente. Vine a llevar la comida para mi escuadra, y mientras el cocinero llena las marmitas, yo apunto sobre el papel. Hoy día pasamos sin mayor



Cruzando por la fangosa montaña sufrieron inmensamente los evacuados de El Oro.

novedad, salvo los preparativos que los peruanos hacen sin descanso. Está bien claro que se alistan para atacarnos. Para mí un solo incidente lamento bastante, y es la pérdida de 18 páginas de mi diario. Sucedió así: me tocó ir al río que está cerca de las trincheras peruanas. Me agaché lo que más pude para que no me viera el enemigo. Me escondí entre los matorrales y arbustos, y al fin llegué a la orilla. Llené la lata de agua y me disponía a regresar, contentándome de que no me habla pasado nada. El contento me hizo olvidar el peligro y me alcé demás. Un tiro pasó cortando una rama que estaba apenas a un metro sobre mi cabeza. Los peruanos me habían visto. Me agaché tan rápido que resbalé bruscamente, de modo que mis papeles y cincuenta centavos que tenía en el bolsillo de la camisa cayeron al río y se perdieron. Lo siento por mis apuntes! Pero llegué donde estaban mis camaradas con la lata llena de agua, y todos bebieron hasta apagar la sed. — El cocinero me brinda unas papas con cáscara y un pedacito de queso. El bocado está

sabroso, tanto que me parece que no he comido otro igual. Y es que en compañía los alimentos se hacen más ricos, por más pobres que sean. Y en tanto pelo con los dedos las papas con una rapidez asombrosa, echo una mirada a mi hogar de Quito. Pobre mi negra! Por lo menos ella tendrá su meriendita completa. Que Dios lo proteja!

El cocinero me entrega las marmitas llenas de morocho con sal y una bolsa de papas como las que me brindó. La comida no está mala, y ya me supongo qué bien la recibirán mis camaradas. El Cabo Iza seguramente se empinará su marmita en un santiamén, y exclamará complacido: Esa es la forma! Es su frase predilecta, para manifestar que las cosas están bien hechas. Hasta mañana parsero, le digo al cocinero estrechando fuertemente su mano.

Hasta mañana, me contesta el camarada. Procurarás venir lo más demañana para aumentarte la ración, y por sí después reventen los de allá enfrente!

Gracias parsero, le contesto; luego cojo las tres marmitas de comida y la bolsa de papas cocinadas con cáscara, salgo de la casuchita que sirve de cocina, y a través de la obscuridad de la noche, busco un sendero que me llevará al lugar donde mis compañeros están aguaitando al enemigo.

Julio 23. — Deben ser las seis de la tarde, y sólo mi propósito de escribir infaliblemente mi diario, me hace vencer el cansancio que siento. Ha transcurrido un día muy largo, que parece que me ha hecho vivir años. Día de temores y celos espirituales; jornada en la que mi ser racional, ha luchado desesperadamente con los ímpetus salvajes que me cercaban y que me vencieron. En otra época fui soldado, pero nunca llegué a matar a nadie; no anhelé jamás ese día, ni aún tratándose de enemigos, porque me repugnaba hasta la misma idea de que alguna vez llegaría a hacerlo; y esta reflexión me obligó a separarme del servicio. Pero es diferente ver caído a un compañero, bañado en su sangre, herido por las balas de los usurpadores. Es terrible sentir cómo intempestivamente uno se transforma en un ser que sólo palpa la rabia y la sed incontenible de venganza! Y esto es lo que me pasó en este día. Recopilo esos momentos en mi mente, y ahora que estoy calmado, yo mismo me entremezco, pero no me censuro. Mi escuadra estaba a unos trescientos metros más allá donde estoy escribiendo. Ocupaba el punto llamado

Puerto Cayambe, sector de Huaquillas. Desde las diez de la mañana los peruanos empezaron a dispararnos. Yo me situé frente a un gran árbol de ceibo, y con mi yatagán cavaba desesperadamente un hueco para protegerme. Se arrastró entonces donde mí el Cabo Iza y me dijo: Pero qué estás haciendo! Así te puedes pegar facilito! Ponéte en seguida atrás del árbol! Y de ahí sí, dales sin miedo! Yo le obedecí sin titubear y me puse en posición de hacer fuego. Esa es la forma! me repitió el Cabo. Ahora, a ver si tumbais a ese que está con el pañuelo colorado en el pescuezo, continuó indicándome a un peruano que nos disparaba. Yo cargué el fusil, pero francamente vacilé al disparar. Aún me resistía a matar. El Cabo se dió cuenta y me advirtió: Yo sé lo que es la primera vez, pero esperate cuando empiece lo más fuerte! Ya mismo toco la corneta y nos vamos adentro de una vez! Estoy esperando que me ordene mi Sargento Mera! Y luego se le escapó mil maldiciones y yo quedé mirándole por un instante la calma extraordinaria con que descerrajaba tiro tras tiro matando a los invasores. Ya mismo empieza lo bueno! exclamó de nuevo el Cabo, prepárate parsero! Las balas pasaban como nubes de mosquitos sobre mi cabeza. Cerca de mí, había un grupo de cactus robustos, que en menos de diez minutos quedaron en tierra hecho pedazos. Tal era la forma cómo nos echaban plomo los peruanos. Todavía no sentía ganas de pelear y mis disparos seguramente no hicieron blanco. De pronto, levantóse el Sargento Mera y ordenó: Avanzar muchachos! Salí de mi hueco detrás del ceibo y adelanté unos pocos pasos. La bravura y la sangre fría de mis compañeros me iban contagiando poco a poco. Los peruanos disparaban como locos, y me admiraba que con ese fuego nutrido no acertaran en el bulto. Me disponía a dirigir mi fusil a un invasor que me apuntaba ostensiblemente, cuando a tres metros de mí, el soldado José Guayta, dió una vuelta brusca y se retorció agarrándose el costado izquierdo. Ay! Mi Cabo! exclamó. Ya me hirieron esos m...al-ditos! El Cabo Iza sin perder un instante, cargó al herido y corrió ocultándose detrás de los cactus y de los algarrobos. Vi entonces la sangre que mi camarada había dejado en el suelo, y sentí que la rabia se opoderó de mí. No aguardé más, y al primero que lo derribé fue al que trataba de rematarme. Después, procuraba apuntar bien, de modo que cada vez que mataba, me causaba una satisfacción salvaje que nunca había sentido. Al cabo



Una vista de Pasaje con los efectos de las bombas de los aviones peruanos.

de unos minutos volvió el Cabo Iza. Tenía la cara roja, casi negra de coraje. El pobre guambra está perdiendo mucha sangre, dijo. Quien sabe que viva. Echó luego una furibunda mirada al campo enemigo, y embocando la corneta tocó "ataque". Fue como un grito que nos empujó con una fuerza increíble. De todos los rincones de nuestras líneas salieron mis compañeros con las bayonetas caladas y agachándose todo lo que era posible. Tres de nuestras ametralladoras funcionaron arrasando a los usurpadores. Estábamos pocos para hacer retroceder a una masa de enemigos. Con todo, iban cediendo terreno lentamente. Al suelo ordenó el Sargento Mera, y casi en seguida las ráfagas del invasor se cernieron a nuestro lado. De poco nos aciertan y nos tienden. Avanzamos haciendo zig zags sobre el suelo. Yo llegué hasta donde había un montón de muertos peruanos. Les miré apenas y seguí. De repente oigo un quejido desgarrador: no me mate! Le ruegol me dijo. Era un herido enemigo confundién-

dose entre los cadáveres. No temas, le contestó. Estás herido? Tengo rota la pierna, me contestó agitado. Me duele mucho.

Aguárdate, que termine esto para curarte, le respondí y seguí adelante. Cuatro horas duró el combate y al fin, el enemigo cedió. Los fuegos se calmaron, y al regresar a nuestras posiciones, me acordé del herido peruano y fui por él. Le encontré ya bastante débil. Saqué mi paquete sanitario y busqué la herida. Con el yatagán le rompí el pantalón kaki. Un cuágu



"Gullermina"

lo de sangre tapaba el hueso de una pierna destrozada. El herido apenas exhalaba algunas palabras, sin embargo pudimos entenderlos por unos minutos. Yo no quise pelear, me dijo. Son los jefes que nos trajeron y nos obligaron. Pero por qué nos matamos? continuó mientras de sus ojos lánguidos se le escaparon varias lágrimas. El cuadro me entristeció y procuré consolar al soldado adversario. Limpié con un poco de gaza su herida, y quise llevarlo a nuestra retaguardia hasta un puesto sanitario, pero cuando iba a echarlo a mis espaldas, el peruano había muerto. Le quité entonces el casco, cavé como pude un rectángulo de tierra y tapé su cadáver hasta ocultarlo de la vista. A pesar de luchar en campos opuestos, sentí pena por ese enemigo caído, y quedó gravitado en mi memoria su última frase: pero por qué nos matamos? Y me viene una contestación: Nos matamos porque todavía no se quiere comprender el dolor que se causa al destrozarse un hogar. Nos matamos porque sigue zigzagueando en América la ambición de conquista. Nos matamos porque aún no se conoce la paz y el respeto a los que tienen derecho los pueblos débiles. Y mientras el lema de este Continente, de Igualdad, Fraternidad y Legalidad no impere con vigor en todos sus dominios, continuará titilando en el suelo americano el fatídico interrogante: Por qué nos matamos?

Día 24. — Estoy a varios kilómetros del frente donde combatí ayer. Es un puesto sanitario. En toda la noche no dormí

ni media hora, porque los disparos rales no cesaron y temíamos un asalto del enemigo. Y en tanto la luz salida de las bocas de los fusiles hería la obscuridad, pensaba yo en mi hogar lejano y en lo hermoso que es defenderlo batiéndose en la frontera por la Patria. Comprendo que he cambiado en mis sentimientos. La vida de campaña transforma al soldado. Si en las líneas de retaguardia se experimenta algún recelo de matar porque repugna a la moral, frente a la injusticia de un usurpador desaparece ese sentimiento. Luchando en las fronteras es cuando se siente el verdadero amor a la Patria, y cualquier resago de temor se convierte en coraje, en valor, en temeridad. La única ambición es rivallzar en valentía y el único premio el triunfo. El fusil es la prenda más preciada, y se siente satisfacción echándose y confundiéndose con el suelo que nos legaron nuestros antepasados. Yo mismo que no soy un veterano en los combates, quiero regresar pronto al frente y abandonar el hospital. Maldigo la fiebre y este paludismo que aprietan mis energías. La culpa tiene ese bueno del Cabo Iza que vió que a cada momento me sacudían los frios, y supuso que me iba a matar sin resistencia, y fue a pedir a mi Mayor que me relevaran. Y aquí estoy quien sabe hasta cuándo. La calentura me vuelve con insistencia, pero el médico militar me atiende con empeño. En la visita de hace poco, me dijo que pronto podré volver al frente. Le contesté con sinceridad que ese era mi deseo. Cerca de mí, en este momento, acostado sobre una camita de campaña, hay otro camarada que lee un pequeño libro. Es un conscripto estudiante del Colegio Mejía. Son ya varios días que no he leído nada, y estoy resuelto a pedirle que me preste el folleto, si es que antes no sucede nada. Al terminar esta página de mi diario, oigo un terrible tiroteo y disparos de artillería. Son las siete de la noche más o menos. Voy a solicitar que se me permita ir donde mis compañeros de vanguardia...

Han pasado unos minutos que creí que la página de hoy estaría terminada; pero debo añadir unas frases más. Quise correr y armarme, pero estoy tan débil por la fiebre que caí y no pude más. El médico me dijo que no insista porque más bien estorbaría la defensa, porque tendrían que volverme. Esa es la verdad y tengo que conformarme. Voy pues a pedir el libro al estudiante, y probaré de leerlo hasta tener noticias de los que están adelante.



Esta es una gráfica histórica que demuestra claramente cuánto sufrieron los evacuados de El Oro. — Enfermos y desfallecientes por la sed y el hambre, iban llegando en tristes caravanas a las ciudades de Cuenca y Guayaquil.

Día 25. — Son las doce del día y estoy en Santa Rosa. Nos trajeron anoche a varios enfermos, y tampoco pude dormir por la movillazón. Hoy me apresuro a escribir mi diario, porque seguramente tendré que abandonar esta zona. A saltos pude por fin leer el folleto que me prestó el estudiante. Es la vida de San Guillermo. Me explicó que ese librito era obsequiado por el Párroco de Chacras, y que no me olvide de devolverle, porque lo consideraba un recuerdo preciado de su paso en la frontera. Se puede decir que a pesar de mi debilidad física, yo devoré sus páginas, porque aquí en campaña, lo mismo que de los alimentos, se tiene hambre de lectura cuando hay reposo. Y sucedió

una coincidencia hoy por la mañana. Cuando leí la vida de San Guillermo, el compañero estudiante vino donde yo estaba y me conversó brevemente lo que hizo en pleno combate un muchacho quiteño que también se llama Guillermo. El guambra es un tipazo, me dijo el estudiante soldado. No conoce el miedo y verás lo que hizo en el frente, continuó. Sería las diez de la mañana cuando conocí al guambra y en qué circunstancias. Tres días teníamos de no movernos de los puestos. Los alimentos eran escasos, y desde la víspera no habíamos probado bocado. A esa hora nos agarramos duramente con los peruanos. Yo sentía sueño y un sueño terrible que ni el mismo fragor del combate era capaz de disiparlo. Era algo extraordinario que me pasaba, y tenía temor de que me maten dormido. A un compañero le pedí que me diera un puntape para reaccionar. Así lo hizo, pero después de poco, el sueño me volvía y me atormentaba. Luchaba con dos enemigos: los peruanos y el sueño. Este sobre todo me desesperaba, cuando oí una voz femenina atrás: *Parsero! Parserito!* me dijo. Me agaché bien y regresé a ver. Era un muchachito de unos diez años más o menos que me llamaba. Echado detrás de un matorral, me hizo señas con la mano, añadiendo: venga un ratito no más! Me llamó la atención esa llamada insistente, y me arrastré los quince metros que me separaba de él. Qué quieres guambrito? le dije. Le traigo estas papitas, porque como desde ayer no han ido a llevar la comida, dije que han de estar con hambre.

Gracias guambrito, le contesté sorprendido del valor del muchacho. Pero no tienes miedo de que te lleguen las balas?

Eso no parsero, me contestó con aplomo. A lo menos desde que le mataron a mi papá, yo no siento nada.

La mataron a tu papá?

Sí, en Quebrada Seca.

De qué Batallón era?

Del Montecristí.

Y por qué te quedaste aquí?

Porque tampoco tengo mamita, y andaba con mi papá, pero cuando le mataron, un compadre de mi papá me dijo que espere para mandarme a Quito donde mi abuelita con una persona de confianza.

Y dónde está el compadre?

En el pelotón suyo.

Pero entonces debes aguardar que le relcven.

Sí, pero hasta mientras quiero ayudarles en algo.

Y dónde estás durmiendo?

Atrás con los de la cocina. Bueno apúrese parserito. Coja las papitas y esta cantimplora de agua, que quiero regresar a traer para otro.

Gracias guambrito, pero sabrás que siento un sueño del diablo, y no sé con qué quitarlo.

Sueño? Y con semejante bulla? Pero por qué no se duerme un poquito?

No puedo guambrito, hasta que termine esta refriega.

Las balas pasaban a pocos centímetros donde conversábamos, y el rapaz levantaba a cada rato los ojos, como queriendo ver a dónde iban; pero no demostraba inquietud.

Bueno, tome las papitas y esta cantimplora, siguió el guambrito. Y apúrese porque quiero regresar pronto.

Sabes guambrito?

Qué dice parsero.

Quiero algo que me quite este sueño que me mata.

Ahí eso no más? Espérese que voy a hacerle lo que mi mamá hacía conmigo, cuando le ayudaba a velar en las ventas en la plaza.

No dijo más, y en un instante destapó la cantimplora y me aventó el agua a la cara. La impresión del agua fría que recibí por sorpresa me transformó, y el sueño me dejó como un milagro. Me sentí ya con ánimo de pelear y tuve tanto contento, que cogí al guambrito y le abracé fuerte. Te agradezco guambrito, le dije. Me has hecho un gran favor. Y cómo te llamas?

Guillermo Rodríguez, para servir a Ud.

Gracias guambrito; pero ahora corrrete por los matorrales, y no te dejes ver.

Bueno, hasta luego, contestó el muchachito.

Comí apresurado dos papas, y regresé a mi puesto para seguir peleando; pero mi sorpresa fue grande cuando al cabo de



El Dr. Rogelio

un rato, oí nuevamente: Parserol Parseritol El guambra estaba otra vez allí.

Te dije que no vuelvas! le grité.

No es a Ud., sino al otro! me contestó el guambra enseñándome otra bolsita y otra cantimplora.

Te van a herir! le dije preocupado, porque en ese instante el combate arreciaba. Pero el guambra continuó llamando a mi compañero como si las balas hubieran sido flores. Seis veces fue el muchacho a nuestro puesto, y en las seis veces llevó la ración de comida a varios soldados, y para evitar que le maten, el Sargento de nuestra escuadra tuvo que mandar un soldado indicando a los de retaguardia que no le dejen que regrese. Es o no este muchacho un valiente, un legítimo ecuatoriano? concluyó mi amigo estudiante. Y te fijas esa coincidencia? Conoci al chuso que se llama Guillermo, y al otro día, el curita de Chacras, me regaló la vida también de San Guillermo. Y si no era por el guambra, talvez a esta hora ya hubiera estado bajo tierra. Te aseguro que si no fuera yo bautizado, gravaría este recuerdo haciendo que me pongan el nombre de Guillermo.

Realmente es una rara coincidencia, contesté al estudiante reflexionando en una idea que su conversación originó. Y sentados a la puerta de la pequeña sala donde estábamos, seguimos en la tertulia amistosa, hasta cuando un soldado llegó trayendo un parte, y la valija del correo.

Quién se llama Alfonso? preguntó.

Yo soy! contesté poniéndome de pie inmediatamente.

Tóme este telegrama que me encargan en el puesto del telégrafo.

Muchas gracias camarada, le repliqué, al mismo tiempo que sentí una sensación de placer, porque supuse que era de los de mi casita. Y así fue en efecto. Era de María, la sobrina de mi compañera. El telegrama tenía dos días de retraso y decía: Ayer nació la niña. Matilde bien. Qué nombre le ponemos? Saludámosle cariñosamente. María.

Tuve tanto gusto al recibir la noticia, que fui donde mi compañero estudiante y le di un abrazo tan fuerte que protestó.

Pero qué te pasas Espera que me vas a estropear! exclamó sorprendido.

Mira, le repuse dándole el telegrama.

El estudiante lo leyó y después de sonreír, replicó en tono de

un íntimo amigo: Con que estás de papacito? Tóma mis cinco marfiles y te felicito, me dijo, extendiéndome su mano con entusiasmo. Tienes razón de estar contento. Yo también tengo un carrredito por allá en el barrio de San Roque. Se trata asimismo de una chiquitina que es mi hijita. Es un encanto y el día que nació hice horrores para que no le falte nada. Vos sabes que soy un estudiante pobre y pelado como la pepa de aguacate, y ese día, te hablo la verdad, empeñé hasta mi abrigo; pero la chusita tuvo todo. Y así me doy modos para que empiece su vidita contenta. Ahora tiene dos años. Mi mamá ya le conoce, y da la vida por ella. La vieja me reprende cuando tratamos del asunto, porque me dice que me case, y que mientras no lo haga, no quiere conocer a la nieta, que desde luego es la primera y la única, porque también yo soy su único hijo; pero yo me hago el desentendido, porque sé muy bien que ella le da sus batitas de seda, sus zapatitos y todo lo que la guagua necesita. No ves que la vieja tiene su casita, y le cae alguna cosita de los arrienditos? Desde luego, no mucho, pero al menos para pasar la vida. Y volviendo a tu hijita, te repito mis parabienes cholo; pero creo que se trata de bautizarla, porque te piden el nombre que quieren que le pongan; cómo es eso?

Es que cuando vine a la frontera, les indiqué que así que nazca me avisen para darles el nombre de la criatura, porque la madre me dijo que le haría bautizar en seguida.

Ah, eso es? Y qué nombre piensas ponerle?

(Pues, desde que me contaste lo del guambrito Guillermo y de la coincidencia aquella del libro del curita de Chacras, nació en mí la idea de ponerle Guillermo o Guillermina, según lo que sea, porque de algún modo quiero guardar el recuerdo de esta campaña donde tantas cosas nos han pasado. Mi hijita pues, ha nacido precisamente en los momentos de la agresión más infame que hemos sufrido de nuestros seculares enemigos; de esta agresión en la que tiene que imponerse la justicia!

Te apruebo cholito lo que dices, y también lo del nombre de tu chiquita. Caramba! Sabrás que estoy acordándome de mi casa lo mismo que vos! Quisiera abrazar a mi vieja, y luego preguntarle por la nietita, y tantas cosas más...! Ay cholito! Así hay momentos en que nos acordamos de nuestros hogares, y nos ponemos sensibles como niños!



Miles y miles de nuestros hermanos de El Oro, llegaban a Guayaquil despojados de sus hogares por los invasores peruanos.

Parseros! Mi Mayor les llama en seguida! nos indicó entonces un soldado cuadrándose frente a nosotros.

A los dos? le pregunté.

Sí, a los dos, contestó.

Cerca de donde estábamos charlando, en un cuartito de bareque, despachaba el médico militar que tenía el grado de Mayor. Era un hombre con un gran corazón, y desde el día que llegué, le ví atender a los heridos y enfermos con un cariño verdaderamente paternal. Cada vez que nos curaba, refería los más bellos casos de heroísmo de nuestros camaradas en el frente, y añadía: Qué buenos hijos tiene el pueblo de nuestra Patria! Hay que tener paciencia, porque al fin triunfará nuestra causa. Eso es lo que le corresponde al Ecuador que tiene soldados así, valientes!

Vengan muchachos! nos dijo el médico militar cuando nos vió. Tengo orden de mandarles a Cuenca, para que de allí regresen a Quito a descansar.

Pero, no regresamos a la línea de combate? insinuamos mi compañero estudiante y yo.

El Oficial de Sanidad sonrió y explicó: Desgraciadamente ya no hay necesidad. Y... por otra parte, aunque el desco de ustedes es digno de todo aplauso, necesitan de una atención urgente para que recobren su salud, y eso sólo encontrarán en el hospital de Quito. Así es que, no hay más que preparar las maletas y que tengan buen viaje. Adiós muchachos!

EN LA ESTACION DE CHIMBACALLE

La noche está fría en Quito. La luz de unos cuantos focos alumbraba profundamente el andén principal de la Estación de Chimbacalle. Unos cuantos hombres metidos las manos en los bolsillos de sus abrigo, leían lentamente un anuncio de una pizarra que decía: "El tren llegará hoy a las 11 p. m."

Sobre el piso embaldosado, sonaban sin descanso los tacos de los que esperaban paseando de un lado a otro para no enfriarse. Unos muchachos mal vestidos bromeaban y se reían a carenjadas, mientras fumaban un cigarrillo por turno. Habían hombres con las bufandas hasta las narices, y algunas mujeres arrebosadas en sus pañolones y challinas de lana, seguían con la mirada los rieles del sur. Cada vez que los buses de la línea Carolina-Alfaro llegaban a la estación, la gente iba aumentándose en los



Muchos ciudadanos de El Oro llegaban a Guayaquil ya imposibilitados para caminar por su penoso y largo éxodo a través de las montañas.

andenes, y comentaban la bizarría de sus parientes o amigos soldados que debían llegar de la frontera en el tren de esa noche. En tanto allí cerca, en una fonda que se llama "Rancho Chico", una radiola echaba al aire sus tonadas criollas. Los minutos pasaban como con lentitud, y no había esperanza de que el pito de la locomotora anuncie la llegada del convoy esperado. Las nueve, las diez, las once de la noche iba marcando con angustiosa pausa el reloj de pared de la fonda. Eran horas largas que traían oleadas de frío, y que agotaban los temas de las conversaciones y los cigarrillos. De pronto se oyó a lo lejos el traqueteo del tren. La gente se desesperó en un instante como empujada por címbros, y se arremolinó en el ardén principal. Ya ¡vienen! Ya vienen! repitieron todos; pero transcurrió un momento y un cuarto de hora, y el traqueteo se desvaneció. Al fin viene o no viene el tren? murmuró un hombre alargando el cuello sobre una rosca formada por una gruesa bufanda. Pero señor que vá a venir! Si los soldados ya están pasando en los Diessel del Ejército! indicó un muchacho metiéndose las orejas en una gorra estrojada.

Y por qué no ha llegado a la Estación? preguntó el hombre.

Porque han venido algunos heridos y han desembarcado más arriba, para que no se les moleste. No vé que hay algunos que hubieran querido hasta tocarles? continuó el muchacho metiendo las manos con desfachatez en los bolsillos del pantalón.

Entonces qué hacemos? preguntó el hombre decepcionado.

Lo que es yo, voy al Rancho Chico a tomarme un cafecito, susurró el muchacho.

Yo también te acompaño guambra, y te voy a costear por la noticia.

Gracias señorcito. Y a su hijito suyo viene a recibir?

Qué vá guambra! Si soy soltero! Vine sólo por ver si venía un sobrino hijo de una hermana mía; pero ya han pasado. Y qué vamos a hacer. Achachay qué frío! Caminá guambra, vamos pronto.

Gracias mi jefecito. Achachay qué friooooóó!

AIRE DE UN BARRIO QUITENO

La ciudad de Quito había despertado con alegría. El sol de verano inundaba de luz todos los barrios. Las campanas de la

Basílica apresuradas llamaban a misa de ocho, y por una calle cercana de indígenas arriaban unos cuantos burros cargados de carrizos de Guailabamba. Lado! Ladoooo! gritaban los arrieros incitando a los animales para que no se detengan con su carga, y para que los transeúntes les den paso libre. En una puerta de calle las inquilinas hablaban sonrientes, en tanto dirigían con insistencia sus miradas al interior de la casa.

Que están pes conversando, preguntó una muchachona haciendo un desguén con los labios pintados de rojo, y teniendo en una mano una canasta repleta de compras.

Qué, no sabís? respondió otra jugueteando con la punta de su chalina otavaleña.

No hija; pero si aurita vengo de la plaza de las compras!

Sabrás que ha venido ya el señor Alfonso.

El que se fué a la frontera?

El mismito.

Pero no dijeron que estaba herido?

No hija, no está nada; sólo un poco amarillo no más. Yo le saludé y me dijo que estaba con paludismo. Si hubieras visto, el pobrecito me abrazó y me preguntó por mamita y mis hermanos...

Qué bueno que no le haya pasado nada. Cómo no quisiera que nos converse de los otros guambraes que también se fueron con él...

Eso sí aura es imposible. No vis que está encantado con la guagüita!

Adios cierto cierto! Ya tienen pes la hijlta, no? Adios cierto! Y estando él allá nació, no? Mamía la chusita!

La única que está con ellos es la Lucía de aquí de la tienda, y eso porque la hijita es ahijada del señor Alfonso.

Bueno, y a dónde se ha ido la Maruja y la señorita Matilde?

Pero hija! Ya se sabe pes que ha de estar con el marido! Menos le va a dejar a la guagua solita. Y la Maruja claro que está también juntos.

Y cómo desque se llama la guagua?

La guagua se llama Guillermina, y es un amor la negrita! Mamítica!

Bueno, me voy a hacer el almuerzo, porque ya mismo viene mamita de la plaza. Y ustedes también han de ir a cocinar, continuó la de la chalina.



Grupo de refugiados orensenses llegando en un vapor a Guayaquil.

Si pes hija! Siquiera vos tenís tu casa, mientras que yo tengo que cocinar para la vieja esa de mi patrona que no se contenta con ninguna sazón, y con tres sueres diarios que da, quiere que le den manjares! respondió la otra.

Bueno, bueno. Hasta luegoito!

Hasta luegoito, contestaron las demás, y cada una se fue a sus ocupaciones.

Chiquitinal! Peladital! Longuita! No saludas a tu papá? Si? Ah! Y te ríes? Ah, picarital! Era el soldado Alfonso que se tomaba besos y caricias a su tierno hijita. Y ella, parecía que comprendía el amor paterno y devolvía al soldado con una sonrisita que era toda una gracia. Pasados los primeros momentos de regocijo por la vuelta del jefe del hogar, las voces familiares se hicieron oír en aquella modesta habitación.

Sabes? Ayer desde que vimos en el periódico la noticia que ustedes venían, ya nos pusimos inquietas y nos preparamos a recibirte, indicó la Matilde a su marido.

Yo también, venía pensándoles en todo el camino. Sobre todo a mi chiquitina, contestó sonriéndose el Alfonso.

Ya desde las nueve de la noche, cada vez que oía pasos en el corredor, salía corriendo a ver pensando que eras vos. María con la comadre Lucila, también se fueron a encontrarte a la Estación; explicó la Matilde.

Ciertito! asintió la María. Le esperamos como qué! Vendrá el tren, vendrá el tren y nada!

A mi hasta los ojos me ardían tanto ver si venían, y nada, dijo la comadre Lucila.

Si pues, desembarcamos en Chiriaco, para evitar que los curiosos molesten en ese cansancio a los enfermos y sobre todo a los heridos, indicó el Alfonso.

Y Ud., qué tal ha venido? preguntó la Lucila por decir algo.

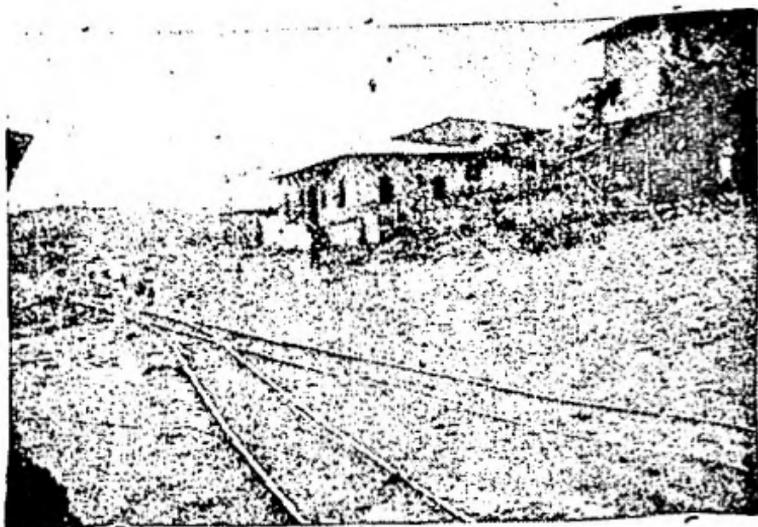
Ya lo ve comadrita. Con un poco de paludismo, pero por lo demás bien. Hemos cumplido nuestro deber de ecuatorianos; hemos ofrecido a nuestra Patria lo que teníamos que es nuestra vida. Los que vimos en las fronteras derramarse la sangre de nuestros hermanos, los que sentimos lo que es propiamente tener Patria, los que palpamos la sed de combate y el hambre de justicia, tenemos fe en que nuestra causa triunfará en un futuro grande para el Ecuador, porque de otra manera no se podrá mentar más el Derecho en este Continente. Y que esta guerra nos sirva de lección para enseñar a nuestros hijos, que uno de los deberes más sagrados de todo ciudadano consciente, es amar a la Patria con hechos y servirle con lealtad; cuidar de ella como se cuida a una madre cariñosa y tierna. Donde quiera que trabajemos, en el taller, en la oficina, en los campos agrícolas y en todas partes, debemos repetir como una oración cotidiana: Patria, Patria mía!

El único sobreviviente del pelotón

En la invasión peruana a nuestro territorio, ocurrida en julio de 1941, se confirmó una vez más el valor del soldado ecuatoriano, con la ejecución de hechos heroicos, cuyos detalles son todavía poco conocidos. Si el enemigo logró penetrar en nuestras provincias de El Oro, Loja y el Oriente, no fue luchando equilibradamente ni menos por falta de valentía de sus defensores, sino por otras circunstancias ajenas a su inquebrantable decisión de no permitirle el paso. Entre ellas se puede anotar ligeramente el escasísimo número de nuestros soldados en la frontera, y la inferioridad notoria de nuestros elementos bélicos frente, a un ejército grande en número y poderosamente armado. Pero nuestro objeto en esta vez, no es entrar en divagaciones que se encargarán de escribirlas con erudición los historiadores, y sólo queremos dedicar una humilde página más a los nuestros que lucharon con el fusil en la mano hasta el último instante, a los que ofrendaron su vida, que es lo más grande que puede dar a su Patria el hombre del pueblo.

• • •

El 25 de julio de 1941, las tropas peruanas provistas de aviación y armas de artillería e infantería, inclusive algunos tanques livianos, tenían cercado a un pequeño pelotón de quince soldados ecuatorianos del Batallón Carchi, que en un sector de Chacras habían seguido actuando desconectados del resto de sus compa-



ARENILLAS. — Vista del Casino de Oficiales.

ñeros. Para cubrir el extenso frente que tenían que defender, se habían regado de uno en uno en distancias más o menos largas, de manera que tenían que gritar para entenderse. En un punto del costado derecho de ese sector, el soldado Gerardo Carrión y otro de apellido Bravo, tendidos en el suelo, con la cara sucia por el polvo y el sudor, y pálidos por la fatiga y los rigores del clima, se habían hecho cargo de una ametralladora, y no cesaban de disparar descuidando su retaguardia, porque tenían la seguridad de que estaban cubiertos por los suyos; pero al declinar el día se vieron aislados, y con un pelotón reforzado de invasores cuyo comandante les intimó que se rindieran, si no querían perecer irremediablemente. Suelten las armas! les dijo, y griten Viva el Perú! Los dos ecuatorianos todavía muchachos, sintieron entonces que se les hería en lo más delicado de sus sentimientos patrios, y Carrión que era el mayor, temblando de coraje hizo un mueca de rabia y abrazando con su diestra fuertemente a su compañero, le dijo: Olste Bravo lo que nos dicen? Nos moriremos de una vez, hermano, pero les haremos callar si quiera a unos cuantos de esos bandidos!

Lo que vos digas! contestó resuelto el otro,

Prepará entonces las canastas hasta yo darles con mi fusil, replicó Carrión, fijando su mirada en más de 25 peruanos que se aproximaban lentamente disparando y dando gritos amenazantes para los dos valientes. Carrión apuntó bien y la ametralladora manejada con firmeza por sus manos, emitió ráfagas terribles que hicieron efectos desastrosos en el pelotón enemigo.

Están cayendo, indicó Carrión. Ayudáme ahora con tu fusil!

Bravo hizo lo que su compañero le ordenó, y los soldados invasores se detuvieron a la vista de sus muertos.

Ya no avanzan compañero! exclamó contento Carrión.

Y esos de atrás están retrocediendol indicó a su vez Bravo. Dáles más hermanito! Dáles!

Y la ametralladora ecuatoriana tableteaba regando plomo a su rededor. Habían transcurrido quince minutos aproximadamente de la resuelta actitud de Carrión y Bravo, cuando los que sobraaban del pelotón peruano, se retiraron en desorden, pero en ese mismo instante sonaron varios disparos a retaguardia, y las balas pasaron por encima de los dos ecuatorianos.

Nos están dando por la espalda, murmuró Carrión. Que será de nuestros compañeros que no nos ayudan?

Talvez se retiraron? indicó Bravo.

Pero entonces necesitamos refuerzos. Es imposible que hagamos nada los dos solos. Andá vos por el lado izquierdo donde mi Teniente Chiriboga, y decíle que nos manden siquiera unos cuatro hombres, pero pronto! Yo me quedo hasta mientras cuidando nuestro puesto, ordenó Carrión.

No puedo hermano, contestó Bravo haciendo un gesto de dolor. Tengo el tobillo volteado y no puedo andar. Andá vos y yo definiendo.

Bueno hermanol. Te dejo, pero en seguida vuelvo con los otros, susurró Carrión disimulando una lágrima que rodó por su raída blusa, quizá previendo que ya no se verían más. Apretó entonces entre sus manos la de su compañero, cogió su fusil, se levantó y rápidamente corrió por su izquierda y se perdió entre unos troncos de ceibo. Al cabo de media hora divisó detrás de un chaparro al Teniente Chiriboga que con dos clases y once soldados, contestaban el fuego insistente por ese lado. Carrión burló el peligro arrastrándose lo que más pudo, hasta llegar al

sitio donde el Teniente comandaba el pelotón. Mi Teniente exclamó fatigado Carrión. En el lado derecho necesitamos siquiera cuatro hombres!

Cuántos están allí? preguntó el Oficial, suspendiendo el manejo del cerrojo del fusil que disparaba.

Quedó solo el Bravo, mi Teniente.

Uno solo? Uf! Pobre guambral! Entonces a esta hora no hay que contarle.

Pero por qué mi Teniente?

Estamos rodeados. Así que colócate en seguida en la fila y contestemos siquiera hasta cuando podamos. Cuántos tiros tienes? continuó el Teniente.

Treinta mi Teniente.

El Oficial sonrió apenas, pero inmediatamente se puso serio, con sus cejas arrugadas y prosiguió: Bueno, terminemos pronto, y colócate en la fila! El soldado Carrión cumplió la orden, aumentando una boca de fuego más contra los invasores. Los ecuatorianos formando un semicírculo humano, hacían prodigios de valor; pero los enemigos acometían en número absolutamente superior y con una ostentación de armas, que era imposible que catorce hombres heroicos les sostengan por más tiempo sólo con sus fusiles. Sin embargo, no se amilanaron con la prepotencia del adversario y continuaron impertérritos en sus puestos. Pero cuando había pasado las cuatro de la tarde, los disparos de los ecuatorianos comenzaron a escasear, y el enemigo se ponía cada vez más cerca. Hay algún muerto? preguntó entonces el Teniente Chiriboga.

Ninguno mi Teniente, contestó un clase.

Y por qué no arecian el fuego?

Ya no, hay más cananas mi Teniente, replicó el clase.

Bueno pues, hemos cumplido con nuestro deber! concluyó el Oficial serenamente. Al poco rato, los ecuatorianos terminadas las municiones y con sus cuerpos exhaustos, fueron cogidos prisioneros por más de una compañía peruana, dirigida por un Comandante. Cojan a los monos y asegúrenles bien! ordenó el Oficial contrario. Y luego llamando a un clase le indicó: Ordene que avance un liviano! Transcurridos pocos minutos, un tanque de poco peso, asomó saltando por las pequeñas desigualdades de ese lugar. En ese instante un soldado prisionero susurró: Lo que he de morir en manos de esos, es mejor terminar yo mismo!

Y colocándose el cañón de su fusil en la quijada, se atravesó el cráneo y cayó muerto. Que se los fusiles dijo entonces el Comandante peruano, y mientras una ametralladora colocada en el tanque arrojaba en una sola dirección sus ráfagas, los ecuatorianos con el Teniente Chiriboga a la cabeza, fueron pasando uno por uno frente a ese fuego intermitente, dejando sus cuerpos sin vida como su última ofrenda a la Patria.

* * *

Estaba oscuro. La noche había llegado. Sólo los insectos del monte interrumpían el silencio. En la bóveda celeste brillaba la luna. En el suelo húmedo de sangre, había un montón de cadáveres mutilados por la metralla. Entre esos escombros humanos, se movió un soldado cautelosamente. Era Gerardo Carrión el único sobreviviente del pelotón del Batallón Carehi. Aprovechando el afán de los invasores de buscar más ecuatorianos en los chaparros, en un momento feliz en que nadie le vió, se arrastró con presteza por una zanja que había servido de trinchera, y con un movimiento veloz se confundió entre sus compañeros muertos. Y cuando no oyó nada y comprendió que los peruanos se habían alejado, salió a gatas del horrible escondite, se levantó y miró a sus compañeros exánimes, musitó una oración, buscó un fusil y algunas cananas, y se alejó de ese sitio. Paso a paso caminó más de una hora, escudriñando por todas partes. Al llegar a la orilla de un río, oyó voces altas. Puso atención y escuchó. Eran peruanos que comentaban su última jornada. Reflexionó entonces un momento y pensó que era imposible huir esa noche. Y acurrucándose al pie de un árbol, resolvió pasar allí hasta que amanecía.



Subteniente Hugo Ortiz que murió heroicamente en la defensa de nuestro Oriente.



EN EL HOSPITAL DE TALARA.— Sentados, de izquierda a derecha: Gerardo Carrión, ya amputado el brazo derecho y Napoleón Arregui que fué. atravesado los intestinos por una bala enemiga.

Al otro día, apenas la claridad hizo visible todo lo que había alrededor, el soldado Carrión escogió el árbol más alto y se trepó hasta el fin. Alcanzó a divisar las posiciones enemigas, percatándose de que estaba rodeado. Sin embargo trató de buscar algún punto por donde escapar. Empuñó su fusil y siguió su camino escondiéndose por todos los arbustos y ramas del trayecto; pero cuando parecía que iba a tener éxito, una voz gritó: Allí está un mono! Seguramente hay más! Hay que darles balal! Era un sargento que mandaba a un pelotón de invasores. El soldado Carrión se vió perdido! Con todo le vino la última idea; la de defenderse hasta morir! En ese instante, casi rozándole la blusa, pasó una descarga. El ecuatoriano rápidamente se echó al suelo y apuntó con su fusil. Hizo blanco en el clase que comandaba, después en otro. La pelea era ruda, y de una desigualdad por demás marcada. De repente, Carrión dejó inmóvil su brazo izquierdo, después el derecho. Ya no pudo disparar más. Estaba herido en ambos brazos. Se dió entonces una vuelta fingiendo que estaba muerto, y se arrastró por el monte. Los peruanos se engañaron y le dejaron. La sangre se le escapaba en abundancia al ecuatoriano, sobre todo del lado derecho. Con la mano izquierda, soportando el agudo dolor, rasgó un pedazo de su camisa, y ayudándose con los dientes se vendó como pudo. Vagó así todo el día por esa zona montañosa. El calor le asediaba, sentía hambre y la sed iba minando su vida. Sólo su juventud y vigor le hacían resistir. Cuatro largos días se pasó intentando inútilmente fugar. Pero estaba encerrado en un cerco de enemigos. Sintió ya que todo su organismo flaqueaba. Buscó agua, siquiera para humedecer su lengua seca. Sólo halló en algunas hojas las gotas diminutas que había dejado el rocío. Presa de una hambre terrible, tuvo que contentarse con un manojo de yerbas tiernas. Un letargamiento iba apoderándose de su cuerpo débil. A cada momento el sueño le incitaba a quedarse. Era una situación terriblemente desesperante, para el sobreviviente del pelotón del Carchi. Pero al fin, agotado por el desangre y el cansancio, con el brazo derecho amortiguado, con intensos dolores al estómago y una insupportable angustia mental, hecho ya casi un cadáver, el soldado Carrión tomó la dirección de Chacras que estaba a poca distancia, resuelto a soportar todo, inclusive la misma muerte. A pocos pasos de la población oyó gritos de "Viva el Perú", y "Abajo el Ecuador"! Y luego exclamaciones de contento y es-



EN LA CONCENTRACION DE PIURA. — En el centro, un grupo de prisioneros ecuatorianos, custodiados por Guardias Civiles peruanos (los que están con sombrero). Señalado con la cruz el soldado ecuatoriano Gerardo Carrlón.

írofas entrecortadas por el entusiasmo, comprendiendo que los peruanos se divertían. La ocasión era apropiada. Hizo un esfuerzo y avanzó un poco más. Llegó frente a una casa que estaba vacía. Entró al primer cuarto y ansioso buscó agua. Quiso seguir en la búsqueda; pero las fuerzas le abandonaron y desfalleciente cayó en un rincón. En ese instante un sargento y un soldado que pasaban le vieron. Inmediatamente sacaron las pistolas y penetraron a la casa. Alza los brazos! le ordenó el clase peruano. Carrión levantó entonces su cara macilenta y balbuceó: No puedo... estoy herido.

No tienes armas? volvió a preguntar el clase.

Imposible... Estoy desarmado... Pueden rematarme...! dijo Carrión enjugándose los labios con lo último de una saliva espumosa.

Ya no hay orden de fusilar, prosiguió el soldado enemigo.

Pueden darme un poco de agua? sugirió Carrión.

Te llevaremos a la enfermería, indicó el Sargento.

A poco rato, Carrión estuvo en la enfermería peruana instalada en Chacras. El médico le destapó las heridas de ambos brazos, le limpió con desinfectantes y examinando bien sus características, murmuró: Esto está un poco malo. Hay que llevarle al hospital de Tumbes. Aquí es imposible atenderle con lo que tenemos. Llamó después a un ordenanza, y le dió una orden reservada. A las cuatro de la tarde de ese día, un camión trasladó al ecuatoriano con otros heridos peruanos a Tumbes, a donde llegaron al cabo de una hora más o menos. Y cuando estaban ya ocupando sendas camas en la sala del hospital, una señora seguida de un séquito de asistentes entró y se interesó por todos los heridos. De dónde son estos heridos. Son de la zona de Chacras señora, le respondió. Y aquí hay un ecuatoriano.

Un ecuatoriano? Cuál es? replicó la señora.

Veámosle! murmuró la señora, haciendo señas a una señorita para que le siguiera. Y así como el ecuatoriano es valiente, también es hidalgo para reconocer gestos de bondad en el adversario. Eso sintió el soldado Carrión con aquellas damas que le curaron, le cambiaron de ropa y aliviaron sus dolores con solícitud. Y por qué no decir que ellas fueron la señora y la hija del Presidente del Perú?

No terminó con todo el viacrucis del muchacho del Batallón Carchí. El médico informó que la gangrena había empezado en

el brazo, y no se dió disposición que haga vislumbrar una esperanza de salvación. Pero afortunadamente, la señora hizo una visita extraordinaria a los heridos, Carrión concibió entonces una idea y se animó a verificarla. Cuando la señora estuvo frente a su cama, murmuró algo receloso: Señora, tengo gangrena en el brazo. Si pudiera ordenar que me lleven donde puedan operarme?

La señora solicitó detalles al médico y llamó luego a un oficial. Al poco rato, un avión conducía a Carrión a una clínica de Talara, dirigida por extranjeros. Allí le sometieron a un tratamiento especial y a los cuatro días le amputaron el brazo derecho. Más de tres meses estuvo convaleciente, siendo conducido después a la Concentración de Piura, donde estaban presos muchos ecuatorianos. Carrión sintió gran consuelo al volver a

ver a sus paisanos; mas quedó impresionado cuando conoció la forma cómo les hacían vivir. Descansaban sobre el ladrillo duro; las blusas o los sacos mugrientos y rotos servían de cobija y la comida no tenía nada de buena. A eso se agregaban los recuerdos de las familias que habían quedado en la Patria lejana, los quejidos de un muchacho Napoleón Arregui que tenía atravesados los intestinos por una bala, y tantos otros sentimientos que se habían despertado con la monotonía de la prisión, donde no faltaban algunos carceleros que preferían el papel de verdugos. Sin embargo, no debía prolongarse ese sufrimiento. Gestiones de nuestro Gobierno alcanzaron la devolución de los prisioneros, y un día feliz, en el Puerto de Paíta, a las dos de la tarde, un vapor chileno acogía solícitamente a más de doscientos ecuatorianos



Alferez de Fragata Víctor Naranjo Flallo, que comandaba el Aviso "Atahualpa" actuando heroicamente en Puerto Bolívar. Fué asesinado después en Alausí.

procedentes de los campos de concentración peruanos. El vapor puso fuego en sus calderas, y dirigido por la mano férrea de sus gentiles pilotos, enrumbó a las costas ecuatorianas, donde por fin los prisioneros aspiraron los aires de la libertad y las brisas suaves y cariñosas de la Patria.

* * *

En la calle Caldas de esta ciudad, hay una tienda con un letrero que dice: "Sastrería de Segundo Gabriel Carrión". En ese taller, un hombre con el pelo apenas encanecido, no descansa de tirar líneas y de cortar casimir; una señora de aspecto bondadoso que lleva casi la misma edad que el hombre, hilvana las mangas y los chalecos, y seguramente los recuerdos, mientras tres de sus hijos y una hija que son jóvenes, hacen también labores de su profesión de sastres. Hay solo uno que mira y mira cómo corre la tijera sobre las telas, o como la aguja va ensartando con hilo blanco los blandices y los pliegues de las obras. No hace nada, pero tiene la expresión más alegre y satisfecha. Hace bromas con su frase predilecta: No hay mejor cosa que servir a la Patria! No hace nada, y sin embargo la madre, le acaricia y le estrecha contra sus senos, como queriendo volverle niño otra vez, para arrullarle tiernamente como cuando estaba en la cuna. No hace nada, pero todos sus hermanos le admiran, y le festejan y le aplauden. Ese es el manco Gerardo Carrión, el único sobreviviente del pelotón heroico del Batallón Carchi.

Un Sargento del Batallón "Constitución"

BOCHINCHERO, ATREVIDO, VALIENTE CUANDO SOLDADO,
HOY ES PIADOSO Y EJEMPLAR HIJO DE SAN
FRANCISCO DE ASIS

Ja, ja ja!... Ja, ja, ja! Si sois un oro de guambra! Ja, ja, ja! Si parecéis una manzana de esas emillas de Ambato! Ja! ja! Ja!... Bueno; ya dejémonos de bromas. Ahora sí te hablo en serio mi negra, como si aurita me muriera. Yo te quiero. Ingenuamente con este corazónse de soldado, y lo único que quisiera es llevarte donde tanta cura para que seas mi mujercita, y nada más.

Andá! Como si no te conociera lo bandido que sois! respondió una muchacha guapísima, con unos ojos que echaban candela, unas mejillas de grana y una silueta en realidad escultural, que en una acaquía en las afueras de Riobamba, lavaba apresuradamente la ropa de su familia. Mientras cerca de ella, sentado sobre una chamba alta, un soldado puesto la gorra a un lado con gesto de pícaro, absorbía con sus miradas a la muchacha y le acribillaba a píropos.

Como si no te conociera! repuso otra vez la donosa. A cuantas mujeres habrás dicho lo mismo, y después te has burlado y les has dejado. Ay quitá, quitá!

No negritá! Atendéme! Cierito es lo que vos decís; pero yo me muero por vos! Créeme!

Caray no! A cualquiera otra segurito que le convencieras; pero a mí, está verdel

Pero ve negrita; ve Rosita linda! Te juro por estas tiras que llevo en mi guerrera que ahora sí es cierto. Estoy cansado de rodar por aquí y por allá en esta vida de soldado, y quisiera ya dejarme de chiquilladas y tener una mujercita propia, y cantarle yo eternamente mis ilusiones, y quererle con todo mi corazón, y formar un hogar feliz, y en fin...!

Callá molesto! Zalamero! contestó ella coquetonamente. Vos sois el mismo diablo. Andas burlándote y nada más. Y díay, si fuera cierto?

Pero ve Rosita de mi alma! Que querís que haga para probarte que es cierto? Si es posible te doy hasta mi misma vidal Yo no sé qué se te ha puesto en la cabeza, para que desconfíes de mí!

Es que los soldados son así pícaros, y mi mamita me dice que me culde, contestó ella un poco pensativa.

El Sargento se dió rápidamente cuenta de que sus palabras iban impresionando a la muchacha, y hábilmente prosiguió: Sí; tu mamita tiene razón. Pero, más es pura fama. Sino que los soldados tenemos que disipar las penas que sufrimos en la carrera, y bromeamos con todos y procuramos pasar contentos y nada más. Porque fijaraste mi negra; nos toca de guarnición en una ciudad, y ya estamos enseñados allí cuando el rato menos pensado, nuestros Jefes nos mandan supongamos al Oriente! y como soldados tenemos que obedecer, y en seguida cargar la mochilla y el fusil que es nuestra niña bonita, y mandarnos a cambiar y se acabó. Y así, un día dormimos en cama suave y llenamos bien la barriga; otro día pernoctamos sobre el suelo duro y mascamos lo que encontramos; con lluvia, con sol y con lo que nos venga, y cuando se ofrece dejamos hasta el pellejo; pero lo cierto es que siempre vamos adelante sin decir esta boca es mía, cumpliendo nuestro deber de guardianes de nuestra Patria. Te parece que esto es poco? Y después dicen que los soldados somos pícaros...! Para que te fijes Rosita que más es obra de las malas lenguas esa fama que nos dan de enamorados!

Y cierto es eso! exclamó la muchacha algo convencida.

Ele ya vís? siguió el Sargento. Yo por ejemplo, quisiera sólo pensar en vos y hacerte mi compañera para toda la vida. A donde quiera fuéramos juntos, mi rancho sería tuyo, y le escribiéramos a tu mamita, y le mandáramos nuestros recuerdos de todas partes, y así pasaríamos siempre contentos y felices; pero, ¡ay! Yo no sé que corazón tenís!

Callá ingrato! Ya quisieras el corazón mío!... Y bueno, y si te quisiera? insinuó la chiquilla.

Yo me muriera por vos, contestó el soldado.

Y no me dejarás?

Ni con la muerte.

Y no quisieras a nadie más que a mí?

Y a tu mamita.

Pero yo digo, no tendrías otra mujer?

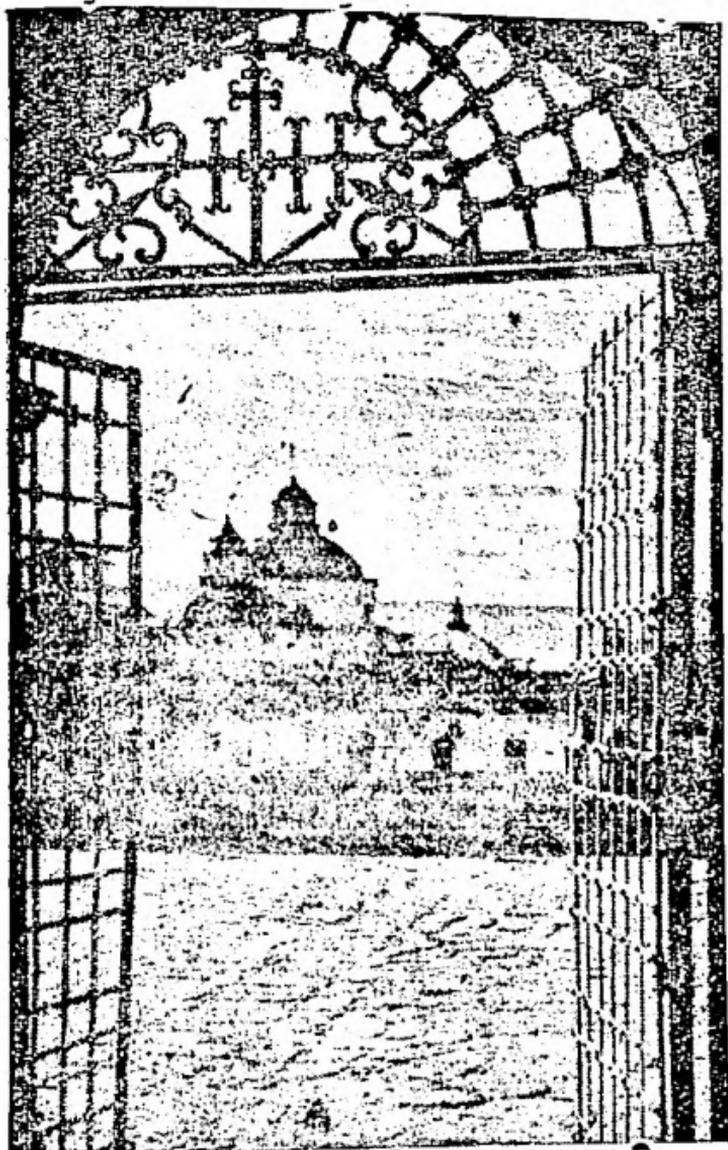
Eso sería tontera mi negra, te juro!

Si es así, ya es otra cosa, concluyó la muchacha dirigiendo al sargento una sonrisa de cariño. Y mientras enjuagaba la ropa contenta de la amorosa confesión, el soldado alternaba sus almiaradas frases con una que otra canción, conquistando hasta el último pedazo del corazón apasionado de la incauta.

Ese soldado que andaba doblegando voluntades e impresionando la ingenuidad de las muchachas pueblerinas, era el Sargento.... Caramba! Casi se nos escapa su nombre; pero es mejor que lo ocultemos por otro, porque el pícaro soldado de otros tiempos, es ahora un ejemplar hijo de la seráfica Orden de San Francisco de Asís, y su virtud se admira aún a través de los muros coloniales del convento de Quito, como lo veremos después. Llamémosle pues el Sargento Pedro, de elevada estatura, de músculos fuertes, de tez cobriza. Pertenecía al Batallón "Vargas Torres" que después se llamó "Constitución", en aquellos tiempos en que figuraban en el escalafón militar unos tantos gallos y perros con los grados de sargentos y cabos, haciéndose efectivo el pago de esas plazas supuestas. El Sargento nació en uno de los más populosos barrios de Quito, e ingresó al Ejército cuando todavía era muchacho, por esa natural tendencia que los hijos de nuestro pueblo tienen por la carrera de las armas. Este ingreso, tiene su parte anecdótica, pues sucedió así:

HACIENDO LA REVOLUCION

Tal vez por un anhelo de mejoramiento social, o por apasionamiento político o quizás porque se ha explotado ese espíritu de sana rebeldía bastante notorio en nuestro pueblo, añadiéndose el atractivo que el olor de la pólvora y la bulla del combate tienen para la gente moza, lo cierto es que nuestra historia está cruzada de revoluciones y de revolucionarios que un buen día abandonaron la tranquilidad del hogar, para lanzarse a todos los peligros de una campaña, haciendo que el país se desvíe de sus afanes progresistas, para poner atención en guerras intestinas q' en definitiva han agotado su fortaleza económica, dejándolo en situación bastante crítica. Pero de-



La portería de San Francisco de Quito, con su maravillosa puerta de hierro calado; al fondo las cúpulas de la Compañía de Jesús.

Jemos estas reflexiones que más bien causan pena, a los que ahora sentimos latir con ímpetu el ansia de restañar las heridas de nuestra Patria, para hacerla grande y llevarla al stial de prosperidad que su nobleza y su lealtad le dan derecho, y cojamos de la mano al Sargento de nuestro relato, para acompañarle en sus románticas aventuras.

Era en 1908, en tiempo del Gobierno del "Viejo Luchador", General Don Eloy Alfaro. Un Coronel del Ejército, acompañado entre otros de dos inteligentes jóvenes de apellido Del Hierro, empeñados en derrocar al Régimen se movían cautelosamente por los pueblos y rincones de Quito, buscando gente que les ayude a esa peligrosa empresa. Eran frecuentes las reuniones clandestinas que en altas horas de la noche se hacían en una casa de la calle de La Ronda, a donde acudían sobre todo hombres jóvenes arrebosados en sus ponchos de bayeta de Castilla. Nadie sin embargo parecía percatarse del objeto de esas reuniones, ni siquiera el "Celador" de la esquina que no cesaba de aguaritar la vida ajena, oculto en un zaguán y enfundado en un capote pardo y con una gruesa bufanda de lana en el cuello. —

Una noche quiteña bastante fría, cuando las tiendas estaban ya cerradas en la esquina del "zapo de agua" en la calle Loja, pegados a la pared estaban conversando muy quedo dos mozos, el uno alto y fornido, y el otro bajo pero también robusto. Ambos procuraban esconder sus rostros bajándose los sombreros hasta las cejas, y cruzándose las puntas de las ruanas por encima de los hombros.

Achachay! Qué frío hace Pedro, murmuró el más pequeño.

De veras no? Te tomaras una copita? contestó el otro.

No sólo una compañero sino una docena en paro, siguió el primero.

Entonces aguántate un poquito, que ya vamos donde mi Coronel.

Pero, oíste Pedro. Yo sólo por vos me voy a meter en esta aventura.

Sí, pero ya verás que nos va bien. Damos el golpe, y después nos ascenderán y hemos de ganar buena plata, y pasar una vida linda.

Eso será si en la primera de bastos no dejamos el pellejo.

Pero ca... rumbas! Vos parecís todo un hombre, y cuando llega el caso, empezáis a titubear. Vamos y dejáte de pen... samientos tristes!

Ah! Cara... coles! Qué prosa la tuya. Si no es porque tengo miedo, sino porque todavía no creo que tienen armas.

Callá Novedita! Vos no sabís. Armas hay lo que quiera. Caminá para que veas.

Pedro cogió entonces del brazo al que llamaba Navedita, y ambos se dirigieron a la casa de La Ronda. En el camino no encontraron a nadie, pero cuando estuvieron cerca, en la puerta de calle vieron a un hombrecito que se arrinconaba en forma tal que estorbaba el paso. Iban a entrar Pedro y su compañero, cuando el hombrecillo alzó la cabeza lentamente, y en tono humilde hizo algunas preguntas dándoles la apariencia de simple curiosidad.

Buenas noches patroncitos, murmuró el hombrecillo.

Qué patroncitos ni qué hue... vos duros! exclamó Pedro. No ve que estamos con alpargates y los patroncitos no se ponen esto? continuó.

Cierto patroncitos; por decir se... florcitos. Sino que ya los viejitos tenemos mala vista, señorcitos. Perdonarán no más explicó el vejete algo zalamero.

Bueno, bueno: Díganos, esta casa es del Coronel P...? preguntó Pedro.

Aquí no vive ningún Coronel señorcitos. Sólo vivimos la señora Esther que es planchadora, la señora Teresita que lava la ropa del convento de San Sebastián y cuida la casa, y yo que cierro la puerta de calle, y nadie más, contestó humildemente el hombre.

Cara... mbas! susurró Pedro. Pero si aquí me dijeron que venga! Quien le dijo señorcito? prosiguió el vejete.

Su abuela! replicó impaciente Pedro.

Uh! Mi pobre abuelita ya tiempos que murió señorcito, continuó el Viejo enseñando una mirada lastimera.

Tal vez estarás equivocado? insinuó el Navedita.

Qué equivocado! Si esta casa mismo es!

Pero entonces que pasó? Quizás ya se desandaron.

Callá, no sean tan bruto, o me creís que estoy loco! Si aquí mismo es, continuó Pedro mirando la fachada de la casa.

Y cómo dice este hombre que no es aquí? indicó Naveda.

Pedro quedó pensando un rato, como forzando su memoria sobre algo pasado. Por fin dando un fuerte empujón a su compañero, sonrió y dijo: Ya! Ya me acordé!

Pero así me mandais al suelo! replicó Naveda un poco contrariado.

Ya me acordé! Restauración! exclamó contento Pedro.

Que decís? preguntó Naveda, Resta... qué?

Restauración! Esta es la consigna para entrar aquí.

Al oír esta palabra, el que parecía vejete, se paró inmediatamente, y quitándose el poncho de la cara, indicó: Ah! son de los

nuestros! Pasen al segundo patio, en la sala de arriba!

Pedro y su compañero no salieron de su asombro al ver que el viejo resultó un hombre alto, musculado, con buenas trazas de haber sido soldado.

Así le hubiéramos pegado, dijo Naveda por lo bajo.

De la que te librate bandido, replicó Pedro.

Y siguieron a la sala indicada, donde encontraron más de una veintena de jóvenes del pueblo, sentados alrededor de una mesa y unos señores explicaban que todo estaba arreglado y que pronto verían las armas y se pondrían en acción contra las fuerzas del Gobierno, para poner otro que traería la felicidad para todos.

Será cierto? preguntó Naveda a Pedro empujándolo disimuladamente con el codo.

Callá bruto! No te vayan a oír, replicó indignado Pedro.

Y las armas?

Maldita sea! Callá te digo!

Y mientras charlaban e indicaban planes para la revuelta, de repente en la puerta principal de la sala se presentó una señora de aspecto noble, vestida con anchos trajes negros y cubierta la cabeza con un pañolón también negro.

Un joven bien trajeado que estaba entre los conspiradores, se acercó a la señora y le preguntó: Ya trae mamita?

Ya hijo; pero que pesan como una iglesia, contestó ella un poco fatigada.

Es verdad mamita; pero no hay remedio. Tienen que ayudarnos, explicó el joven.

La señora se despojó del pañolón y abriendo los pliegues del vestido, sacó cuatro flamantes fusiles que los había asegurado contra la cintura con unas piolas. Los concurrentes se apresuraron a cogerlos y a examinarlos y en algunos brillaron miradas de contento. Celebraron la valiente acción de la señora, que no era otra que la madre de los jóvenes Del Hierro. La hazaña fué repetida varias veces, sin que se sepa de dónde tría las armas. Lo cierto es que cuando los pocos hombres que estaban reunidos tuvieron algunos pertrechos, el Coronel ordenó que se dispersaron por las afueras de la ciudad, con la consigna de juntarse nuevamente en un lugar cerca de Cumbayá. Obedecieron los revolucionarios y escondiendo como mejor pudieron los fusiles debajo de los ponchos salieron en diversas direcciones para no despertar sospechas. Al aclarar el día, efectivamente se habían reunido en un recodo del camino, haciendo su entrada en Cumbayá. Y mientras en una tienda tomaban sendas tazas de agua de canela,

un chagrilo joven se puso a repetir cierta palabra: restauración, restauración. Pedro regresó a ver en seguida, oyendo la palabra de la consigna, y lanzó una mirada investigadora.

El chagrilo lo notó y le preguntó: es Ud Pedro?

Sí, el mismo.

Entonces permítame un ratito por acá, le dijo llevándole a unos pocos metros de los demás. Mi Coronel que ya está en la hacienda, porque vino a caballo esta madrugada, me encarga que le avise que vaya con la gente con cuidado, porque el Escuadrón ha salido ya de Quito para perseguirles, y a esta hora seguramente estará ya en Guápulo.

Está seguro?

Por eso me manda mi Coronel que está con unos pocos en la hacienda, y ha recibido un posta urgente.

Entonces nos han descubiertos!

Eso parece y apúrese. Yo me regreso en seguida a avisar a mi Coronel.

Pero a pie irá lo mismo que nosotros, insinuó Pedro.

No, si aquí cerquita donde una conocida dejé encargando mi caballo, explicó el chagrilo.

Ah! Bueno. Entonces dígame a mi Coronel que vamos en seguida y que en el puente de Chiche esperamos al Escuadrón para darnos allí de una vez!

Bueno compañero. Hasta luego!

Hasta luego!

Pedro reunió apresuradamente a los conspiradores y les dió la noticia que había recibido, como la intención que tenía de esperar a los soldados de caballería, ocultándose en lugares estratégicos. Los que le acompañaban manifestaron satisfacción e inmediatamente revisaron los fusiles y el funcionamiento de los cerrojos, a excepción de Naveda que se puso un poco pensativo y al fin insinuó a Pedro.

Pero fijaraste bien que no nos peguen así que así...

Oh! que parecéis guagal contestó sarcásticamente Pedro.

No es así Pedro, continuó Naveda tratando de convencer a su camarada. El asunto es que nosotros apenas somos veinte y cuatro, y los del Escuadrón son bastantes y bien armados y nos pueden acorralar si antes no nos tiemplan!

Pero qué co...barde sois vos! Fijaraste Naveda. Nosotros vamos a apretar el paso hasta llegar a Chiche. Entonces nos ganamos las alturas y cuando los escuadrones estén en la hondonada, les aventamos fuego cerrado por ambos lados. A ver si resisten los ca...ballos del

Escuadrón! Vamos o no somos hombres! Y a qué salimos sino a matarnos plamo con los del Gobierno!

Cierto es! contestaron los demás. Qué cara...mbas! Vamos!

Te quedas Navedita? le preguntó Pedro en tono algo picante.

Yo me voy aunque sea a los infiernos! Te has creído que yo lengo miedo?

Oh! Qué pen...itente! Sino que a veces hay que pensar un poquito, para que no nos cojan en la primera! explicó Naveda frunciendo el ceño.

Bueno, bueno. En marcha compañeros! ordenó Pedro. Los del pelotón se sacaron los ponchos terciándolos por la espalda, se ajustaron los guatos de los alpargates y echaron al trote por la carretera, cubriéndose con una nube de polvo.

EN CHICHE

A pesar de que los conspiradores tomaron las precauciones necesarias para el golpe, sin embargo no faltó alguien que denunciara al Gobierno esos ajetreos, con todas las señas inclusive los fusiles de que disponían y los hombres que se habían alistado. El Gobierno en posesión de datos precisos, destacó sin demora gran parte del Escuadrón acantonado en Quito, que siguió a los revolucionarios a rompecinchas.

Eran cerca de las 2 de la tarde y los de la caballería descendían por el camino para pasar el puente de Chiche; pero cuando habían llegado a la hondonada, silbaron las balas sobre sus cabezas, viniendo la confusión en los primeros momentos, por tener un enemigo que se hacía invisible. Mas al darse cuenta de que los tiros procedían de las cercas de cabuyos negros que crecen en las laderas colindantes, el Oficial que comandaba la Compañía ordenó que rápidamente se dividiera su tropa en dos grupos y ganaran los campos ocupados por los revolucionarios.

El movimiento no fué difícil, dado el número superior de los soldados de caballería de Gobierno, y después de alguna resistencia en que agotaron las municiones, los revolucionarios se desbandaron y huyeron. Naveda, que cayó herido, y Pedro zafaron el bulto en una cueva oculta por unos chilcales, donde esperaron la noche para regresar a Quito después de los consiguientes rodeos y sufrimientos, permaneciendo escondidos algún tiempo en las casas sus familiares y amigos por temor de que el Gobierno les apresara y castigara.

Así terminó esta intentona revolucionaria que a lo más sirvió



Hermosa silueta de las campanas franciscanas; al centro, la ciudad heroica y colonial de San Francisco de Quito.

para que en el ánimo de Pedro creciera su inclinación por la vida azarosa del soldado. Sin embargo tuvo que esperar varios meses, hasta cuando se olvidara a los que promovieron el incidente de Chiche. Después, resueltamente se presentó en el Batallón Vargas Torres en la ciudad de Riobamba, donde le encontramos flechando a la muchacha donosa que lavaba en una acequia. Desde allí le seguiremos en el trajinar de soldado atrevido, valiente, bochinchero y bohemio, a quien lo mismo le daba pegar una trompada, o beber hasta decir basta, o ir a enfrentarse con el enemigo para darle bala como aburrido.

* * *

**ENSEÑABA A SUS RECLUTAS A SER HOMBRES HASTA LA
MEDULA, Y EN LOS DÍAS DE SALIDA, LA JARANA
ERA SU COMPAÑERA**

Mirada por el "Coloso de los Andes", en sus néveas faldas amanecía y se desperezaba con donaire la ciudad de Riobamba. Un sol clarísimo destacaba las cúpulas de sus templos, sus edificios suntuosos, sus casitas blancas, sus magníficos parques, sus huertos y jardines, y en los alrededores, el frescor de sus potreros serpenteados por arroyos cristalinos, que llevaban la vida al trébol, a la grama y a otras yerbas silvestres que humildemente crecían acariciadas por el resoplido del ganado. El pitar insistente de las locomotoras de la estación, los almacenes que eran abiertos, el vaivén de los mercachifles, los mugidos de las vacas en los rejos cercanos y hasta los gritos llamativos de los vendedores de cosillas de tagua y de alfombras de Guano, todo demostraba el despertar activo de un pueblo trabajador y laborioso. Inclusive las voces de mando que un soldado daba a un pelotón de reclutas, que en un campo deportivo, hacían flexiones y trotaban y se tiraban al suelo con una obediencia rígida.

Pelotón! De frente mar! gritaba el Sargento Pedro, porque él era quien mandaba, y el tropel de los muchachos se ola inmediatamente. Media vuelta! De frente mar! Y los reclutas regresaban sin decir palabra. Y Juego, tenderse! Levantarse! Media vuelta por aquí, media vuelta por allá, girar a la derecha, a la izquierda. Tenderse! Levantarse! Hasta que los aspirantes a soldados echaban sudor por todos los poros, y un jallo! del Sargento les dejó parados como estatuas; pero así como era exigente para que se le obedezca y se le en-

tiendo, apreciaba el esfuerzo que hacían sus reclutas y les daba oportuno descanso.

A discreción! dijo el Sargento Pedro con voz moderada.

Esta vez han estado inmejorables muchachos! prosiguió el clase. Así debe ser el soldado, continuó. No debe pararse en macanas y ser bien hombre hasta la médula. Hacerse fuerte, ser un perfecto deportista, un atleta. Y luego con el fusil, pegar todos los tiros en el blanco y cuando se ofrece, también hornear bien el puño, cosa que se acuerden; pero no quiero decir que sean chivistas, porque se han de hacer antipáticos y pesados. Ustedes deben tener siempre presente que somos ecuatorianos, y que tenemos una Patria a la que debemos defender cueste lo que cueste. Por esto es que todo ecuatoriano debe ser soldado y nadie quedarse sin que haya pasado por el cuartel; pero para ser soldado, hay que serlo en forma, como fueron nuestros antepasados. Un soldado ecuatoriano jamás conoce el miedo y con el enemigo al frente, le descerraja todos sus tiros como chuparse un caramelo. Y si a uno también le pegan, que le peguen, pero vendiendo bien cara la vida. Defendiéndose y matando hasta con las uñas, y con una sola palabra en la boca: Ecuador! Así debemos honrar este uniforme que llevamos, y el día que no se puede ser valiente, es mejor sepultarse a cien metros bajo tierra!

Permiso hablo mi Sargento, dijo un recluta del pelotón.

Primero cuédrese bien! ordenó el clase. Ahora, saque el pecho! Meta la guata! Un soldado no debe tener barriga de salchichero!

El recluta obedeció sin un segundo de demora, y con la mirada al frente esperó.

Ahora sí, a discreción soldado Sánchez. Puede hablar! indicó el Sargento.

Bueno, mi Sargento: yo no entiendo bien esto, explicó el recluta. A mí me gusta ser soldado; pero dele el caso que no me guste el Gobierno y yo apoye una revuelta...

En ese caso. Ud. merecerla que se le ponga contra una pared y se le pegue cuatro pepazos al hilo, porque dejaría de ser soldado honrado para convertirse en asesino de sus hermanos! contestó con gravedad el Sargento.

Pero, supongamos que el Gobierno haga cosas injustas... repitió el muchacho.

También en ese caso es mejor que lo digan la opinión pública, los periódicos para que se entienda cualquier error, que hasta San Pedro tuvo; pero el soldado debe ser rígido en mantener lo que

llamamos "constitución", que es el nombre de nuestro batallón, y no hacer nunca política explicó el clase.

Pero vea mi Sargento, si por ejemplo... No pudo concluir el recluta, porque el Sargento que no le gustaba las discusiones políticas, concluyó con firmeza: Le digo que así debe ser el soldado! Pero el soldado que sabe andar con la cabeza levantada y el ceño fruncido como verdadero ecuatoriano! Es que usted todavía es muchacho y no sabe lo que cuesta una vida que se desperdicial Bueno muchachos! Atención... Fir! ordenó enseguida el clase. A discreción! Me encanta que ustedes sean disciplinados, y hagan el ejercicio con gusto. Así pronto serán buenos soldados y podré decir que mi Compañía es la mejor. Mañana les dará instrucción el Cabo Luis Molina, porque yo estoy con salida Bueno muchachos! Atención... fir! Reti... rarsel terminó el Sargento, y un ¡Viva el Ecuador! salió con vigor de los pechos de todos los alegres y entusiastas reclutas, que se dispersaron para tenderse sobre la grama, o para ir en busca de algún refrescante, o para comentar sobre las incidencias de la vida de cuartel.

ENTRE COPA Y COPA

En la puerta de una tienda de un suburbio de Riobamba, una linda bolsicona atizaba los carbones de un brasero y revolvió sobre una hojalata, unos provocantes llapingachos y unos ricos pedazos de caucara. Más adentro, en una estantería, había un surtido completo de cervezas y de licores de las marcas nacionales más acreditadas. En una vidriera dividida por pequeñas tablas, estaban distribuidos el pan, los biscochos y el queso amasado; pero sobre todo sobresalía un apetitoso plato de ají molido, mezclado con chochitos cocinados y cebollitas paitañas. Detrás de todo esto, había un reservado con mesitas rectangulares y sillas de manufactura barata para que los clientes encuentren comodidad, y, en una repisa clavada en la pared con un enorme clavo, descansaba un reloj "made in Italy" que marcaba las cuatro de la tarde. De una de aquellas mesitas se habían apropiado el Sargento Pedro, el Cabo Mora y el negro Ruiz que se distinguía en el cuartel por su habilidad para rasgar la guitarra con un complicado juego de bajos. Las otras mesas también estaban ocupadas por gentes que saboreaban complacidos los picantes y bebían con visible contento.

A ver amantía! llamó el Sargento Pedro.

Qué le sirvo mi Sargento? contestó la bolsicona.



Breve, breve, digan qué les paso para que se despiquen! replicó ella con las manos graciosamente puestas en la cintura y acercándose a la estantería con una sonrisita significativa...

Lo que usted quiera linda! replicó el clase.

Oh! De veras, diga breve! repitió en tono coquetón la vendedora.

Bueno, entonces, sírvanos todo lo que tenga! replicó el Sargento.

Oh! Diga breve qué le sirvo! continuó la muchacha mientras ponía manteca en las tortillas con una ramita de cebolla verde.

Quiere mismo que le diga? Entonces échenos por acá un sucre de tortillas y otro de caucara; pero con bastante ajicitol!

Bueno mi Sargento! y con qué va pes a despícarse? preguntó nuevamente la muchacha.

Con sumeré pes amamia contestó el Cabo Mora.

Ques pes! Qué mal gusto ha tenido! replicó sonriéndose la de las tortillas. Hechos loros han venido aura, no!

Claro pes, viéndole a usted cada día más guapa! replicó el Cabo Mora, poniéndose la gorra a un lado.

Brebe, breve, dígan qué les paso para que se despiquen, replicó ella con las manos graciosamente puestas en la cintura y acercándose a la estantería con una sonrisita significativa.

No se enojará amamia! indicó el Cabo.

Es que ya no más viene mamita que se fué a la plaza, y aún no paro las ollas para la merienda, concluyó la muchacha.

Ay, ojalá venga mi suegra! intervino el negro Ruiz.

Questá pes el negro atrevido! la reconvinó la chica torciéndole los ojos y haciéndole un dengue simpático.

Bueno, pase unas dos cervezas negras y dos blancas, terminó el Cabo Mora. Y en tanto la muchacha echaba manteca con achote en las tortillas y cortaba en pedacillos el caucara, los soldados se entregaban a gozar de ese plato criollo, comiéndose ahí hasta aezar, y luego despícándose llenando uno tras otro los vasos con cerveza combinada entre blanca y negra.

Por fin creo que vamos a pasar bien este domingo, murmuró el Sargento Pedro.

Así parece; lo que es el otro que pasó, nos fue de a perro, contestó el Cabo Mora.

Pero el que tuvo la culpa fué este negro bruto, siguió el Sargento dirigiéndose al soldado Ruiz.

Pero por qué mí Sargento? replicó el aludido. Yo lo único que hice fué defenderme. Me vinieron a pegar en jorga, yo levanté la sillita y les acabé. Eso no más fué. Aura que los del chivo hayan salido con la cabeza rota, yo no tengo la culpa, explicó con desfachatez el negro.

No, vos fuiste negro condenado, continuó el Cabo Mora. Y que

hubiéramos pasado rebuena con las guambras esas que habían.

Sobre todo la de bata aurora estaba alhajita, indicó el Sargento.

Tenimos que reponer esta tarde donde la "chutacueros", repuso el soldado Ruiz.

Pero no te chumarás, negro bruto, porque voz tenís cabeza de quinde! le advirtió el Sargento.

No mi Sargento ya verá que aura estoy bien fuente, bien fuertel

Bueno, salud, dijo el Cabo empinando el codo para servirse el último vaso de cerveza.

Salud!

Salud!

Oyé amamia! llamó el Sargento.

Qué dice mi Sargento! contestó la muchacha.

Repita la cervecita!

Bueno, enseguida. Y que está fresquita la cerveza encomió la bolsicona pasando las botellas.

Caray qué linda está usted no amamia? le dijo el Cabo.

Sí pes, con sus reflejos, contestó ella entre sonrisas.

UNA GUITARRA QUE GIME

La noche había empezado y en la picantería del suburbio brillaban varios farolitos con rectángulos de vidrios de colores. Tras de la estantería, la gente no sólo tomaba con alegría sino que discutía con aconoramiento. Los vasos chocaban acompañados de juramentos de amistad y las risas de un poco antes, se habían trocado en carcajadas atronadoras. El humo de los cigarrillos llenaban la pieza, y en la parte de afuera, la mamá y la hija donosa lagrimeaban soplando el bracero para que se doren las tortillas postreras. Mientras en la mesita de una esquina, el Sargento Pedro, el Cabo Mora y el negro Ruiz continuaban bebiendo con delirio. Sin embargo, no eran vasos los que tenían en sus manos, sino transparentes copitas del más rico de los mayoreas.

Esta copa me sirvo por nuestra amistad, queridos negros! exclamó el Sargento con la cara roja por los trages.

Y yo Sargento, me tomo esta copa porque pronto te pongan si quiera una estrella en tus hombros! contestó el Cabo Mora.

Bueno oite mi Sargento! A qué hora nos vamos donde la "chutacueros"? Intervino el soldado Ruiz.

Andáte vos negro del ca...r...chil respondió respectivamente el Sargento. Y dijo el poeta... contiud sin acabar la frase.

Bueno, olte Pedro: desde enantes estás con "y dijo el poeta, y dijo el poeta"; pero qué dijo? preguntó el Cabo.

Ah! Hermano! El poeta dijo. El rubicundo Apolo asomó su faz por Guangopolo! O lo que es lo mismo: Apolo rubicundo ocultóse por Carapungo! respondió pausadamente el Sargento.

Qué lindo te expresas! Pero mejor fuera que cantarás! indicó el Cabo.

Y cierto ve Sargento, contáte unita de esas de tu gasto! insinuó el negro.

Aura que dicen que cante, me acuerdo de una linda guambra que tenía hace tiempos. Era una longa... Bueno digo que era una longa porque yo le trataba así, y porque la mamá ciertamente era longuita; pero qué linda guambra la hija! Todavía tengo presente una canción que le cantaba! La letra me dió haciendo un gran amigo mío que no le he visto tiempos. Se llamaba Roberto Flores Sanhuesa, y era un tipazo para la pluma y para los versos. Y dijo el poeta: El rubicundo Apolo asomó su faz por Guangopolo...! terminó el Sargento repitiendo su estribillo característico cuando estaba con humor.

Entonces cantá esa canción hermano! solicitó el Cabo Mora.

Cierto es; cantá! afirmó el soldado Ruiz.

Oiga precioso! llamó el Sargento.

Qué dice mi Sargento! repito el cuarto de litro? contestó la muchacha tendera.

Bueno linda, pero... sabe que quiero dedicarle a usted la mejor de mis canciones, y...

Gracias mi Sargento, contestó ella apresuradamente.

Pero espérese amamia, que aún no acabo de hablar. Quiero... que me preste una guitarrita! replicó el Sargento.

Ah! Carambas! Y lo que no tenemos? Pero espérese que le voy a mandar a mamita que le pida al vecino Angelito.

Bueno linda. Y dijo el poeta: el rubicundo Apolo... exclamó con gran humor el Sargento.

Quién tan será ese señor! replicó la muchacha disponiéndose a salir de la tienda.

Pasado un rato, el Sargento Pedro levantándose la gorra para atrás, con un mechón de pelo sobre el ojo izquierdo, parado junto a la mesa y afirmando un pie sobre el asiento de una silla, acomodó la guitarra encima de su rodilla, probando si el instrumento estaba bien templado y luego disponiéndose a cantar.

Bueno, compañeros, dijo en cierto tono el Sargento. Voy a can-



...y afirmando el pie sobre el asiento de una silla acomodó la guitarra encima de su rodilla, dijo: Voy a cantar esta canción por esta patrona... que nos ha dado las mejores tortillas que hasta ahora he comido, y por ustedes mis negros...

tar esta canción, en recuerdo de la guambra que les dije, y por esta patrona que nos ha dado las mejores tortillas que hasta ahora he comido, y... por ustedes que les quiero con todo mi cariño!

Bravo Pedro! exclamó el Cabo.

Al grano mi Sargento! repitió el negro.

El Sargento registró todas las cuerdas, y después de toser dos veces, levantó su mirada al tumbado y cantó con sentimiento:

Yo quiero a una longa,
de ojos muy negros
que lleva en su rostro,
los tintes del sol;
Reflejos cobrizos
de tierra encendida,
que guarda en su seno,
secretos de amor.

Esbelta de cuerpo,
y andar arrogante;
de raza del reino
que España venció.
Un día era dueño,
de tierras y montes,
y hoy vive de esclava,
de un noble señor!

Mas cuando en la tarde,
se dora su choza,
con rayos rojizos
enviados del sol,
suspira y solloza
con honda tristeza,
sintiendo las notas
de algún rondador!

Ay! suspiró el Sargento, suspendiendo el glosado de la guitarra.
Ve negro bruto, dáme una copa, que me ahoga la pena! Si parece
que le estoy viendo! Si era preciosa!

Bueno tomá mi Sargento; pero seguí cantando... por favor!
contestó el negro.

Salud!

Salud!

De un solo trago se empinó la copa íntegra, y siguió cantando sus recuerdos:

Un día la dije con hondo cariño,
algunas palabras de ardiente ilusión;
bajando la vista me dijo muy quedo:
no soy de tu raza, no me hables de amor...!

Cara...coles! Me está fallando el guargüero! Mejor quisiera una cervecita! explicó el Sargento dejando de cantar nuevamente.

Pero terminó de una vez! interrumpió el Cabo Mora. Y tenía que darme la letra, porque no te he oído esta canción.

Bueno... lo cierto es que la guambra me quiso... y diay... prosiguió el Sargento; pero no le dejó que concluya la frase el Cabo Mora, porque le puso en la boca un vaso de cerveza, exigiéndole amistosamente que termine la canción.

Tomó la guitarra el Sargento y rasgando con fuerza y con la cabeza baja y la cara triste, cantó:

Todas las noches con su cariño,
sus labios rojos posan en mí:
ardiente raza que fué vencida,
estrella triste te adoro a tí!

Cuando en la tarde miro los montes,
donde la orquídea alza su flor,
yo me recuerdo sus ojos bellos,
del sol ardiente del Ecuador! (1)

Terminó su canto el Sargento y demostrando que le apenaban los recuerdos idos, arrinconó con despecho la guitarra, para seguir con los lícores.

Oíte cholo! Dáme la letra! le suplicó el Cabo.

Pero, por qué no aprendiste? A mí me costó una buena farra para que el Flores me dé, contestó el Sargento.

Bueno, eso es lo de menos; pero dame la letra, insistió el otro.

Sabrás chollito, que esa letra no doy a nadie, pero te voy a dar

(1). Efectivamente es letra de Roberto Flores Sanchueza, el trovador bohemio de los barrios quiteños.

otra linda, para que le cantes a tu enamorada. Sacá lapiz y papel y apuntá, indicó el Sargento.

A ver, murmuró el Cabo sacando una libreta de apuntes y un lápiz.

Escribí, ordenó el Sargento. Estas estrofas las aprendí en mi barrio en Quito;

Al pasar por tu ventana,
me tiraste un limón;
fuí corriendo a ver,
y había sido naranjilla...!

Jal jal jal rieron estruendosamente los soldados chocando las copas de un puro de treinta grados.

Esta sí que me gustó! dijo el negro Ruiz. Yo me hago cargo de esta canción.

Entonces, para vos te doy esta otra. Oírás negro, concluyó el Sargento:

Atadito de raspadura.
Atadito con cinta verde;
En eso vñenen a parar,
Los hijos desobedientes...!

Ja, jaii jal jal jal rieron otra vez los alegres soldados, y el negro Ruiz con un desprendimiento muy raro en él, pidió media docena de cerveza, solicitando a Pedro que le dijera otra estrofa.

Apuntarás esta otra que queda bien para la Rosita Merocho que tenis en la Estación, contestó el Sargento dirigiéndose al soldado Ruiz:

Era de noche, sin embargo llovía;
Ella de rosa, era una¹rosa
y yo de negro, con paletó...!

.....

Oigan chapitas del ca...iro! Ya mismo se callan, porque estamos con la cabeza ya llena de tantas pen...! gritó un chulla de una de las mesas donde bebían muchos.

A mí nadie me ningunea so m...aríquitas!! Y al primero que salte le parió como a ques!llo!! contestó rabioso el Sargento parándose recto como un poste, y enseñando una cara que daba miedo.

Andá chapita pretencioso! le replicó el chulla sentándose más cómodamente y poniendo una pierna sobre la otra con gesto satírico.

Si sois hombre, veni acá, hijo de la muda Marica! gritó sin poder contenerse el Sargento.

Pobre chapa de m... Aguardate que te voy a enseñar cómo se pega, continuó el otro levantándose de la silla con rapidez.

Oír esto el Sargento y lanzarse contra el provocante como un rayo fué cosa de un instante. El Cabo Mora y el negro también se levantaron riéndose buscando con quien tenerlas. Los otros que eran numerosos, a su vez acudieron a formar bando por su amigo que ya estaba caído en el suelo, y se armó el bochinche más feroz que se había visto en ese barrio. Al primer porrazo el Sargento había derribado a su contrincante, y con una furia endemoniada repartía trompadas a diestra y siniestra. Después las botellas salían disparadas y los vidrios rotos caían con un sonido aterrador. Las sillas iban y venían en pedazos. La estantería se movía como si fuera un terremoto, y el alboroto más confuso llenaba la tienda llamando la atención de todos los que pasaban.

Cuidado que van a romper las botellas bandidos! gritaba la mamá de la muchacha tendera.

Aura tienen que pagarma hasta del último vidrio, estúpidos, brutos! Exclamó la de las tortillas, tratando en vano de buscar un resquicio para poner orden. Al fin impotente para sofocar tan peligroso conflicto de sus clientes, gritó desesperada: Vía mamá! Corra a llamar a los policías! Pero breve antes de que acaben con todo estos bandidos!

Un momento después se oyeron pitadas de auxilio en la calle. Nadie supo entonces cómo se apagaron los faroles, pero sí se vió que tres individuos salieron como sombras de la tienda, en tanto en el interior todos se daban contra todos en medio de maldiciones, de lamentos y del "chilín" característico de las botellas que se rompen...

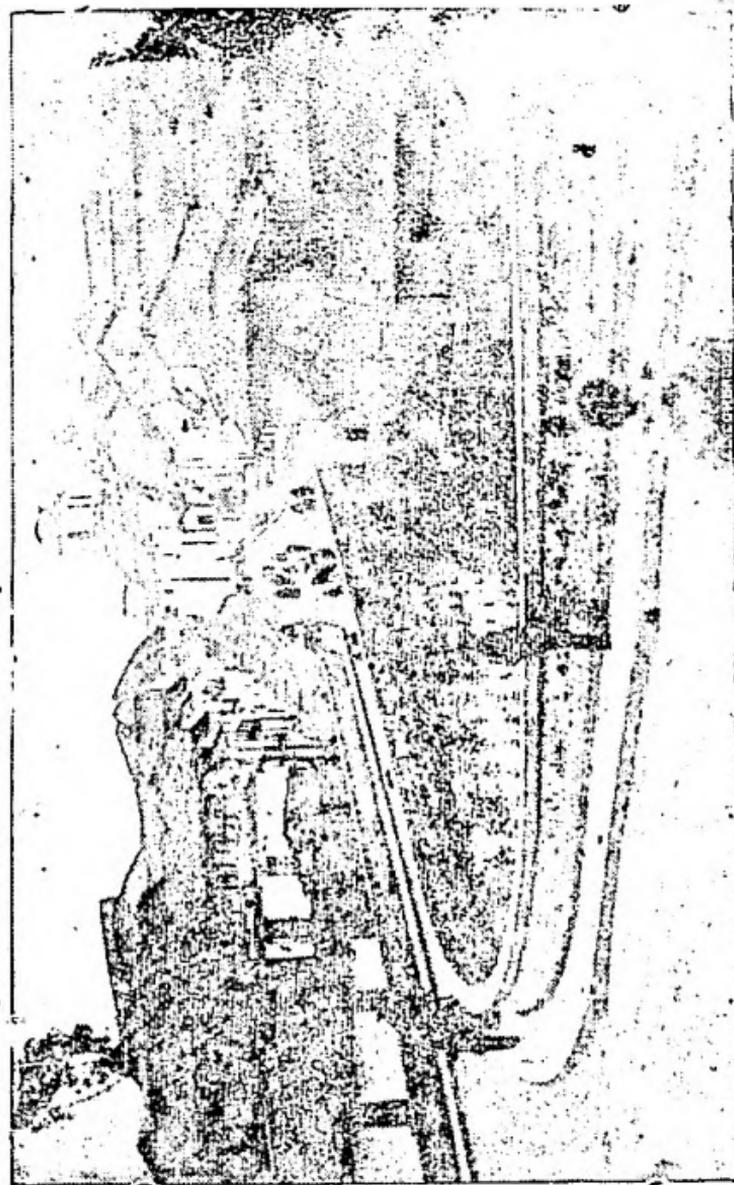
Y DIJO EL POETA ...

Las cuntras de la mañana daban en el reloj de una iglesia. Los gallos cantaban con insistencia. Un arriero silbaba animando a su recua. Algunos perros ladraban al paso de los que habían madrugado. En una tienda cerca del Parque Maldonado, una olla de agua de canela echaba humo. Y no muy lejos de allí talvez en una cantina, una voz tonante repetía: Y dijo el poeta El rubicundo Apolo asomó su faz por Guangopolo! O lo que es lo mismo... Apolo rubicundo, ocultóse por Carapungo...!

NO HAY MIEDO ANTE LA MUERTE

La historia relata que en Guayaquil el General, Pedro J. Montero se proclamó Jefe Supremo a raíz de la muerte de Don Emilio Estrada, Presidente de la República, circunstancia que hizo que el Vicepresidente Constitucional Don Carlos Freile Zaldumbide, encargara a los Generales Leonidas Plaza Gutiérrez y Julio Andrade que sofocaran ese movimiento revolucionario, que motivó una lucha civil en la que se derramó mucha sangre ecuatoriana, especialmente en los combates de Huigra, Naranjito y Ya-guachi. El Gobierno ordenó pues la movilización de sus tropas, correspondiendo también partir al frente al "Constitución" acantonado en Riobamba, batallón en el que se encontraba el Sargento Pedro. Y un día la ciudad amaneció con la novedad de que los "constitucionales" se iban a "pelear". Frente al cuartel las mujeres y familiares de los soldados formaban una columna compacta, esperando el momento de la partida de la tropa. Algunos clases hacían conducir con premura a la estación, las vituallas y el parque necesarios, y mientras detrás de las barandas de las ventanas del cuartel, los soldados se despedían con señas de sus amistades, afuera varias mujeres no podían reprimir las lágrimas, y otras recomendaban a sus allegados que no dejaran de escribirles sobre lo que sucedía en campana. En un local que ocupaba la primera Compañía, el Sargento Pedro había hecho formar al pelotón de reclutas cuya instrucción militar le habían confiado. Parado frente a ellos con la cabeza bien levantada y enseñando un gesto altivo y digno, ordenó "a discreción", habiéndoles inmediatamente: Antes de embarcarnos en el tren, he querido decirles algunas palabras porque ustedes más que camaradas, son para mí buenos amigos.

Hemos pasado algunos meses en este cuartel, preparándonos para ser buenos militares, acostumbrándonos a las fatigas de la vida de campaña y viendo siempre un enemigo imaginario con el fusil alerta y el corazón lleno de coraje. Y ahora tengo pena de decirles que ha llegado el momento de poner en acción nuestro valor, desgraciadamente con nuestros mismos hermanos; pero el deber de soldados y la lealtad que estamos obligados a guardar al Gobierno, nos hace marchar a batir a los de la revuelta! De manera que desde este rato, todos tenemos que por-



Maravillosa vista de la entrada a la ciudad de Quito. En primer término el colonial "Puente de los Gallinazos" (Túnel de la Paz). Al fondo, el Convento de Santo Domingo con sus bellas cúpulas.

tarnos como valientes, y cuando llegue el momento de combatir, cargar duro al enemigo y atender las órdenes del Comando. Que nadie se haga indigno de este batallón al que queremos tanto. No se olviden que es ridículo que un soldado ecuatoriano tenga miedo a la muerte! Bueno muchachos: todos a prepararse para el embarque!

Los del pelotón dieron media vuelta y recurrieron en seguida a sus mochilas preparándose para la partida, en tanto el Sargento quedó murmurando con aire de despecho: Estas malditas revoluciones! y para qué?

LA PARTIDA

La gente invadía los andenes de la Estación de Riobamba. Los soldados denotando contento, se asomaban a las ventanas de los vagones y batían pañuelos en señal de despedida. La locomotora echó por su chimenea una columna de humo negro, pitó estridentemente por varias veces y con el traquetco de sus máquinas vaporizantes, puso en movimiento el convoy que primero fue rodando lentamente sobre los rieles, para luego enfilarse a toda velocidad. Los de tropa iban murmurando canciones de los pueblos serranos, o recordando gratamente los últimos días que pasaron en tierras riobambeñas, mientras Pedro sin separar el cigarrillo de la boca, preparaba el ánimo de sus soldados para todas las contingencias propias de una campaña. La máquina cruzaba potreros, sementeras, trigales, subiendo y bajando por los terrenos más accidentados, sin parar ni siquiera en los pueblos del tránsito, hasta llegar a Alausí. Allí, apenas descansaron los soldados para tomar algún alimento y seguir la marcha a pie hasta Sibambe, en previsión de un encuentro con el enemigo. Dando rodeos oportunos y apresurando el paso cuanto más pudieron, acamparon en Chunchi aprovechando de la noche para un necesario descanso. El Sargento Pedro sin embargo, no fue de los que buscó la arena para tenderse. Con la cara surcada por el sudor y el polvo, llamó a su inseparable amigo el negro Ruiz y desaparecieron por un campo, sin que nadie sepa el rumbo que habían seguido. Al cabo de algunos minutos regresaron con un bulto envuelto en un capote, depositándolo en el suelo ceremoniosamente.

La cosa nos resultó bien. Qué te parece mi habilidad Pedro? susurró el soldado Ruiz.

Calló brutal No me tutees delante de la tropa! replicó malhumorado el Sargento.

De veras, cierto! Perdóname no más! continuó el negro.

Y dale con la burra al daño! Te digo que no me tutees aquí repitió el clase.

Bueno mi Sargento, y qué hacemos ahora con esto? preguntó el soldado enseñando el bulto.

Así me gusta, murmuró por lo bajo el Sargento, y luego levantando la voz de modo que le oigan los que estaban cerca, continuó: Ahora quitáale mi capote, antes de que la puerca esta lo ensucie.

Si no es puerca, sino borrego mi Sargento, explicó con picardía el negro.

El borrego serás vos, negro cara de co...nejol replicó el clase. Bueno ya, apúrate negro! Echále cuchillo y peláale, mientras yo voy a llamar a los de mi pelotón.

Bueno mi Sargento, susurró el soldado.

Y en tanto el negro Ruiz colgaba el cordero de un árbol que encontró por allí y le sacaba al animal el cuero y los menudos, el Sargento Pedro había reunido a sus reclutas para anunciarles la sorpresa que les había conseguido:

Bueno muchachos, les dijo. Ustedes saben que después de pocas horas, talvez de minutos, estaremos peleando duro y parejo; pero también saben que no se pelea bien cuando la barriga está vacía. De manera que les tengo listo un borreguito de buena ceba. Así es que necesito que todos ustedes, sin hacer bulla, se busquen a toda pala un poco de leña para asarlo, y se vengán ya mismo, que yo voy a prender la candela con el soldado Ruiz.

Gracias mi Sargento! contestaron los del pelotón dispersándose contentos a obedecer las órdenes del clase.

Y una hora después, en las cercanías de Chunchi, los reclutas del Sargento Pedro vivaqueaban alrededor de una fogata, saboreando con placer la carne de cordero asada en las brasas, mientras a lo lejos el grito monótono y lastimero de un cuentero, delataba su vigilancia tenaz sobre la manada de su redil.

BUSCANDO AL ENEMIGO

Unificado el Comando, dispuesto el servicio de aprovisionamiento y después de haber tomado informes precisos de las po-

siciones que ocupaban los revolucionarios, las tropas leales avanzaron por diferentes puntos para alcanzar los lugares acordados en el plan de ataque preparado previamente. El Batallón Constitución alcanzó el curso del Chanchán, después de seguir caminos llenos de obstáculos y de difícil tránsito. El Sargento Pedro que fue designado para la conducción de municiones, acompañado del negro Ruiz y de un grupo de soldados de su Compañía, rápidamente había requisado unos mulares y hacía proezas con sus hombres para que los cajones de parque vayan de modo de asegurar el oportuno aprovisionamiento. La tropa del Constitución llegó a un sitio del río Chanchán donde las aguas estaban correntosas y dificultaban el cruce. El General Plaza, el General Andrade y el Coronel Reinoso que estaban ordenando personalmente el avance, fueron los primeros en dar ejemplo para subsanar el obstáculo como simples soldados, pues se cogieron de las manos y con varios hombres más, formaron cadena y atravesaron el río a pie hasta ganar el otro lado. Ante este hecho de Jefes valerosos que participaban de las fatigas del soldado, la tropa se entusiasmó y se lanzó adelante con exclamaciones de júbilo, deseosos de encontrar pronto al enemigo para batirlo.

Con nuestros Jefes no hay pen...dientes que valgan! murmuró el Sargento Pedro mientras salía del río con la ropa mojada.

Para que aprendas mi Sargento, replicó el negro Ruiz.

Te advierto que donde me vuelvas a tutear delante de la tropa, te aviento este plomito en la cabeza! contestó el Sargento enseñando una bala de su canana.

Tan mal corazón tiene mi Sargento? Y la Rosa Morocho a quien dejo pes entonces? continuó el negro embromando.

Bueno, como ya cambiaste, recojo mis palabras, y en cuanto a tu Rosa amorochada mándale a la misma picota! Para la gracia que me hace la babosa esa! indicó el clase limpiándose el sudor con la manga de la blusa.

Oiga mi Sargento! No quisiera repetirse el asadito de anoche? prosiguió el soldado.

Andá con tu broma sucha! Yo mismo parezco asado con este calor del diablo! contestó el Sargento.

Yo le digo de veras mi Sargento. Y si no vea, que aquí le tengo, concluyó el negro sacando del bolsillo un atado de ho-



La gente invadía los andenes de la Estación de Rlobamba y los soldados denotaban contento, se asomaban a las ventanas de los vagones y batían sus cañuelos en señal de despedida.

jas de plátano. Aquí le tengo envuelto para que no me quiten las bandidas de las hormigas que hay por aquí!

Por la hija de mamá Lolal Con que vos te has guardado, no? Mientras tanto yo me quedé con la barriga a medias! replicó el Sargento.

Bueno no me regañe mi Sargento; que aquí está la mitad para usted! insinuó el negro en tono burlesco.

Ya está pues. Echale para acá! Del lobo siquiera un pelo.

Derepente, paróse el Sargento y puso oído atento. Un ruido bastante conocido atrajo su atención y maquinalmente echó mano a su fusil. Oíste negro? preguntó el clase indicando con la mano la dirección de donde procedía el ruido.

Un poco de tostado que está reventando, dijo socarronadamente el negro.

Son nuestras avanzadas que están ya dándose, replicó el clase sin disimular el entusiasmo que le causaron los primeros tiros que se oyeron a la distancia. Ahora vamos a ver si sois hombre.

EL COMBATE DE HUIGRA

En la mañana del 12 de enero de 1912, las tropas de Gobierno y las revolucionarias se avistaron en el sector de Pepinales cerca de Huigra, combatiendo rudamente por ambas partes. Entre las fuerzas leales se distinguieron por su bravura el "Marañón" que atacó por el flanco izquierdo, los refuerzos que vinieron de Cuenca por el centro, y el "Constitución" que se apoderó del lado derecho. Parte de los enemigos disparaban de la línea férrea que cruza esa zona, en tanto la mayoría atacaban ocultos en los cañaverales y en los árboles, siendo difícil ubicarles con precisión. Pedro fue encargado para que despeje un cañaveral de donde procedía un fuego mortífero que obstaculizaba la ejecución de un plan de ataque general. Sin un instante de demora, el Sargento metiéndose un dedo en la boca pegó un silbido fuerte y un momento después, como treinta soldados se arrastraban a su rededor.

Agacharse bien muchachos! ordenó el Sargento. Cuál de ustedes no desea arriesgarse? preguntó.

Ninguno mi Sargento! contestaron en coro.

Muy bien muchachos! Así debemos ser los soldados ecuatorianos. Fijaránse. De aquí vamos a tomar estos chaparros sin

disparar un tiro aunque nos maten, para sorprenderles por la retaguardia. De manera que adelante sin dejarse ver! concluyó poniéndose a la cabeza del pelotón.

El sol avanzaba hacia el medio día. El calor tropical se hacía cada vez más fuerte. Las balas partían de los calibres produciendo un estampido atractivo y emocionante. El viento estaba ausente para refrescar el ambiente caluroso, y la vegetación exuberante destacaba el color oscuro de su fronda, de sus guáguas y de sus palmeras, mientras que a un costado, los rayos solares reverberaban en el verde amarillento de las cañas. El combate proseguía indeciso y en ambos bandos la sangre de los caídos empezó a teñir las yerbas húmedas de vapor. De pronto los revolucionarios comenzaron a ceder por un flanco, y un grito potente hizo sonreír de contento a los soldados leales. Era el Sargento Pedro que había cumplido su comisión llegando con sus hombres al sitio designado.

Muchachos! Echenles plomo sin miedo! ordenó el Sargento Pedro y el eco de una descarga feroz fue rodando hasta el último confín.

Eh! Ruiz! Bajáles a esos que están molestándonos desde esos árboles! continuó el Sargento señalando el lugar donde disparaban algunos revoltosos. El negro en seguida obró fríamente y una carcajada de satisfacción se le escapó cuando vio que cayó de un árbol el primer enemigo.

Vea mi Sargento como cayó el pajarito! dijo el soldado Ruiz. Allá va otro! continuó apuntando su fusil otra vez, y un segundo tuvo la misma suerte que el primero. Y a este lo bajo por usted mi Sargento!, terminó el negro derribando un tercer enarbolado.

Aquí podís tutearme como te dé la gana, negro del diablo! Te perdono porque sois valiente! replicó el clase.

Y has visto que sea cobarde un soldado ecuatoriano legítimo? preguntó a su vez el soldado Ruiz.

Ni en cuento! observó el Sargento. Lástima que desperdicemos tanto coraje entre nosotros mismos! exclamó luego, dejando de disparar un minuto. Y como contrariando un sentimiento que bullía en su interior, frunció el ceño intempestivamente y ordenó: Bueno muchachos! Ayudemos a terminar de una vez esta pen...dencia! Adelante muchachos! Viva la Constitución! terminó precipitándose a la carga.

Lentamente fueron replegándose las tropas revolucionarias, hasta acabar por derrotarse y desbandarse. Y al iniciarse la tarde, los soldados del Gobierno entraron triunfantes en Hui-gra, donde fatigados de la lucha bañados en sudor, confortaron sus extenuados estómagos y curaron sus heridos. En tanto, Pedro y el soldado Ruiz, dialogaban indiferentes en el corredor de una casa de caña.

Lástima que se acabó la fiesta mi Sargento! dijo el negro sonriéndose diabólicamente. Aurita me acuerdo de lo que decíamos en Rlobamba: Ya se acaba! Ya se acaba el humor! Y nosotros sin probar licor!

Y esto es lo peor! replicó en seguida el Sargento. Vamos a pegarnos siquiera un guachicolina! continuó cogiendo del brazo al negro y perdiéndose en el fondo de una cantina, donde esos hombres valerosos, revolvían al son de la guitarra las notas alegres de la jarana y el afán emocionante que sentían por el combate.

DE LA VIDA BORRASCOSA DE SOLDADO A LA BEATIFICA Y EJEMPLAR DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Durante largos años la vida del Sargento Pedro, nombre supuesto desde luego, se desenvolvió en medio de sinnúmero de peligros y aventuras, cada cual más interesantes, de modo que sería largo seguirle paso a paso en su intrincada carrera de soldado temerario y audaz, a quien la existencia le importaba un comino. Bástenos por ahora relatar la última acción de armas en la que concentró todo su coraje, entrando cara a cara en lo más graneado del fuego enemigo, y saliendo providencialmente sin un arañazo. Casi inmediatamente después de esa acción, quién sabe por qué motivos, el Sargento resolvió abandonar la vida borrascosa del cuartel, por la beatífica y ejemplar de la Orden de San Francisco de Asís. Veamos cómo sucedió ese admirable cambio.

Después del combate de Hui-gra, en el que el Sargento Pedro del Batallón "Constitución" se desempeñó con la bravura peculiar de los soldados ecuatorianos, las tropas del Gobierno continuaron su avance victorioso persiguiendo a los revolucionarios que aprovechaban el conocimiento que tenían de esas zonas montañosas, para atacar sorpresivamente en donde menos se



Muchachos! Echenles plomo sin miedo! ordenó el Sargento Pedro, y el eco de una descarga feroz fué rodando hasta el último confín.

creía. Las fuerzas leales tan luego como aseguraron su posición en el triunfo de Huigra, se reorganizaron y siguieron el Río Chanchán. En esa ocasión le correspondió al Sargento Pedro hacer el servicio de avanzada, con su inseparable amigo el negro Ruiz y otros pocos soldados de su Batallón, que como siempre eran escogidos entre sus reclutas a quienes les había educado especialmente para la guerra. La comisión confiada a Pedro, era pues muy delicada y de gran responsabilidad, por lo que no descuidaba a toda hora de escudriñar y observar con detenimiento el trayecto. No guardaba la misma conducta el soldado Ruiz que muchas veces descubría supuestos enemigos ocultos en los platanales y lugares de espeso monte, cuando lo que había en efecto no eran más que sombras proyectadas por la luz de la luna o por el movimiento de las robustas hojas sobre los troncos blanquiscos de los árboles tumbados. Y no se crea que al negro Ruiz le atemorizaban las sombras ni los aparecidos, cuando era capaz de hacerse destripar vivo para enseñar que no tenía miedo; sino que sentía una rara complacencia en el combate, y a cada momento creía tener al enemigo al frente, aburriéndose cuando sus esperanzas no se veían cumplidas. El Sargento Pedro era un soldado valiente que no se arredraaba ante un batallón de revolucionarios; con todo, no se violentaba en ninguna circunstancia, y obraba más bien con serenidad previendo siempre los mejores resultados de su táctica. El negro en cambio, de naturaleza vehemente, se decidía por la impetuosidad y se arrojaba ciegamente a la lucha, aunque le hubieran templado de un tiro al dar el primer paso. Era lo mismo que esos perros de cacería que no hay más que soltarles cuando ven a la liebre, porque de otro modo pueden hacerse pedazos ellos mismos.

La noche estaba caliente y las anchas hojas de los plátanos, dibujaban sus hechiceras siluetas sobre el fondo claro que emitía la luna tropical. Se oía el variado cuchichear de los insectos que ignorados habitaban entre las yerbas y las ramas, y en el negro profundo del monte brillaban las luces fugaces de los cucuyos que inquietos saltaban de un lugar a otro, semeñando una ciudad misteriosa que sólo adquiriría vida con la soledad y las sombras nocturnas. La vegetación exuberante de los contornos se reflejaba en un ligero remanso del Chanchán, creándose fantásticos cuadros de una hermosura exótica. Por un sendero tapiza-

do de gâmalotes malos y de hojas secas, iban a paso lento un grupo de hombres que llevaban los fusiles con los calibres agachados. Apenas se escuchaba el "chas", "chas" de sus pisadas y de vez en cuando su respiración jadeante que denotaba el cansancio de una jornada larga y forzada. Nadie pronunciaba ni una palabra y todo hacía sospechar que cumplían una comisión peligrosa y llena de eventualidades; pero al llegar a uno sitio donde la espesura del monte se abría para dejar a la vista un horizonte despejado, una voz ronca dejó escapar algunas palabras:

—Mi Sargento no descansamos un rato?

—Bajá la voz negro bruto...

—Tengo los pies hinchados mi Sargento. No paramos un ratito siquiera?

—Tenimos que llegar al Milagro antes de que amanezca, y déjate de pies hinchados, que bien conozco que los tenís de vaqueta, continuó tenuemente el Sargento.

—Pero ve Pedro, o más bien dicho mi Sargento... Quiero nada más que invitarle un traguito, replicó el negro.

—Trago? Trajiste?

—Sí mi Sargento; tengo la cantimplora llena.

—Uf! No quedaría mal; pero nada más que un bocadito, porque conmigo no hay garbanzos que valgan cuando hay que cumplir con el deber.

—Ah! Claro mi Sargento. Vea usted qué bueno es este purito! explicó el negro destapando la cantimplora y ofreciéndola al clase.

El sargento saboreó primero el licor y luego se oyó que tragaba varias veces, y con una expresión que manifestaba que la bebida había estado sabrosa entregó la cantimplora murmurando: Te has lucido negro. Me tomé nada más que un bocadito. Ahora te toca a vos y dales también a los demás.

Los soldados del grupo de avanzada habían concluido ya el turno de aguardiente y se disponían a seguir el camino, cuando el negro volvió a interrumpir: Fijese mi Sargento por allí! dijo en voz baja indicando un lugar del monte.

—Yo no veo nada, replicó el clase.

—Cómo no. Allí hay un individuo que nos está agunitandol

—Pero dónde?

—Ahí mi Sargento. Ahí donde están esos árboles desmo-

chados. Fijese ese hombre de blanco... que se agacha... y saca la cabeza... y tiene el fusil en la mano...! Déjeme mi Sargento que lo coja vivo y coleando!

El Sargento miró que efectivamente a cincuenta metros se movía algo como un hombre; pero observó un poco más, y sonriéndose con aire de duda replicó: *Andá cogele, pero te advierto que si no le traes, cuando lleguemos al Milagro no probarás ni una copa, porque te tendré preso hasta que pasemos el pueblo!*

—Le voy un sucre a un real que le traigo! dijo el negro con seguridad.

—Ya está! Al grano negro bruto, animal! respondió el clase. Pero rapidito, que no puedo esperarte!

El negro entonces se deslizó entre el mataje con un tino único. El Sargento ordenó un minuto de descanso y esperó sonriéndose. Al cabo de un rato, el negro regresó mohino y cabizbajo y al ponerse frente al clase, dejó escapar un suspiro profundo, como implorando que no se le reprendiera.

—Qué fué? Le cogiste al espía? preguntóle el Sargento cruzando los brazos en aspecto desafiante.

—Pues nada, mi Sargento. Ha sido una ramita...

—Maldita sea! Con que una ramita, eh? Y porque sois bruto nos has hecho perder el tiempo? Ya sabís lo que te espera cuando lleguemos al Milagro. Adelante muchachos! continuó prosiguiendo la marcha.

En efecto, el espía que había divisado el negro, no era más que una ramita que empujada por el viento tenue, a la luz de la luna proyectaba su sombra sobre un tronco lanco y descascarado, dando a cierta distancia la impresión de que en verdad se movía un hombre.

Trancurridas las horas de la noche, el pelotón del Sargento Pedro lo mismo que las demás tropas de Gobierno, llegaron el 17 de enero de 1912 a la población del Milagro. El Comando ordenó entonces un ligero descanso para que los soldados comieran algo y saciaran la sed producida por la penosa jornada nocturna que habían hecho. El Sargento se acordó del castigo que le impuso al negro por haber visto un espía donde no había más que un tronco, y rápidamente le puso preso en el local de la Comisaría Nacional, colocando dos centinelas para que le vigilen.

—Mi Sargento no me aprese! Déjeme siquiera que me desayune con una copital susurró suplicante el negro.

—No hay tal, negro bruto! Para que otra vez no veas aparecidos en los troncos! Ahora no tomas ni agual le replicó el clase.

—En fin, pues; me conformo mi Sargento. Eso ya tuve visto desde el camino mismo; pero yo si te digo mi Sargento, que si desayunaré...

—Bueno, bueno! Ya veremos! Adentro contestó el clase empujando al negro al interior de la Comisaría disimulando una sonrisa de satisfacción.

El negro no opuso resistencia y tan luego como entró, dió un silbido fuerte y quedó mirando con dirección a la puerta. Pasando un momento, asomó un muchachito gracioso, cabalgando sobre un grueso carrizo. Dió unas vueltitas frente a la Comisaría y se encaminó resueltamente al interior.

—Eh! A dónde vas monito? le preguntó el centinela impidiéndole el paso.

—Que a dónde voy? Pue a ver a mi mamá que está adentro, contestó el rapazuelo sin turbarse.

—Y quién es tu mamita? le replicó el centinela.

—Pue quién va a ser sino una mujé...

—Ya sé que tu mamita no es un hombre; pero qué hace en esta casa?

—E la que cuida la Comisaría; no ve que e la portera?

—Ah! bueno monito. Entonces pasá no más, dispuso el centinela.

—Le agradezco mi jefe. Con su permiso mi jefe, concluyó el muchachito penetrando a la casa de la Comisaría con mucha prosa montado en el carrizo. Tan pronto como estuvo dentro y vió al negro, le dijo: Ya está mi jefe!

—Te dejaron pasar? le preguntó el negro Ruiz.

—Por eso estoy aquí.

—Y qué le dijiste al centinela?

—Pue que era hijo de la portera.

—Muy bien mi hijito!

—Oiga mi jefe! Le advierto que no tengo má que un sólo padre, y no me guta que me diga mijito!

—Ah! Bueno mocoslto.

—Bueno, déjate de bromas guambra p .ficaro. Y decíme oué

fue del traguito?

—Aquí lo tengo.

—Pero dónde?

—Debajo del pantaloncillo.

—Debajo del canzoncillo? Y cómo es eso?

—No lo ve que etoy montado.

—Ah! Sí...! Qué rico guambra! Pero a quién se le hubiera ocurrido! Vos merecís que te dé un real enterito. A ver dame el carrizo! exclamó el negro sacándose la gorra y poniéndola contento debajo del sobaco.

—Sí, sí. Apúrese mi jefe, que ya mismo viene el centinela y si descubre que no soy hijo de la portera ni cosa parecida, podemos digutarnos!

—Qué rico guambra! Sois vivísimo! Ojalá cuando seas grande te haga soldado! Toma guambrito! le dijo el soldado dándole una moneda de diez centavos que en esos tiempos significaba un buen obsequio para los chicos de la calle.

—Mucha gracia mi jefe, y hata luego! contestó el muchachito saliendo apresurado de la Comisaría.

Mientras tanto el negro sacaba de la punta del carrizo un corcho disimulado, y se empinaba alegremente como si fuera bocina. Y era que el carrizo tenía todos sus cañutos huequeados y estaba lleno de aguardiente! Llevaría por lo menos un litro de ese licor que el negro Ruiz se lo tragaba con ligeros descansos, como si fuera el más sabroso almíbar. Al poco rato el Sargento fue a visitarlo después de haber apurado algunas copas, seguramente con la intención de soplarle el aliento y hacerle ver que el negro no podía hacer lo mismo y complacerse de esta circunstancia. Pero se rascó la cabeza de rabia, cuando le vió tendido, roncando en la misma puerta de la Comisaría, con una mueca de contento y agarrando todavía el misterioso carrizo. El negro había pescado la borrachera más complicada! Naturalmente por contradecir a su íntimo amigo el Sargento Pedro!

EL COMBATE DE YAGUACHI

El sol empezaba su ascenso en la mañana del 18 de enero de 1912, cuando las tropas de Gobierno situadas en el lado derecho del río Yaguachí, hacían descargas cerradas a los revolucionarios que estaban en posiciones al parecer más seguras. Las balas cruzaban



Pero el Sargento se rascó la cabeza de rabia, cuando le vió tendido y roncando en la misma puerta de la Comisaría, con una mueca de contento y agarrando todavía el misterioso carrizo.

por todas partes, se oían exclamaciones de ánimo, gritos de coraje y cayeron los primeros hombres de los contendores. El combate arreciaba a cada minuto; pero la ventaja no se inclinaba a ningún lado. El tiempo pasaba y el cansancio de varios días de constantes fatigas, iba agotando a las tropas leales. El Comandante Andrade del lado de Gobierno que comprendió la grave situación de sus soldados, en un impulso de militar pundonoroso y aguerrido quiso decidir el resultado del combate con su ejemplo. Se levantó del lugar donde estaba tendido disparando y sacándose la gorra exclamó con energía: Muchachos! Vamos adentro de una vez! Descarguen!

Esa actitud valiente animó en efecto a los soldados gobiernistas, que avanzaron algunos metros hasta posesionarse de la línea del ferrocarril; pero el Comandante Andrade que se exponía temerariamente al fuego enemigo, cayó herido por una bala certera. El Sargento Pedro que combatía a su lado, llamó en seguida al soldado Ruiz y ambos cargaron al Jefe caído llevándole a un lugar oculto entre unos árboles donde funcionaba el servicio médico. Después, el Sargento regresó colérico y con una venganza ciega dijo a su compañero: Aura si acabamos con estos bandidos! Tenemos que vengarnos por lo de mí Comandante, y vos negro tenís que ayudarme!

—Yo tengo la misma hambre que vos y vamos en seguida! secundó el negro.

La lucha no daba tregua, el sol ardía, el calor se hacía insoportable, la sed flagelaba a los combatientes. Los revolucionarios no cedían y los del Gobierno apenas habían ganado unos pocos metros de terreno, necesitando esfuerzos para conseguir el triunfo. Y cuando la situación iba tornándose vacilante para las tropas leales, sonó una descarga terrible hacia un costado del enemigo. Era el Batallón Pichincha que intervenía en una acometida audaz que desconcertó a los de la revuelta. El General Plaza, guiando un brioso caballo se presentó intempestivamente, cobijado con una sobrecama con dibujos estampados, y yendo de un lado a otro infundió valor a su tropa. Y hubo un instante decisivo en que el General parando a raya a su caballo, llamó a los cornetas e hizo tocar dianas. Fueron las clarinadas de la victoria, porque los revolucionarios no pudieron soportar más el fuego de las tropas de Gobierno y en un flanco izaron luego una bandera blanca. Estaban vencidos y un momento después el Sar-

gento Pedro y el negro Ruiz, se hallaban sentados tranquilamente en el mostrador de una tienda de Yaguachi, comiendo como desahogados y riéndose a toda mandíbula de las protestas del dueño.

—Pero fíjense señore que eta tienda no e mía, y no me vayan a hacer mucho daño! insinuó el dueño del establecimiento que era un conocido montuvio del lugar.

—Oh! De quién va a ser sino suya! contestó el Sargento.

—No mi amigo. Le juro por lo má grande que e a media con un compadre chino!

—Qué car... ambas! Páseme ese paquete de galletas y déjese de chinos muertos! replicó el clase.

—Pero vea mi amigo que...!

—No, no! A ver! Qué te gusta negro y echá mano larga en seguida! siguió el Sargento escogiendo entre las cosas de comer.

—Bueno... entonces... cojan con moderación, intervino el tendero.

—Ja, ja, ja! Usted cree que tenemos barriga como para meternos toda la tienda? Echese a un lado que conmigo corre peligro su huesuda! No ve que los soldados necesitamos comer de a buenas o de a malas, que estas tripas no aguardan promesas! replicó el Sargento.

—Oíte mi Sargento? preguntó entonces el negro Ruiz. Sabís que tengo clavada una pena que no se me quita! indicó el negro.

—Por qué? preguntó el clase.

—Por lo que le mataron al pobre panzón Sánchez.

—Ah! sí pobre! continuó el Sargento metiéndose en la boca una galleta entera. Le clavaron una bala en toda la cabeza al pobre; pero te fijaste cómo me desquité?

—No me fijé; y cómo fué?

—Pues yo ví al montuvio que le disparó detrás de una mata de plátano. Cayó el Sánchez, y yo levanté entonces mi fusil y ¡tan!, le dí asimismo en la cabeza!

—Y bueno, quedó muerto el bandido?

—Qué bruto que sos! Dejate que te meta una bala en tu mollera, a ver si te aguantas parado! propuso el clase.

—Bien hecho Pedro, o por decir bien hecho mi Sargento, respondió el negro haciéndose el que se olvidaba el grado del clase. Oiga mi Sargento: quiero preguntarle una cosa también. Y

nura en dónde dormimos, porque ya empieza la noche! explicó en seguida el soldado.

—Pues como siempre: donde nos coja la noche! respondió el clase.

—Pero aura siquiera busquemos una camita suave, que aquí nadie nos ningunea.

—Pues aquí mismo, donde este señor que nos ha tratado tan bien! dijo el Sargento haciendo una guiñada maliciosa al dueño de la tienda.

—Vea jefecito! intervino humildemente el tendero. Yo le he dejado que cojan lo que han tenido la gana para que coman; pero lo que e cama no tengo, continuó mirando los uniformes demasiado sucios de ambos soldados.

—Oh! usted también! Ya va a hacerse el chistoso! Aquí estamos bien y de aquí no nos vamos hasta mañana! indicó el Sargento.

—No jefecito! Oiganme que no le digo por mal, que le voy a indicar donde encontrarán una camita aseada!

—A ver, dígal

—Ven esa casa de aquí cerca, esa bonita, alta?

—Ah! como no.

—Pue, esa casa e de un rico, y con la buya de ustedé, el dueño se ha largado dejando todo con yave; pero eso no importa. De un culatazo el candado no resiste y está todo arreglao.

—Oh! Qué bueno! exclamó el negro. Vamos a ver mi Sargento.

—Vamos! asintió el clase echándose el fusil a la espalda.

UNA CAMA DEMASIADO SUAVE PARA UN SOLDADO

Temeroso de que la tropa de Gobierno tomara desquite por haber simpatizado con los revolucionarios, un comerciante rico de Yaguachi se había trasladado sin perder un minuto a Guayaquil. Tan intempestivo fue su viaje que apenas tuvo tiempo para poner llave a su lujosa casa y a sus almacenes, y sólo se llevó el dinero sonante que estaba a mano. Pedro y el negro oyeron atentamente la indicación del tendero, y en pocos trancos se situaron frente a la casa del comerciante fugado.

—No parece tan mala la casita, murmuró sarcásticamente el



—Y aquí está lo gordo, mi querido negro. Me gustaría retirarme de la carrera militar y meterme en un convento.

clase, pasando su mirada por todos los contornos del magnífico edificio.

—Al menos para el sueño que cargamos está corriente, secundó el negro.

—Y por dónde empezaremos? susurró el clase.

—Vamos al dormitorio siquiera un par de horas, porque se me cierran los ojos! explicó el soldado.

—Bueno pues. Prepara el tornillo, indicó el clase.

Y un certero golpe que el negro dió con la culata de su fusil sobre el candado que cerraba un cuarto alto, abrió sus puertas dejando a la vista varias camas de metal amarillo de lujosa fabricación. En las paredes de la habitación habían cuadros valiosos y el brillo y el acabado de los muebles, denotaban que eran de la mejor caoba. En fin, se destacaban detalles diseminados que manifestaban la riqueza del dueño.

—Hombre! Qué cosa más macanuda! exclamó contento el Sargento, ansioso de abarcar en un instante todo lo que veía.

—Bueno, revisemos primero las camas, indicó el negro. Fíjate estas sobrecamas de pura seda!

—Y estas sábanas de lino... y estos cojines bordados... estos espejos de cuerpo entero! continuó el Sargento examinando rápidamente lo que estaba cerca de una cama.

—Y aquí hay estas aguas olorosas! Parece agua de Colonial! dijo el negro Ruiz cogiendo un frasco de loción finísima. Y qué rico que huele ota Sargento! Esto sí que me llevo!

—Y cierto que para vos te queda bien, porque apestas a galinazo! respondió el clase.

—Así sea lo que quiera! Lo que es yo me tiendo en esta cama con sábanas de seda! Ja, ja, ja! rió el negro. Y pensar que anoche dormimos en el lodo! habiendo aquí estas ricas camas! Ja, ja, ja! Y de seda! Ja, ja, ja!

—A mí me cuadra esta otra con colchón de sofá! continuó el Sargento tendiéndose de un golpe en una blandísima cama. De aquí no me mueve ni el rey de Francia!

HACIA GUAYAQUIL

Al brillar la aurora del día 19 de enero del mismo año, las tropas victoriosas que defendieron la Constitución, se pusieron en camino abandonando el Milagro, dirigiéndose en varios pelotones a Durán. El Sargento Pedro y el negro, felices de haber pasado la noche en las camas más ricas que jamás habían visto, to-

maron la vía férrea en compañía del Teniente Baquero, que hoy es General de la República. En el trayecto, en un punto que se llama Casiguana, encontraron un vagón cargado de revolucionarios, que a la vista del Teniente y de sus pocos soldados, pusieron breque de regreso tan pronto como pudieron, creyendo que se trataba del grueso de la tropa de Gobierno. Esta, efectuando a su paso la limpieza que era propia de las circunstancias, llegó sin mayores dificultades a Durán y después a Guayaquil, donde se le recibió con los honores impuestos por la victoria.

PRESAGIANDO OTRA VIDA

La noche cobijaba benignamente al Puerto. La ría corría llevando en sus aguas plateadas principescos hechizos. Las balandras subían y bajaban con los sabrosos frutos de los suelos tropicales. Una balsa cerca del muelle, estaba cargada de cabezas de dorados plátanos. A lo lejos, apenas se divisaba la silueta negra de Durán, salpicada por infinidad de luces rojizas. Y en un lugar del Malecón, donde se veía reflejado en el agua un poste que sostenía un farol a colores, sobre unos gruesos palos descansaban el Sargento Pedro y el negro Ruiz, conversando tranquilamente.

—Qué lindo es Guayaquil, no Pedro? dijo el negro.

—Ah! Sí. Esto es bonito, respondió el clase.

—Y qué agradable es este calorcito.

—Y con esta vista más macanuda.

—Y bueno, hasta cuándo nos tendrán aquí? Porque yo quiero regresarme a Riobamba, continuó el soldado Ruiz.

—Por la amorochada esa de la Estación? repuso el clase.

—Sea lo que quiera. Lo cierto es que yo le ofrecí a la mamá que me haría el marido de la hija, y se acabó. Y vos sabís que la vieja tiene platita... y buena platita hijol

—Lo que es yo estoy cansado de la vida de soldadol

—Qué decís Pedro? Cansado?

—Sí, querido negro. Y a veces se me vlenen sinnúmero de ideas. Quisiera yo también formar un hogar y querer a una mujer pero como se debe, para no cambiarle nunca. Quererle como decía mi amigo Roberto Flores Sanhuesa de Quito:

Yo quiero que tu alma,
se una con la mía,
formando nuestros pechos

un sólo corazón.
 Llevar en el cerebro
 un sólo pensamiento,
 llegar hasta la tumba
 y unidos hasta Dios...!

—Bueno; esto está bien! exclamó el negro; pero separarte del cuartel, jamás. Y vos que has sido de los buenos soldados y que aspiras...

—Pero hay otras ocasiones que hasta de esto me desanimo, replicó el Sargento, pensativo.

—Y entonces, qué mismo te gustaría? siguió el negro Ruiz.

—Y aquí está lo gordo mi querido negro. Me gustaría retirarme de la carrera militar y meterme en un convento.

—En un convento!!! Pistolitas!! Vos en un convento?

—Sí, en el de San Francisco.

—Pero ve Pedro! dijo asombrado el negro. Vos estás loco, o me estás cogiendo del pelo de lo lindo!

—No, negro, continuó pausadamente el Sargento. No hay nada de broma en lo que te digo. Pasaré un poco tiempo más en el cuartel, pero me separaré.

—Y después qué te vas a hacer en la calle?

—Oh! Eso no me asusta porque son hue...sadas! Después pondré una carpintería, porque soy carpintero, y por último como te replió: me entraré a un convento.

—Ve, oíte Pedro; no me hables más de estas majaderías, porque soy capaz de arrancarte las tiras y hasta aventarte un buen ñeol Mejor, caminé aquí arriba no más venden un mayorquita bien bueno... Caminé...

BAJO EL MANTO DE SAN FRANCISCO DE ASIS

El calendario del tiempo marcaba el año de 1914, y en el tranquilo convento de San Francisco de Riobamba, un hermano humilde y virtuoso, llamaba la atención de los devotos. Su rostro tostado por las inclemencias de otras épocas, denotaba una alegría angelical. Y hoy mismo, al caer la tarde, cuando los toronjos dan el aroma delicioso de sus azahares y las campanas tañen invitando a rezar el Angelus, en los anchos y silenciosos claustros del convento de Quito, ese hermano ejemplar va pasando lentamente en sus manos, las cuentas de un grueso rosario de olivo... Ese hermano contrito y bueno es el Sargento Pedro...!

Mi Agradecimiento

Para el que vive con un modesto empleo, confundido en la masa de los sin fortuna, es tan satisfactorio un anhelo cultural, por simple que sea, como el de publicar un pequeño libro como éste; pero es tan difícil su realización, que las más de las veces ese anhelo queda gravitando en la mente, sólo con un recuerdo penoso e híziente. Es por esto que quiero dejar grabada mi gratitud profunda para Don Carlos y Don Jorge Mantilla Ortega, distinguidos periodistas que con verdadera nobleza de espíritu, descubren méritos y aptitudes, donde otros henchidos de vacía preponderancia, sólo hallan materia de "pueblo bajo". A su generoso apoyo, a su inteligente y rara comprensión, debo que se hayan editado estos sencillos relatos.

Guillermo Noboa

San Francisco de Quito, abril de 1942.



E d i t o r i a l
"EL COMERCIO"
Quito, mayo, 1942